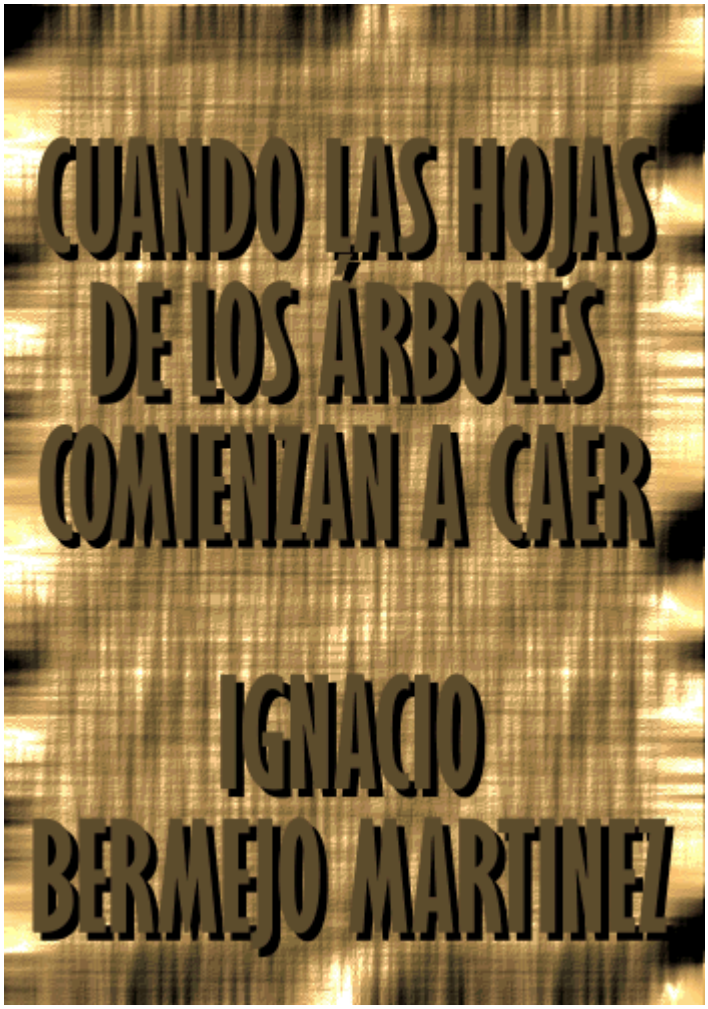
LIBRO dot.com

CUANDO LAS HOJAS DE LOS ÁRBOLES COMIENZAN A CAER

IGNACIO BERMEJO MARTINEZ



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMER ENCUENTRO

"LAS MARIPOSAS SON FELICES"

Fue más o menos a finales del mes de Agosto, justo después de haber presentido por primera vez la llegada del invierno.

Mi mujer, como cada año, se disponía ya a resignarse para sufrir otra de mis extrañas depresiones anuales. Esas depresiones que se repiten y se repiten y me martirizan llenándome de amargura sin saber exactamente porqué las sufro. Quizás se deban a mi agónica afición de crear y crear. De crear sin cesar, de escribir y escribir. Sí, pienso que quizás se deba a eso, a esa necesidad imperante que existe en mi vida de comunicar algo, sea lo que sea, lo cierto es que fue más o menos en ese tiempo cuando por casualidad quedamos con unos amigos para ir al cine.

Pretendíamos ver una película de Julia Roberts y Hugh Grant, Notting Hill creo que se titulaba.

Dejamos a los niños a cargo de mis suegros, pero aún así, como suele ser costumbre en nosotros y tampoco sé bien porqué, llegamos tarde. La película no había empezado aún, pero los únicos asientos libres eran casualmente cuatro de la primera fila, y la verdad sea dicha, para una vez que podemos ir al cine a ver una buena película sin el tormento de los niños, no es para verla desde esos incómodos sillones. Ninguno

de los cuatro estabamos dispuestos a salir del cine con dolor de torticolis, ni con los ojos inflamados de mirar tan de cerca la pantalla, así que decidimos secundar todos la propuesta de Pití de salir de la sala y procurar que nos cambiaran los billetes para la próxima sesión, aproximadamente dos horas más tarde. Por suerte para nosotros, el encargado del cine era un pariente cercano de mi mujer y no nos puso demasiados impedimentos. Todo lo contrario, sería lo justo decir, ya que nos cambió los pases con una amabilidad impropia del caso, y es que lo normal es encontrarse curiosamente con un antipático ponedor de trabas, con un amargado monosilábico que solo sabe decir no, pero gracias a la providencia, si es que existe providencia, no fue ese el caso como digo. Con ello se demuestra que la familia sirve también para otras cosas, al margen de las que todos sabemos.

Una vez cambiadas las entradas, nos vimos sin haberlo querido, sin haberlo buscado, con dos horas libres por delante. Al principio, un poco fuera de sitio, no sabíamos que hacer, pero rápido nos hicimos a la idea. No todos los días se puede disfrutar de dos horas de libertad, de dos horas de tranquilidad, de relajación y disfrute. Dos horas libres para emplearlas perdiéndolas. Qué gusto da perder el tiempo cuando precisamente es tiempo lo que nos falta. Estoy convencido de que vivir es saber perder el tiempo. Quienes no pierden el tiempo no viven, los que no pierden el tiempo estudian o trabajan, piensan, se sacrifican o se entregan a los demás, pero no viven. Solo viven, reitero, los que saben perder el tiempo, así que por causa del azar, nos había tocado en la tómbola de nuestro existir cotidiano dos horas para vivirlas.

Lo primero que hicimos fue hacer caso a Carmen. Todos en el fondo estabamos ansiosos por tomarnos un buen café, como ella, así que nos sentamos en una cafetería

cercana. Aquel café, como bien dijo Luito, sabía distinto. Aquel café caliente tenía sabor a libertad, por eso nos supo tan bueno. Pienso que era a eso a lo que nos supo, a libertad y a vida. Los cuatro, éramos tan jóvenes y al tiempo tan responsables, que casi nos habíamos olvidado de vivir. Que si el niño se destapa por las noches, que si los libros del cole, que si los zapatos, que si ahora hay que llevarlos a natación, que si se pelean, que si salen corriendo y no se paran al llegar a la esquina y puede que venga un coche. No nos habíamos dado cuenta, pero hacía ya bastante tiempo que habíamos dejado de vivir para dedicarnos solo y exclusivamente a que vivieran ellos, los niños, cosa de la que nos sentíamos orgullosos, cosa tan importante para nosotros que sin ella, sin esa profunda y entera dedicación a nuestros hijos, ya no tendría sentido nuestras propias vidas. Nuestras vidas eran sus vidas, y así debía ser, porque en ese sacrificio, en esa entrega de todo nuestro ser en bien de nuestros hijos seguramente era donde se encontraba nuestra más profunda felicidad. ¿Que íbamos a hacer, si no, sin nuestros hijos?. Nosotros ya no éramos nosotros, nosotros éramos nosotros y nuestros hijos, pero cuando a pesar de eso, encontrábamos un hueco, cuando por obra del destino nos encontrábamos con dos horas como era el caso, no podíamos evitar sentirnos bien, y es que al fin y al cabo éramos muy jóvenes, y de vez en cuando, como quien fuma en el trabajo, también nosotros nos merecíamos un descanso, aunque fuera tan solo de dos horas.

Allí sentados, manteniendo todos a un tiempo una conversación casi histérica, hablando con prisas, como si deseáramos vaciarnos en ese corto espacio de tiempo. Hablábamos y hablábamos sin parar, en una carrera rápida por ver quien era capaz de decir más cosas, por ver quien era capaz de acaparar la atención del resto.

Allí sentados, hablando y hablando de cosas banales es cuando surgió esta historia. La historia real de Amelia y sus desgracias.

Amelia fue una tía sordomuda de Pití, precisamente la que criara conjunto a su abuela ciega a su padre. Al padre de Pití, lo abandonó ala vez el suyo, siendo aún este muy pequeño y al no tener madre, fueron la abuela ciega y la tía sorda quienes lo hicieron. Pití ya me había adelantado en cierta ocasión parte de esta historia, pero de forma tan genérica que me pasó desapercibida. En cambio aquella tarde, quizás porque ella estaba más pletórica o más comunicativa de lo que solía estar, o yo más sensible, la historia, que ya había oído contar antes, me pareció extraordinaria, llena de matices, de morbo y de ternura y es por ello por lo que procuraré contarla tal cual lo oí, y no por nada en especial, sólo porque la historia en sí, así lo merece.

Amelia, la tía sorda de Pití , según contaba ella, fue una dama hermosa. Luito, con la expresividad que suele caracterizarlo, admirado subrayó, en la narración de Pití, el gran porte de esa señora, su categoría como ser humano, su belleza infinita.

Ahora, si cierro mis ojos y trato de imaginarme a Amelia, la imagino alta y delgada, una señora esbelta y elegante, vestida con sencillez. Amelia, para mí, debía de tener el pelo largo y oscuro. Sus ojos debían de ser verdes claros, del tono romantico que toma el mar de Cádiz en las mañanas de los domingos de invierno, en las que hace buen tiempo, al salir de la misa de doce. Un verde claro y suave que podría confundirse con facilidad con un color grisáceo y serio si se los miraba, a sus ojos, desde cierta distancia.

Librodot

Seguro que sí, seguro estoy de que Amelia tendría los ojos claros y en ellos una expresión de profunda melancolía. Sus ojos debían de ser como los ojos tristes de Penélope, esa otra señora que espera a su amor sentada en un banco de pino verde de no sé que estación en la canción de Serrat, no obstante, Pití me prometió aquella tarde enseñarme una foto que por lo visto aún conservaba de ella, y no puedo negar que en aquel momento desee verla con ansiedad.

En aquella primera charla que tuvimos con cierta intimidad los cuatro, Carmen, Luito, Pití y yo, poco más se dijo de Amelia. Ella por lo visto, se casó mas o menos tarde para su tiempo, pues según creí entender, lo hizo a los cuarenta años y con un hombre que no estuvo nunca a su altura. Su marido, del que en la primera charla no se me había desvelado todavía el nombre, por lo visto debió de ser mas o menos eso que llaman “un pobre pelagatos”. Por aquellos entonces era fácil pensar que se era un poco retrasado por el mero hecho de ser sordomudo, cuando es obvio que eso no es cierto. En el caso de Amelia quizás fuera incluso todo lo contrario, ya que su minusvalía, y su penoso vivir lleno de desventuras y calamidades la habían sobre dotado de un sexto sentido extraordinario, una inteligencia sutil y aguda, que como toda ella, a no ser por su belleza, pasaba totalmente desapercibida.

Su belleza, su elegancia y su sordomudez, formaban un compendio de características que la convertía en víctima de mas de un desalmado. El marido de su hermana, ese degenerado que había abandonado a sus hijos, el padre del padre de Piti, en una ocasión incluso trató de violarla, inducido sin duda alguna por su extraordinaria belleza, y abusando de la incapacidad que ella tenía para gritar. No obstante, la

violación no llegó a culminarse del todo, ya que Amelia supo defenderse, y bien, rompiéndole a su cuñado un espejo en la cabeza.

A partir de este momento, y dado las características del personaje, cada vez que deba referirme a ese canalla, al padre del padre de Pití, lo haré llamándole “El Degenerado”, ya que me parece un poco complicado hacerlo como “el padre del padre de Pití". Podría hacerlo llamándole “el abuelo de Pití”, pero seguro que ella se enfada sí así lo hago, o quizás no, no estoy seguro, lo que sí es cierto es que a nadie le molestara que lo llame como “El Degenerado”, porque en el fondo todos saben que él lo era.

El Degenerado, murió hace ya algunos años, al igual que Amelia, aunque no pude deducir en ese primer encuentro quien de los dos lo hizo antes, pero cuando él se vio con la muerte encima, debió de sentir remordimiento en lo más profundo de su negra alma, porque, según Pití, llamó al hijo, a su lecho de muerte, no sé bien si para pedirle perdón por todo el daño que le había hecho, o solamente para conocer a sus nietos. El bueno del padre de Pití, supongo que no escento de cierto rencor, a pesar de todo fue a verlo, y no una sola vez, sino que continuó con sus visitas hasta que el Degenerado al fin muriese.

Con la narración de esa historia, pasaron las dos horas de forma muy rápida, tan rápidas, que bien podríamos decir que aquellas, fueron dos horas fugaces. Es curioso la forma distinta que tiene el transcurrir del tiempo. Muchas veces he observado que esa unidad de medida que controla nuestros relojes no es del todo cierta. Sirva por ejemplo el comparar aquellas dos horas fugaces con dos horas exactamente iguales de las que estoy en la oficina. Así, a simple vista, es el mismo tiempo, o las mismas unidades de

medida de este, pero si se observa bien veremos que eso no es cierto. Las dos horas fugaces pasaron por mi vida de forma tan rápida que casi ni me dio tiempo a saborearlas, en cambio dos horas en la oficina son una verdadera eternidad. Ello es debido, creo yo, a que el tiempo no existe, o no existe al menos como nosotros lo entendemos. El tiempo es relativo y cambia su velocidad en función a la felicidad con la que se vive. A una persona que lo pasa mal, una de tantas de las que por desgracia existen, que no saben que llevarse a la boca ni donde dormir, a una persona de esas seguro que la vida le dura mucho, por joven que sea en el momento de su muerte, en cambio, a una persona feliz, de las que no hay tantas igualmente por desgracia, a esa seguro que el tiempo le vuela, y la vida le pasa sucediéndose días y noches casi sin que se de cuenta. Ello me lleva a dos grandes conclusiones primarias y varias secundarias, que en principio y visto a lo ligero, podrían parecer conclusiones absurdas, pero que bien analizadas no lo son tanto. La primera de mis conclusiones es que si una persona es realmente feliz en la vida, si verdaderamente alcanzase el esplendor de la felicidad, cosa que es improbable, a esa persona le pasaría el tiempo tan rápido que tendría la curiosa facultad de ver como se mueven las manillas de su reloj. Yo por mas que miro mi reloj, solo veo, por mas que me esfuerzo, como se mueve el segundero, pero eso es fácil y lo ve todo el mundo. Soy incapaz de ver como se mueve las otras dos manillas, y eso debe de ser, seguramente, a que no creo que sea una persona tremendamente feliz, aunque no puedo negar tampoco que disfrute de cierta felicidad, al menos veo como se mueve el segundero, y seguro estoy de que también los habrá que ni siquiera eso vean.

La segunda de las grandes conclusiones a las que llego, es que a juzgar por el limitado tiempo y lo rápido que viven las mariposas, estas han de ser realmente felices. Si señor, las mariposas son muy felices, y no es de extrañar, siendo tan bellas.

Las conclusiones secundarias de mi meditación respecto al tiempo, son sencillas.

La primera de ellas es que viendo lo rápido que se pasa el tiempo cuando estamos reunidos Luito, Pití, Carmen y yo, disfrutando a solas de las horas fugaces, debe significar que cuando estamos reunidos los cuatro, por lo menos yo, soy un poco mas feliz, y no sabría decir ahora mismo el porqué, la verdad es que no me he parado a pensarlo detenidamente, pero esa es la pura verdad. El tiempo me corre mas deprisa cuando estamos juntos, y solo espero, fervientemente deseo, que a ellos les ocurra mas o menos igual, o de lo contrario, y siendo un poco egoísta, esta amistad que parece florecer con la salud de un pino silvestre, no llegará a buen termino, y entonces, mi tiempo, volverá a ralentizarse.

La segunda de las conclusiones, es que para ser feliz, es necesario ser infeliz. A mí me encantan los dulces, los dulces buenos, pero seguro estoy de que me gustan y disfruto comiéndolos porque habitualmente como comidas saladas. Si por el contrario, sólo comiera dulces, por más buenos que fueran estos, terminaría hastiado, y eso que ahora produce placer a mi paladar, me provocaría entonces náuseas. Quizás por esto, me siento más feliz en nuestras reuniones a solas, dado que cuando nos reunimos con nuestros hijos, a pesar de sentirnos mas o menos bien, los cuatros sólo nos esforzamos en ellos, en sus cuidados, en sus necesidades, en su protección, y esa es nuestra comida salada, una situación curiosamente necesaria para que se de la otra, cuando nos encontramos a solas, nuestro dulce.

No obstante, he de confesar que incluso en los momentos en los que me estoy comiendo el dulce, añoro el sabor salado de mi comida, y es que sin esa sal, como ya he dicho, nuestras vidas no tendrían sentido.

Quizás esté equivocado. Quizás lo correcto sería decir que existen diferentes estratos de felicidad, o diferentes felicidades. Uno es feliz de una forma cuando esta reunido con sus amigos, y es feliz de otra cuando lo esta con sus hijos. Es probable que así sea, pero a mí me gusta más el anterior pensamiento.

Este, el pensamiento último, me recuerda aquella incómoda situación en la que solía ponerme mi madre, incomoda situación en la que me pone ahora mi hijo preguntándome que a quien quiero mas, sí a él, a su madre, a mi madre, o a mi padre. Yo solía y suelo salirme por la tangente respondiendo siempre lo mismo, a todos los quiero igual pero de forma distinta. Pero esa afirmación es sólo una escapatoria, para no tener que reconocer nunca la verdad, para no tener que mentir, para no hacerle daño a nadie, porque lo cierto es, a pesar de que nos duela reconocerlo, siempre se quiere más a unos que a otros, aunque todos los amores son necesarios e importantes para nosotros. Posiblemente, a quien más quiera del mundo sea a mi hijo, pero diciendo esto, ¿estoy diciendo que quiero menos al resto?, A mi madre la quería, la quería también mucho, como también quiero a mi padre y a mi mujer, y a pesar de no estar ya con mi madre, no quisiera verme sin mi padre, y no sé que haría sin mi mujer. Ellos son necesarios para mí desde el punto de vista emotivo, pero sin mi hijo, sin él mi vida no sería nada. Quizás ellos sean la sal y mi hijo el dulce, o quizás no, quizás quiera yo a todos pero más a mi hijo.

Librodot

Tan rápido pasó el tiempo en nuestro primer encuentro, que casi sin darme cuenta me vi de nuevo sentado en el cine para ver aquella película. En esta segunda entrada que hicimos en la sala de proyección, conseguimos al menos mejores asientos, mas o menos por la mitad de la sala.

Incluso allí, y mientras comenzaba, seguíamos hablando y hablando, sobre todo Luito y yo, de tantas casas a la vez, que difícilmente podría recordarlas ahora. Lo cierto es que, como nos suele ocurrir, nuestra conversación, también en aquella ocasión, estaba siendo gentilmente seguida por mas concurrencia, a juzgar por las carcajadas que de vez en cuando se oían procedentes de unas chicas y una señora sentadas en la fila de atrás. Ellas nos oían con curiosidad y deleite, y nosotros, sin quererlo nos habíamos convertido en su entretenimiento foráneo. Ese fenómeno que suele producirse, sobre todo cuando estamos en una cola esperando algo, o en cualquier otra reunión, jamás me ha importado, mas bien, cuando lo noto, cuando observo como los que me rodean están atentos a lo que digo, me esfuerzo alzando la voz para que se enteren bien, y es que a mi, me produce un extraño placer ser escuchado. Me gusta ser escuchado, quizás porque desde siempre me ha encantado ser el centro de atención, aunque ello sea un defecto.

La película fue genial, de hecho incluso me atrevo a recomendarla para que todos la vean. Trataba de una historia de amor como tantas otras, pero realizada con un grado de maestría admirable. Los actores estupendos, como suelen estar casi siempre, y no sólo los protagonistas, sino también los actores secundarios, y sobre todo estos, ya que cada uno de ellos interpretaba un roll distinto aportando a la historia un perfecto condimento.

Cuando la película terminó, salimos del cine contentos, satisfechos. Aquella historia nos había sabido bien, la habíamos absorbido con ligereza, con comodidad e impregnados del espíritu de felicidad emanado de la pantalla, regresamos a nuestras vidas cotidianas, recogiendo a nuestros hijos. Los pobres ya estaban dormidos, cansados de tanto hacer el gamberro, y en los ojos de mi suegra, tras recogerlos, no puede evitar notar cierto grado de alivio al ver que por fin nos llevábamos a nuestro hijo y su amiga. Supongo, claro está, que aunque nunca nos ha puesto pega, el bregar con dos niños, cada uno de su padre y de su madre, y nunca mejor dicho, no es moco de pavo, y hasta para mi suegra puede suponer un tormento. Ciertamente lo es, de eso estoy seguro, es por ello, por lo que en el fondo, aunque nunca lo he confesado, jamas dejaré de estar eternamente agradecido, sobre todo, porque es sólo con ella, con mi suegra, con quien únicamente me siento verdaderamente tranquilo al dejar a mi hijo.

Dejamos a Paloma, Pití y Luito en su casa, y luego nos fuimos a la nuestra. Iñaki, mi hijo, no se despertó en el camino, así que al llegar a casa, Carmen lo metió en la cama con el cariño que suele hacerlo. Aquella noche no rezaríamos, él, sin saberlo, me había concedido una indulgencia sobre eso, para que yo y su madre disfrutásemos de una noche de cine, de una tarde feliz, de algunas horas fugases que ya habían acabado como había acabado aquel que fue nuestro primer encuentro.

SEGUNDO ENCUENTRO

“LAS BICICLETAS NO TIENEN VENTANILLAS”

Pasaron algunas semanas desde nuestro primer encuentro. Desde entonces poco supimos de nuestros amigos. Yo mientras tanto, dado que me acababa de comprar una bicicleta, salía con Iñaki a pasear por la ciudad. Para ello tuve que ingeniármelas y adaptar la bici, improvisando unos curiosos posapies que le permitieran a mi hijo acompañarme en mis salidas deportivas, empleando dos llaves de cárter colocadas al revés sobre los hierros del porta equipaje.

A él le encantaba salir conmigo, tanto casi como jugar al fútbol. Al principio, y debido al miedo, se aferraba a mí con fuerza, agarrándose a mi camiseta hasta el extremo de llegar a deformarla por detrás. Luego, poco a poco el granujilla fue tomando confianza en sí mismo y se fue despegando un poco, llegando incluso el momento en el que ya sin miedo alguno se movía con soltura detrás de mí, tanto a veces y tan bruscamente, que debido a ello tuvimos hasta alguna que otra caída, sin gravedad, mas bien graciosas, ya que yo procuraba siempre llevar la necesaria precaución y la mínima velocidad posible.

Lo mejor de aquellos paseos era sin duda esos breves momentos en los que el uno disfrutaba del otro aprovechando la soledad y el aislamiento que nos proporcionaba el viajar en bicicleta.

Él, mientras yo pedaleaba, me contaba sus historias. Historias la mayoría sin pié ni cabeza, conversaciones propias de un niño de cinco años. Estaba pasando por la etapa del “por qué”, así que al tiempo que paseábamos, me iba preguntado él por qué de cada cosa que le llamara la atención sobre el paisaje. -¿Por qué papá los higos de las tunas

tienen flores amarillas?, ¿Por qué papá?, ¿Por qué papá?- Yo improvisaba alguna respuesta imaginativa para satisfacer su enorme curiosidad, pero no había terminado todavía de hacerlo cuando me volvía a asaltar con otra pregunta, y con otra, y con otra, y así durante todo el trayecto. Me llegó a preguntar una tarde incluso por cual era el mecanismo que hacía posible que la bicicleta andara hacia delante, teniéndole yo que, bajándome de la bici, mostrarle todo el mecanismo de cadenas y piñones. No sé bien si llegó a entender mis razonamientos, lo cierto es que cuando, reiterativo trate de explicárselos de forma distinta, él me cortó diciéndome que ya se lo había explicado antes y que ya no era necesario que se lo repitiese todo de nuevo. No obstante, y si tengo que resaltar algunas de sus preguntas, la que me pareció más extraña, la que realmente fue complicada de responder fue aquella que me hizo en la tarde de un viernes del por qué las bicicletas no tenían ventanillas como los coches. ¿Qué se puede decir cuando a uno le hacen ése tipo de preguntas, y como no responderla viendo sus pequeños, redondos y marrones ojos clavados en mi rezumando curiosidad a borbotones?. Yo, una vez mas, volví a salirme por la tangente afirmando que mi bicicleta no tenía ventanillas porque así yo lo había querido. Traté de explicarle que mi bicicleta era un tanto especial, ya que yo me la había comprado descapotable, sentenciando él, para mi ridículo de forma tajante, -Pues entonces papá, como todas. Todas las bicicletas son descapotables, ¿no te habías dado cuenta, papa?-, - Ah, pues no- respondí sorprendido mirándole con esa cara de imbécil que algunas veces no me queda mas remedio que poner.

Al pasar por debajo de Torre Alta, volvió a descargar sobre mi toda su curiosidad.

-¿Papa, de quién es ésa casa? ¿Quién vive ahí?

-Nadie Iñaki. – Respondí tratando de librarme de tener que seguir hablando. Torre Alta, es una edificación antigua, situado justo en la cima de un cerro en San Fernando. Llegar hasta allí pedaleando había hecho que casi me quedara sin aliento y yo no tenía ya fuerzas para seguir hablando.

-¿Y si no vive nadie, para que sirve esa casa?

-Esa no es una casa, Iñaki. Esa es una torre antigua desde donde los hombres que vivían en San Fernando, que es una isla, miraban al mar para saber si venían los piratas.

-¿Los piratas, papá?

-Si, los piratas. Hace mucho tiempo, cuando todavía tu no habías nacido, de vez en cuando venían navegando unos piratas, y atracando sus barcos en la playa, desembarcaban y entraban en la ciudad. Ellos, como eran muy malos, les pegaba a toda la gente, y les robaba todo el dinero que tenían ahorrado y entonces se volvían a sus barcos y se marchaban de aquí.

-¿Y tú que hacías, papá?

-Yo tampoco había nacido todavía.

-¿Ahora hay piratas?

-Bueno, ahora hay otro tipo de piratas. Los piratas de ahora no suelen llevar parches en los ojos, ni patas de palo, ni garfios por mano. A los piratas de ahora es difícil reconocerlos. A los piratas de hoy no se les ve venir.

-¿Ni subiéndose en la torre.?

-Ni subiéndose en la torre.

Mi hijo, se quedaba meditabundo, reflexionando en nuestra conversación. Desde allí, desde lo alto de la loma, se veía como las salinas antiguas comenzaban ya a

verdear. El verde fuerte y brillante del jaramugo nuevo, empujaba al verde oscuro del jaramugo muerto, robándole el sitio, supliéndolo, con el derecho que le otorga la propia vida por eso de la renovación de todo lo que existe. Es ley de vida.

Aquellas salinas, que habitualmente eclosionan al amarillo vivo de los vinagrillos y los jaramagos al llegar la primavera, se visten de verde intenso en otoño. Es como si aquellos rectángulos brillantes de sal ya inexistentes, se prepararan para la llegada del frío. Aquel color verde oscuro, renovándose desde la base era como una premonición de la llegada del invierno.

Aquella misma tarde, Carmen me llamó al móvil para decirme que regresara pronto para ducharnos, ya que ella había quedado con Luito en que nos pasaríamos a recoge a Pití a la salida de su trabajo para llevar a los niños a cenar en el Mc Donald, Yo así lo hice, La idea de volverme a encontrar con nuestros amigos me pareció muy apetecible, pues ciertamente estaba ansioso por seguir escuchando la historia de Amelia.

El camino de regreso a casa fue mucho más agradable. Casi todas las calles eran cuesta abajo, así que no tuve que esforzarme demasiado. De tener que haberlo hecho, seguro que le hubiera pedido a mi hijo que se bajara de la bicicleta para volver andando. Estaba extenuado, y casi no podía más.

Cuando terminamos de ducharnos nos fuimos al encuentro de Luito. Él, con su acostumbrada puntualidad inglesa ya esta esperándonos en la calle. Paloma correteaba por allí mientras nos esperaban. Al vernos Luito llamó Paloma, quien por la alegría del vernos, se abalanzó hacia mi coche que aún seguía en marcha. Su padre, como siempre,

se interpuso en su carrera, pues ella a veces no repara en pararse al llegar al bordillo de la acera, y menos mal que lo hizo, aquel viernes había mucho trafico, y justo en el momento en el que Paloma se abalanzó hacia nosotros, venía en sentido contrario un vehículo con cierta velocidad, atajando Luito con su cansina precaución y su pesado desvelo lo que podría haber sido una trágica situación.

Cruzaron la calle como hay que hacerlo, Paloma de la mano de su padre, y al montarse en el coche vi que la pobre tenía un enorme chichón en la frente. Su frente era tan pequeñita y tan blanca que el chichón aún me pareció mayor. Pregunté a Luito de cómo se había hecho ese enorme chichón la niña, respondiéndome él, que no se trataba de ningún chichón, sino de la picadura de avispa posiblemente. Ya la habían llevado al médico al respecto, y por lo visto Paloma era alérgica a ciertas picaduras de insectos. La pobrecilla no tenía un chichón sino una reacción alérgica, pero tan grande, que aquella protuberancia oscura sobre su frente minúscula, como dijo su padre, le daban la apariencia de un delfín picudo.

A ella no parecía importarle demasiado. No le dolía ni le molestaba. Su comportamiento extrovertido no había cambiado en nada, como puede darme cuenta a juzgar por los besos y abrazos apasionados que le daba a Iñaki y a Carmen. A mí, la niña, como siempre, me saludó con un manotazo en la calva que ya empezaba a tener en la coronilla. Era cierto, como decía Pití, pude comprobarlo por mí mismo, que sus pequeñitas manos eran como dos látigos. Su saludo aquella tarde, un latigazo en el coco con escozor y posterior enrojecimiento, y tras mirarla por el espejo retrovisor, simulando estar un poco enfadado para que no me volviera a dar otro, su angelical sonrisa.

Así era Paloma, una rubita minúscula, con unos pequeños y preciosos ojos azules heredados de su madre, una niña alocada y alegre, supongo que como la mayoría de las de su edad. Ambos, Palomita e Iñaki eran niños felices. Niños con suerte. Iban al mejor colegio posible. Nosotros, sus padres, no escatimábamos medios ni sacrificios para su perfecta educación, no les faltaba ningún detalle, ningún capricho. No les faltaba de nada. Yo deseaba que al menos mi hijo, cuando fuera mayor, recordara su infancia como a un cuento mágico de hadas y duendes. Era el tiempo en el que nuestro hijo, dependía por entero de nosotros, y Carmen y yo, trabajábamos con ahínco esforzándonos en convertir ese tiempo, en el tiempo más feliz que él pudiera vivir. Luito y Pití por su parte hacían lo mismo.

Arranqué por fin el coche dirección al trabajo de Pití, no sin antes comprobar que los niños estaban bien colocados y debidamente amarrados con los cinturones de seguridad.

Durante el trayecto nos fue cayendo encima la noche. Lo hacía tan despacio que me parece que solo yo había reparado en ello.

Al llegar al Puerto de Santa María, donde trabajaba Pití, un coche, conducido por un jilipollas seguramente, se nos cruzó con cierto peligro en un semáforo. Normalmente cuando conduzco solo, no suelo decir nada en estos casos, pero viniendo conmigo los niños, este tipo de cosas me sacan de quicio, no puedo remediar ponerme nervioso e inquieto, y es que no soporto que nadie ni nada los ponga en peligro. De mi boca brotaron de forma escandalosa insultos e improperios hacia el jilipollas. Los niños

Librodot

se reían, y llegaron incluso a imitarme repitiendo mis palabras. Yo, cargado de adrenalina como estaba, me volví hacia el asiento trasero del vehículo y les pegué una bronca más o menos dura. No me gustaba que los niños dijeran tacos, pero en esa ocasión, bueno, en la mayoría de las ocasiones era yo mismo el culpable. Sabía que tenía que controlar mi vocabulario, pero a veces me resultaba sumamente complicado.

Aparcamos donde pudimos para recoger a Pití. El Puerto es una ciudad sumamente complicada para ello, sobre todo en verano, así que tuvimos que dejar el coche un tanto retirado. Con los niños, subimos la calle dirección al hospital donde ella trabaja, y una vez en la puerta le señalé a Luito con el dedo mi reloj, queriendo hacerle ver que a pesar de todo, habíamos sido puntuales, como a él le gusta ser.

Pití, también lo fue. Allí estaba ella, bajando por las escaleras sonriendo como siempre. Lo primero que hizo fue saludar a Paloma, rezumando amor materno. Después, tras besar a Luito, nos saludó con cierta euforia a Carmen y a mí, supongo que por la alegría de volver a vernos.

Regresamos al vehículo con la intención de marcharnos ya al restaurante americano. Mientras nos dirigíamos para allá, comentamos que es increíble como la comida que en él te ofrecen crea cierta dependencia. Luito afirmaba que en los condimentos debían de poner un ingrediente extraño, que creara la adición. Es posible que sea cierto, pues que yo recuerde, la primera vez que entre en un Mc Donald, la comida me supo a plástico, pero obligado a volver una y otra vez por Iñaki, al final no sólo me parece buena, sino que ya no concebiría mi vida sin una de esas hamburguesas con queso, lechuga y tomate, al menos una vez en semana.

El restaurante estaba a rebosar de gente. Cuando nos pudimos hacer con una mesa, nos sentamos sin reparar que era lo suficientemente pequeña como para comer totalmente incómodos. Era tal la escacez de mesas, que aquella nos pareció genial. De todas formas tampoco las había más grandes, y es que en aquel lugar, hasta las mesas y las sillas están estudiadas para que no se ensucien demasiado, para limpiarlas con rapidez y lo más importante de todo, para que comas tan rápido como puedas y dejarlas pronto libres, para de nuevo ser ocupadas por otras gentes. Pero nada de aquello nos importaba demasiado. Aceptábamos el sistema con tal de comernos las deliciosas hamburguesas, y de postre un cono de cincuenta pesetas. El cono era un helado de leche merengada o algo similar que realmente estaba delicioso, y todo él por sólo cincuenta pesetas, cincuenta míseras y ridículas pesetas. ¿Quién no se come un cono por cincuenta pesetas?. Hasta yo me los comía con deleite, yo, que nunca comía helados. Pues hasta a mí me encantaban. Hasta a mí me enloquecía aquel sabor cremoso y dulce del cono de cincuenta pesetas, a pesar de tener que aguantar cada vez que me comía uno, al Luito riéndose al ver como se me derramaba este al derretirse, manchándome casi siempre. Cuando así era, siempre me decía que me parecía a su padre, comiéndose los helados en el fregadero. Por lo visto aquel señor debía de ser tan torpe como yo para esos menesteres.

Yo aproveché el momento en el que los niños estaban jugando dentro del parque infantil para abordar a Pití con mis preguntas. Mi ansia por saber de Amelia era tan grande que quizás incluso llegara ponerme un poco pesado sin saberlo, ahora que lo pienso.

Pití me contó aquella noche como fue el nacimiento de Amelia. Ella se lo había oído contar a su abuela en cierta ocasión. Por lo visto, cuando Amelia vino a ver la luz del mundo corrían por Cádiz tiempos de república. Ella nació una mañana soleada y cálida de verano. Cuando su madre, que aún no era ciega, notó las contracciones de parto se lo dijo a su marido, y este corriendo en su bicicleta se apresuró por las calles empedradas en busca de la matrona. La matrona era una vieja gallega, gorda y despeinada, afincada en Cádiz desde que llegó con su difunto marido, que por lo visto fue un ilustre militar de rango. Aquella señora, mas que matrona parecía una meiga. Hacía ya muchos años que se había quedado viuda, por lo visto a su marido lo mataron en las guerras de Cuba, de donde jamás regresó, y ella, sin medios y con demasiada edad para volver a su tierra natal, no tuvo mas remedio que buscarse la vida dedicándose a eso de atender partos.

No es que ella fuera diestra en eso de tener niños. Ella no había tenido ninguno, aunque bien que los quiso, pero Dios no se los mandó. No, no, la señora meiga no había tenido ningún hijo, pero cuando la necesidad aprieta, Dios ilumina, y mira por donde aquella gallega de la noche a la mañana se vio convertida en matrona por eso de la casualidad. Por lo visto una noche, una de sus vecinas se puso de parto, y como el médico también estaba en Cuba, fue ella la única que pudo asistirlo, haciéndolo, no sé sí por suerte o casualidad mas o menos bien. Aquel niño nacido del primer parto que ella asistió daba testimonio de ello, pues sano, correteaba las calles jugando con sus aros metálicos y sus trompos.

La encontró sentada en la puerta del “Manteca”. Ella solía sentarse allí por las mañanas a tomar el sol y consumir esa gaseosa que el “Manteca” tan bien preparaba con

sabor a naranja. Agarrándola de brazo con violencia y explicandole lo del parto a grito limpio la montó en la barra de la bicicleta y dando la vuelta regresó pedaleando a la mayor velocidad posible de nuevo a su casa.

Al llegar entraron corriendo en el partidito, subiendo las escaleras hasta el último piso. Ellos vivían en un cuartito pequeño arriba del todo. La abuela de Pití, primeriza, estaba allí llorando, asustada. La matrona tras verla, la tumbó en la cama y colocándose entre sus piernas introdujo una de sus manos por su vagina buscando la cabeza de la niña. Tras palparla y agarrarla la jaló con fuerza. –Ayuda mujer, ayuda- decía la meiga a la abuela de Pití para que esta apretase. Y la pobre apretó, y apretó tanto que sus esfínteres se soltaron deramándosele las heces, manchando toda la cama, e impregnándose aquel pequeño cuarto de un desagradable olor. La meiga jalaba y jalaba, mientras la abuela gritaba desconsolada por el horrible dolor, pero la niña no salía. A base de fuerza, la meiga consiguió al menos sacar la cabeza de la niña y fue entonces cuando descubrió que la pobre venía enredada en su propio cordón umbilical.

A la vista de aquello, el pánico se apoderó de la situación. El abuelo de Pití, comenzó a gritar mas aún, llorando con desconsuelo. Se tapaba la cabeza con las manos, despeinándose más de lo que estaba. La abuela también lloraba quejándose, y la meiga, desconcertada no sabía que hacer. De repente, y como si de buenas a primeras hubiera sido iluminada por un rayo de luz que le devolviera la lucidez, la vieja se hizo de nuevo con la situación, agarrando a la abuela de Pití y levantándola con fuerzas de la cama. Acercó una palangana que había por allí, y poniéndola en cuclillas sobre ella, con las piernas tan abiertas como podía, le volvió a pedir que hiciera toda la fuerza posible. La sangre brotaba a borbotones dentro del recipiente metálico mientras que la matrona,

trabajando por detrás, trataba de desalojar a la niña desenredando el cordón de la mejor forma que sabía, pero la niña no salía. Su pequeña cabecita se había desformado completamente y también se había oscurecido. Aquella niña sufría un impresionante derrame, tan impresionante que más que la cabeza de un bebe aquello parecía la punta verdosa de un pepino gigante. Estuvo la comadrona luchando un buen rato, hasta que la abuela de Piti, casi desangrada, se desmayó de dolor. Fue entonces cuando aquella vieja bruja sentenció levantándose del suelo que allí ella poco podía hacer. –Aquí esta todo perdido hijo. Aquí no hay nada que hacer ya -. El abuelo de Pití dio entonces un impresionante alarido de amargura, -¡No! No puede ser, ¡No!,- gritaba desesperado. También él de repente y poseído por un halo de amargura, de un manotazo apartó a la meiga y recogió en los brazos a su señora del suelo. Bajó con ella las escaleras saltando los escalones sin pisarlos casi, y montándose como pudo en su vieja bicicleta, pedaleó con furia calle abajo dirección al Hospital de Mora. Al llegar, entró con su mujer en los brazos. Ella ya iba casi muerta, al igual que la niña, que aún seguía asomando su cabecita negra y deformada entre las piernas de su madre.

La espera fue interminable y angustiosa, pero pasadas algunas horas, apareció por la sala de espera una enfermera. Preguntó alzando la voz por el abuelo de Pití, y este nervioso, tuvo que levantar la mano incapaz de pronunciar palabra alguna. La enfermera se le acercó sonriendo, informándole casi de carretilla que el parto había sido muy complicado, pero que a pesar de lo mal que llegaron la madre y la hija, todo había salido bien, y que ambas se encontraban ya descansando en una de las habitaciones de la maternidad. Aquella noticia, cuando él se esperaba todo lo peor, sonó en sus incrédulos oídos como a un milagro. –No puede ser señorita, no puede ser- decía el pobre riéndose ahora de forma ostensiblemente nerviosa. – Pues si señor, que sí ha sido -. El Abuelo de

Pití, besó a la enfermera, que le pareció un ángel bajado del cielo, y sin darle ni las gracias, salió de allí corriendo para buscar a la familia y darle la buena nueva.

La noticia de aquel trágico suceso se extendió como la pólvora, así que todos estaban reunidos en el patio del partidito chismorreando sobre ello. Aquella estancia, normalmente fresca y silenciosa, debido al revuelo que se había formado en el lugar, estaba demasiado caldeada. El hedor a humanidad y a sangre que impregnaba aquel patio, le daban un ambiente un tanto histérico. Todos los vecinos estaban nerviosos comentando los detalles morbosos acaecidos. Aquello había sido un escándalo. En un rincón, justo detrás de la maceta más grande, sentada en un escalón de loza de Tarifa, permanecía la gallega llorando. Alguien demasiado nervioso para controlarse había intentado incluso pegarle al tiempo que la culpaba de lo ocurrido llamándola asesina.

El Abuelo de Pití entró en el patio. Estaba impregnado totalmente en sudor, y sus ojos parecían desencajados de las órbitas. Al verlo, todos callaron. El silencio que se hizo de isofacto, fue tan espeso, que de haberlo querido, podría incluso haberse cortado a trozos con un cuchillo el aire. Todos los vecinos esperaban expectantes a que ese hombre dijera algo, pero él seguía sin poder hablar. Dio un trago de agua fresca del botijo que colgaba en la entrada, y tras eso, por fin empezó a reírse a carcajadas. Todos los que allí estaban, se quedaron perplejos. Nadie sabía como reaccionar, algunos sin saber bien porqué, también comenzaron a reír. Cuando por fin el abuelo de Pití dio la buena noticia, la carcajada se hizo genérica. Todos reían, reían de forma incontrolable y escandalosa, todos, absolutamente todos, hasta la pobre gallega.

Con el tiempo, la abuela de Pití se recuperó de aquel parto, y la niña, fue mejorando. El color oscuro que tuvo al nacer se fue convirtiendo en un blanco nacarado impropio, y su cabeza apepinada fue adoptando la forma normal. Cuando habían transcurrido tres o cuatro meses del suceso, nadie hubiese dicho que fue como fue. La felicidad volvió a reinar de nuevo en aquel humilde hogar. Y aquella niña que al nacer fue mostruosa, poco a poco, se fue transformando en una pequeña princesita. Aquella niña se convirtió en la más bonita del patio. Hubiera sido perfecta de no haber nacido sordomuda, pero como decía de vez en cuando la abuela de Pití, - Demasiado poco tenía la pobre para todo lo que sufrió en su nacimiento -.

Achacaban su sordomudez a que tuvieron que hacerle tras nacer un urgente lavado de estómago para limpiar las heces que la pobre había tragado, o quizás al tiempo que estuvo con el cordón enrollado al cuello. Fue tanto que la niña casi nace ahorcada. En fin, eso eran los designios del Señor, y todos lo aceptaban como mal menor. Mejor así, sordomuda como estaba, que no muerta. Al fin y al cabo era una niña preciosa y nada mas que por eso todos le daban gracias a Dios.

La abuela de Pití, aquella que con el tiempo se volvería ciega, prometió llevar de por vida un ramo de claveles rojos al Corazón de Jesús en cada cumpleaños de Amelia y cumplió a rajatabla con su promesa mientras vivió. Luego, tras su muerte, fue la propia Amelia quien continuara con aquella promesa. Fuera como fuese no hubo trece de septiembre que le faltara un ramo de flores a aquella imagen.

De repente Paloma nos devolvió a todos a la realidad. Apareció descalza y llorando. Se había abierto de nuevo una pequeña herida en su piececito derecho, por

Librodot

donde sangraba levemente. Pití, dejando de golpe la historia, se levantó de áquella incómoda mesa y buscó con rapidez un paño húmedo con el que limpiar la herida de la niña y tras curarla, todos desalojamos nuestros asientos y regresamos a casa de nuevo.

Aquella noche, me costaría trabajo conciliar el sueño. No se bien si la hamburguesa o el cono me produjeron una agresiva acidez de estomago.

En la cama, tumbado boca arriba, trataba de imaginarme como sería eso que Pití llamaba “partiditos”. Por lo visto, en Cádiz, la gente humilde se repartía de forma curiosa los grandes caserones y las viejas mansiones de tal forma que en ellos convivían muchas familias.

Aquellas grandes casas de dos o tres plantas normalmente, se solían dividir, por la necesidad del momento, en pequeños cuartos, y cada cuarto era ocupado por una familia. Las más pudientes de entre todas, podía ocupar incluso dos de esos cuartos, pero pocos había que ocuparan más. Todas las familias compartían aseo y patio, e incluso en alguno de esos partiditos hasta la cocina, teniendo que cocinar por turnos. Aquella vida, llena de estrecheces no debía de ser demasiado cómoda para nadie. No obstante, no todo era negativo, supongo que al menos pasarían unas grandiosas Navidades todos juntos reunidos en el patio celebrando las fiestas con jolgorio.

Corrían otros tiempos, tiempos de miserias y de calamidades. Pocos eran los que podían vivir con desahogo, y quienes así lo hacían era gracias a ser, bien contrabandistas o usureros, que de todo había un poco.

Aún hoy existen en Cádiz algunos de estos partiditos, y en ellos sigue viviendo la gente como entonces. Basta con darse una vuelta por aquellas antiguas callejas para darse uno cuenta que la gente que allí vive lo pasa tan mal, que para ellos, el tiempo no corre. El tiempo solo se mueve para la gente feliz y por eso los muertos están exentos de tiempo. Quizás no sean pobres los que viven hoy en esos partiditos, quizás solo sean muertos que siguen viviendo por no haberse enterado todavía ni ellos mismos de que sólo son muertos. Muertos que siguen existiendo pero sin vivir.

TERCER ENCUENTRO

"LOS MUERTOS SIEMPRE REGRESAN"

La semana se había presentado un poco extraña. Luito estaba demasiado ocupado con la mudanza de una de sus hermanas como para pensar en acompañarnos a la playa. Pití, trabajando en uno de sus peores turnos, y yo, a pesar de que Carmen estaba de vacaciones todavía, tampoco estaba demasiado disponible. Me habían puesto horario de jornada partida y eso me robaba demasiado tiempo.

Acababa de aprovechar mi última tarde para llegarme con mi mujer a una galería comercial a solventar algunos asuntillos que tenía pendientes. Entramos en una óptica para arreglar una de las patillas de mis gafas, compramos algo de ropa preparándonos ya para la nueva temporada de otoño, y volvimos a sentarnos en el mismo café donde lo hiciéramos semanas antes con Luito y Pití.

Mientras nos tomábamos el café y hablábamos, a Carmen se le ocurrió una brillante idea. Podíamos aprovechar el próximo sábado para organizar una buena cena con nuestros amigos en su azotea. Ella se encargaría de preparar el paté de gambas que tanto me gustaba, mientras Luito y yo, seríamos los encargados de encender la barbacoa y asar algunos langostinos. Acordamos llamarles para proponerles el plan. Cuando Carmen lo hizo, aceptaron encantados. Quedaba poco para que acabara el verano definitivamente, y todos queríamos aprovechar hasta el último segundo que hiciera de buen tiempo. Luego llega el invierno. El invierno es tiempo triste, y cuando no llueve hace frío, así que no solemos salir demasiado y nos quedamos en casa viendo la tele.

Al salir del centro comercial, mi hijo nos pidió que lo montáramos en una de esas gigantescas colchonetas hinchables donde los niños saltan y retozan a su libre

albedrío. A pesar de estar aquella tarde castigado, terminamos por concederle su deseo. Al fin y al cabo resultaba muy barato hacerlo feliz. Montarlo en aquella colchoneta solo costaba unas ciento cincuenta pesetas, y por ese poco dinero él podía disfrutar saltando y jalando al menos unos quince minutos.

Nos sentamos en unos bancos de plástico frente aquel artilugio, contemplando como jugaba Iñaki, y mirando a mi hijo, me quede tremendamente sorprendido, más aún, me quedé perplejo. Allí frente a mis propios ojos, me estaba siendo revelada otra gran verdad. Nadie muere del todo, los muertos siempre regresan y lo hacen para vivir de nuevo. Allí, con mi hijo, había también dos niños, dos niños pequeños igualmente saltando y brincando. Uno de ellos era rubio, muy rubio, tanto que casi parecía albino. Sus ojos eran azules, muy azules y yo, sin duda los había visto antes. Aquellos ojos, aquel niño pequeño era la propia y viva imagen de “Manolo el Ruso”, aquel viejo hortelano vecino de mis padres que murió siendo yo pequeño. Le llamaban el Ruso por su corpulencia, su pelo rubio y sus ojos claros. Nunca olvidaré la imagen de aquel buen hombre, vestido siempre con su pantalón de tela a rayas grises y negras, su camisa marrón de trapo marinero y su chaleco oscuro. Nunca olvidaré sus manos gruesas, viejas y agrietadas de tanto trabajar la tierra, ni su cuerpo doblado, vencido por el trabajo como una alcallata, su buen humor, sus chistes verdes que entonces no entendía y sobre todo aquella mirada tímida y espesa un tanto melancólica. Aquel niño tenía todo eso. En su pequeñito cuerpo se podía adivinar sus futuras grandes y gordas manos, su cara era demasiado parecida para ser real, la misma expresión, los mismos gestos, y la misma mirada. En sus ojos parecía como si estuviera viendo a un pequeño niño con un alma vieja. Un alma renovada que aprendía de nuevo a vivir en un nuevo cuerpo un alma antigua a la que ya conocía de antes.

Mi mujer que notó mi perplejidad, me preguntó curiosa que era lo que me ocurría. Yo se lo conté todo. Le conté la historia que recordaba de Manolo el Ruso, de cómo uno de sus hijos, el más joven, se murió de un infarto jugando conmigo al fútbol. Se llamaba Miguel Angel, mi amigo Miguel Angel, mi primer amigo muerto.

Busqué entre los que estábamos allí, y efectivamente, entre el tumulto estaba el hermano mayor de Miguel Angel, otro de los hijos de Manolo el Ruso. Su señora llamó pasado un cuarto de hora a aquel niño. El niño se llamaba Miguel Angel, como su tío. No pude evitar que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo.

Mientras contemplaba como aquel niño se alejaba me preguntaba que pensaría él de mí, si supiera todo lo que yo sabía de él. Es curioso ver como nos vamos sucediendo, como los muertos regresan hechos niños para remplazarnos en la vida, para que muramos nosotros y dejarnos de nuevo volver a nacer, regresando al mundo para reemplazarlos de nuevo a ellos. Yo, me sentía dichoso, no todo el mundo tiene la dicha de ver a un viejo siendo niño, convertido en niño cuando se es mayor. Yo sí, yo sí lo había visto, y es que no todos ven cuando miran, ni miran cuando ven.

Trás recoger a nuestro hijo, también nosotros nos marchamos de allí. Al salir de aquel lugar pudimos ver el mar. Había empezado a anochecer y el horizonte se teñía de un color púrpura especial. El brillo tenue de un sol casi caido se reflejaba en el agua que parecía de plata. No había olas, ni corría el aire. Todo era quietud, y en la lejanía se presentía la paz del perpetuo silencio.

Librodot

Recordé mirando aquel paisaje, aquella bonita historia que yo mismo había escrito hacía algunos años. Aquella historia que decía que en el fondo de ese mar que ahora tenía enfrente debía de crecer un almendro precioso cuajado de minúsculas flores blancas. No sé bien porqué cuando veía el mar, recordaba aquel almendro mágico que crecía en ese extraño lugar de ensueño. Aquel lugar donde había miles de miradas sin ojos, aquel lugar donde se oían voces sin bocas, donde se podía sentir las risas de los niños. Un lugar donde estaba la puerta siempre abierta que tanto me aterraba. Aquella puerta que bien podía ser mi propia muerte o quizás mi nuevo nacimiento. Quizás ambas cosas sean lo mismo, y uno muera al entrar por aquella puerta, para nacer tras pasarla.

Una amiga, tras leer aquella historia, me dijo que ciertamente era bonita y tierna. Según ella el almendro venía a significar la paz, la felicidad y la seguridad de mi madre en mi niñez. Aquella afirmación que al principio no entendí, no estaba del todo descaminada. Tras meditarla la entendí, y era cierto lo que ella decía. En la huerta donde me crié, ahora lo recuerdo, crecía un almendro. Ese era el almendro de mis sueños, el almendro de mis recuerdos, al cual rememoraba cada vez que miraba al mar. Quizás por eso el mar me infundía paz en el alma, la misma paz que me infundía mi madre, a quien siempre veía desde debajo del árbol, desde aquel jardín de risas y de juegos, aquel jardín de vientos de mi infancia.

Pasado tres o cuatro días, nos encontramos a Luito por la calle. Nosotros íbamos en el coche de Carmen buscando algún repuesto donde poder comprar una pieza que Paloma había roto del espejo retrovisor del mío. Al verlo, dimos la vuelta donde pudimos y nos acercamos a él, que nos esperaba en el andén de la carretera. Según nos

contó, venía de llevar algunas fotos de su hija al colegio. El curso escolar empezaría pronto, y debían de ultimarse todos los detalles. Paloma iba también con él, montada en una pequeña bicicleta. Le invitamos a tomar un café, pero en esa ocasión declinó nuestra invitación. Había quedado con sus padres para ir de compras, así que no pudo venir. Al referirnos al plan de Carmen de encontrarnos el próximo sábado para cenar el paté y los langostinos, según nos dijo él, no le parecía buena idea. Había discutido por lo visto con Pití, y no tenía ganas de ser anfitrión de nada. Carmen trató de darle ánimos, pero él, aclaró que cuando se enfadaba lo hacía para varios días. El sábado seguiría enfadado, y seguramente no tendría ganas de interpretar ningún papel de padre feliz. Sólo tenía ganas de estar solo, de sentirse solo.

No diré que aquella decisión de Luito no nos decepcionara un poco, pero al menos yo trate de entenderla y de aceptarla respetando sus sentimientos. Carmen en cambio, insistió con su idea afirmando que llamaría a Pití por teléfono para ver si se hacía o no aquella barbacoa.

Dejamos a Luito inmerso en su pena y sus pensamientos a solas con Paloma, y nosotros nos fuimos en busca de aquella pieza que no encontraba por ninguna parte. Al final, y dado que todos querían venderme un espejo entero, opte por simplemente pegarla. Me daba coraje, para que negarlo, que esos desalmados de los repuestos, se quisieran aprovechar de mi, vendiéndome el espejo completo cuando lo único que se había roto era una piececita de nada.

Cuando por fin me convencí de que localizar aquella pieza era tarea imposible, nos fuimos a casa de la abuela. Carmen quería lavar su coche para llevarlo limpio a su

Librodot

trabajo. A ella también se le acababa el permiso. Las tardes se acortaban a pasos agigantados. El otoño ya estaba enseñando la punta de sus zarpas, y a los arboles, asustados, se les había empezado a caer las primeras hojas. Recordé aquel verso que Luito me recitara en cierta ocasión, “Y los jazmines, pálidos de pena, se arrinconan en el jardín al ver que el verano termina” mas o menos venía a decir algo así. Aquel verso pertenecía a un libro de poemas que un médico, compañero de Pití, había publicado recientemente.

Carmen limpió su coche a fondo, mientras yo echaba aquella tarde afuera jugando con mi hijo al fútbol.

Al llegar a casa, no puede evitar sentir cierta tristeza. Aquel encuentro que habíamos tenido con Luito me preocupaba. Yo, como buen jugador de ajedrez que soy, suelo meditarlo todo, buscándole a la vida los siguientes veinte movimientos de la partida. Quienes me conocen saben que no suelo quedarme en la primera impresión, sino que tras ella profundizo, aplicándole mi lógica en busca de un final, en busca del mate, como en el ajedrez, y la verdad es que suelo equivocarme poco, aunque he de reconocer que a veces sí que lo hago. Yo también soy humano.

Nuestras vidas iban a cambiar drásticamente a partir de la próxima mañana. Carmen volvía al trabajo, yo, con mi jornada partida, teniendo que trabajar incluso los sábados, Pití, con sus dichosos turnos complicados y Luito, él con sus enfados.

Era evidente que la cosa se nos estaba poniendo realmente complicada. Y ese era mi temor. Temía que el invierno entrara en nuestras almas enfriando esta amistad tan

preciada. Ya nos había pasado antes, un año antes, con Vicente y Teresa. Con ellos pasamos un verano inolvidable, un verano para el recuerdo. Pero tras el verano, aquella amistad se enfrió. Hoy ciertamente nos queda un innegable cariño hacia su hija, la pequeña Pilarica, como yo la rebautizara. Aquella niña entrañable supo calar en nosotros, llegando a nuestros corazones, y no puedo evitar sentir cierta emoción al recordarla. Espero que ella también nos recuerde con cariño. Hace mas de nueve meses que no sabemos nada de ellos. Absolutamente nada. Sería triste, muy triste, que volviera a sucedernos lo mismo con Pití y Luito. Con ellos sería incluso más doloroso aún. La perdida de su amistad por enfriamiento en la relación me convertiría en un ser estanco, escéptico de admitir a nuevas amistades.

No teníamos demasiados amigos. Bien porque algunos nos decepcionaron, bien porque otros se marcharon lejos, lo cierto es que nos sentíamos a veces un poco solos. Quizás por ello nos aferrábamos a esta amistad como a un clavo ardiendo. Yo me entendía perfectamente con Luito, y entre nosotros siempre había algo que contar. Él incluso me llegó a comentar que había sentido como se había conectado mentalmente a mí a través de la distancia. Yo no le entendí del todo y le pedí que por favor fuera más explícito. Él me respondió que más adelante me daría la oportuna explicación, que por cierto aún sigo esperando. A Pití, a la buena de Pití le había empezado a tomar un fuerte cariño fraternal, y también estaba Amelia, la historia de Amelia, que seguía a medio contar. Pití ni siquiera me había enseñado aún su foto.

Yo no estaba dispuesto a que nos volviera a suceder lo mismo, aunque para ello tuviera que pelear con el mismo demonio del invierno. Lucharía por mantener la amistad con Pití y Luito. Ya habíamos hecho incluso planes de cómo sería la noche de

fin de año. Luito trabajaría aquella noche de diskjokey en un cotillón, y allí estaríamos nosotros, Pití, Carmen y yo, todos elegantemente vestidos, todos alegremente felices, bailando y bebiendo cava. Aún faltaban algunos meses, pero aquella noche se haría realidad. Y allí estaremos, tras las doce uvas, cantando y riendo, hasta que la noche pase. Y cuando se acabe, nosotros seremos los últimos en salir de aquella sala, y nos iremos contentos en busca de algún lugar donde tomar café y churros.

Mientras tanto, espero que al menos nos veamos algún que otro fin de semana, aunque sólo sea para llevar al Mc Donald a los niños. Ellos nos unieron y por ellos debemos seguir unidos en cierta forma.

Quedan muchas cosas por hacer, muchas cosas por decir, demasiadas cosas aún por vivir para que esta amistad se termine.

Al día siguiente de encontrarnos a Luito por la calle, de nuevo todo cambió. Al final no se haría definitivamente la barbacoa, pero no debido a su enfado, sino a que por lo visto ese sábado era el entierro de la caballa en Cádiz, y Pití, tras enterarse llamó a Carmen para cambiar los planes. A ella, como buena gaditana y viñera, le apetecía ir mucho a ésa fiesta, y por nuestra parte no había ningún inconveniente, así que reacordamos irnos todos para allá, aunque lo correcto sería decir, que como de costumbre, acordaron ellas. Ellas solían adelantarse a la voluntad de Luito y de la mía. Solían organizar y luego nos mostraban sus planes totalmente ultimados sin dejarnos espacio para ni una simple opinión. Sé que lo hacían inconscientemente, casi sin querer, sin darse cuenta, pero eso nos molestaba. Nos sentíamos en cierta medida un tanto

desplazados. Protestamos alguna vez por esto mismo, pero como era obvio, no nos sirvió de mucho.

Aquella noche llamé a Luito para tratar de otro asunto que nos traíamos entre manos y que no comentaré. Al preguntar si ya se le había pasado el enfado, él me respondió que aún no. Le dije entonces que no entendía como había quedado con nosotros para ir al entierro de la caballa, aclarándome que no pensaba venir con nosotros. Era evidente, tras oírle, que de nuevo Pití y Carmen habían vuelto a dar por sentado algo sin contar con él. A mí verdaderamente no me molestaba demasiado aquel cambio de planes, pero no me atreví a preguntarle nada al respecto. Intuía que si lo hacía, solo estaría colaborando a que su enfado se acrecentara más, pero estaba totalmente convencido de que la sangre no llegaría al río y que cuando el sábado por fin llegara, ellos ya habían resuelto sus diferencias.

Como suele hacer, me comentó que tenía algunas cosillas que contarme, pero colgó dejándome intrigado al respecto. A él le encantaba crear suspense, en cambio a mí, que siempre he odiado las sorpresas, todo eso sólo conseguía ponerme nervioso. Mi curiosidad se vuelve a veces en una complicada enfermedad, difícil de sufrir. Pensaba tratando de adivinar de que se trataba aquello que me tenía que contar, pero era incapaz de imaginármelo, así que, restándole importancia traté de quitármelo de la cabeza. Al fin y al cabo casi siempre solían ser pequeñas cosas, pamplinas, como él solía llamarlas, y en esta ocasión no sería menos.

El sábado ya estaba próximo, y yo podía aguantar hasta tanto. Estaba seguro de que al final todos iríamos al festejo, y aprovecharía cualquier momento para que él me

desvelara sus pequeñas cosas, aunque lo más importante para mí era el provocar un nuevo encuentro con Pití para que siguiera hablándome de su tía, de Amelia, a quien por más que lo intentaba, si que no conseguía quitarme de la cabeza.

Era como si yo me hubiera quedado fascinado de aquella señora a la que no conocía. Su historia me cautivaba. Me la imaginaba viviendo su vida con sencillez. Con tanta sencillez como elegancia. Nadie se hace elegante. Para serlo hay que nacer. Se es elegante como se es escritor o poeta, como se es bueno o inteligente. Nadie puede llegar a ser inteligente, ni poeta, ni bueno si no ha nacido así, de la misma forma que no se puede llegar a ser elegante. En esto, o se es o no se es, y si se es, de acuerdo estoy en que se puede incluso mejorar con el tiempo y la experiencia, pero si no se es, no existe conocimiento humano, ni ciencia que posibilite a nadie para serlo. Uno puede llegar a ser médico, o arquitecto e incluso astronauta si así se lo propone firmemente, y trabaja por conseguirlo, pero nadie puede llegar a ser elegante si no lo es, por más que se esfuerce. Si no lo es, todos sus desvelos y sacrificios serán en vano. Si no lo es, lo quiera o no, se morirá sin serlo. Podrá llegar a parecerlo, a imitarlo, a simularlo, pero jamás llegara realmente a conseguirlo. En cambio Amelia, era elegante, y lo era sin quererlo. Seguro que sin saberlo incluso. Era elegante porque así nació. Era una humilde señora con el alma de princesa. Aquella majestad propia se le escapaba por sus ojos. Por esos melancólicos ojos verdes, que parecían estar siempre mirando al infinito, como esperando ver en algún momento como sus sueños se hacían ante ellos realidad de una forma mágica, o quizás por todo lo contrario, por ver como sus sueños se desvanecían ante sus tristes ojos de una forma involuntaria y trágica. Quien sabe porqué Amelia miraba siempre ausente al horizonte. Quizás estuviera viendo otros mundos, otras

Librodot

realidades, o simplemente escondía su mirada en lo intangible por no ver las miserias de este.

El sábado, pasearé por la Viña, y en sus calles buscaré el alma de Amelia. Seguro que ella sigue estando presente, entre las mujeres que al llegar la noche se sientan en sus casapuertas para ver como pasan las vidas ajenas, hablando y hablando sobre la filosofía mística del cazón en adobo, en sus sillitas de enea, sobre el bordillo desnudo. Ella estará al tanto de los niños que corretean, en el atardecer, tratando de limpiarles los churretes de la cara, o la vela de moco pegada sobre el labio superior de sus minúsculas bocas. Niños de pelo en punta y hablares descastados, en los que predomina de forma ponderante la palabra “picha”, tan del sitio, tan de esas calles. El sábado paseare por la Viña, buscando a Amelia entre aquellas casas que calléndose a pedazos, presumen del orgullo de sentirse, a pesar de la miseria, el mismo corazón de Cádiz. Un corazón que palpita, vibrando de mentira, al son de los pasodobles y los tanguillos. En aquel barrio de paredes viejas y descarnadas, de calles impregnadas del humo desprendido de tanto asar caballas, en aquel barrio de contrastes, de claroscuro, de pequeñas tragedias humanas y grandes historias, en aquel lugar donde se alternan sin orden aparente las lágrimas y las risas, estará Amelia, y yo trataré de verla, la buscaré en cada rostro, escrutando aquel laberinto exquisito, por sus esquinas de levante, o de poniente, que en la Viña, no es importante de donde venga el viento. En cada bar, en cada tugurio abierto de par en par al corazón de sus gentes, en cada azotea, en cada maceta, en cada balcón, en cada piedra.

Cuando por fin llegó el sábado, como suponía, aunque a Luito no se le había pasado del todo su enfado, también él nos acompañó.

Librodot

Llegamos a Cádiz, y tras dejar el coche en el parking, nos fuimos en busca de la famosa caballa. La encontramos por la Viña. La caballa era una pequeña cabalgata que, al son de la música alegre que una banda populachera le iba tocando, recorría aquellas calles a hombros de una cuadrilla de señoras, todas ellas formalmente enlutadas, aunque su triste atuendo, nada tenía que ver con el jolgorio que llevaban.

Aquella caballa bailaba al son de la música, ante las miradas risueñas de todos los que se agolpaban debajo de ella. Todos parecían vivir la fiesta, de una manera especial. En Cádiz, santuario del chiste, del buen humor y la carcajada, no faltaba nunca algún motivo para festejar algo. Siempre había algo que celebrar, copita de manzanilla en mano para los señores y moscatel para las damas.

Antes de llegar, por el camino, nos cruzamos con mas de veinte bodas. Parecía como si todas las chicas de Cádiz, en edad de merecer, se hubieran puesto de acuerdo para casarse en ese día. Ver tanta novia, me pareció en principio un buen augurio, parecer que se me derrumbó al ver a la última de todas. Tras dejar el coche, atravesamos el Parque Genovés, y justo en la puerta estaba aquella pobre. Al pasar por su lado, no pude evitar mirarla, llevándome una desagradable impresión. La novia, toda vestida de blanco, como es costumbre, era realmente fea, tan fea que no pude evitar de compadecerme mentalmente del novio. Y si bien era fea aquella mujer, no quiero decir nada del resto de invitadas. Aquella novia fea estaba rodeada de otras que lo eran todavía más. Tanta mujer fea, revoloteando alrededor de la novia me pareció por un momento una convención de brujas. Eso es cruel, ya lo sé, pero sería un hipócrita si digo lo contrario. Nunca jamás antes había visto a tantas feas reunidas. ¿Cómo es

Librodot

posible que tantas feas se junten?, ¿Es que a las bodas de las feas no van mujeres que se les puedan mirar a la cara?.

Por un instante, llegué incluso a pensar que aquella noche no vería a ninguna chica guapa, pero eso no fue así. Gracias a Dios no lo fue. De haberlo sido me habría preocupado y hubiera pensado en una invasión de alienes, o en un conclo del mal para apoderarse de las almas de la gente buena. No puedo evitarlo, quizás sea una deformación o un trauma, pero lo cierto es que lo feo me inspira desconfianza, me evoca el mal. Seguro estoy de que si Satanás existe, es el ser más feo del mundo. Por regla general, cuando me veo rodeado de gente fea, me siento inseguro, incomodo. En cambio, como bien dice Luito, hay muchas personas que a pesar de ser físicamente horrendas, son espiritualmente bellas. Yo no me refiero realmente a esa fealdad. He vistos a chicas impresionantemente hermosas, mientras han mantenido sus bocas cerradas, y al abrirlas, desmorronarseles toda su hermosura y pasar de golpe a ser asquerosamente feas, bien por ordinarias, por torpes, por dejadas, mal educadas y demás defectos que se pueden tener.

La belleza en el ser humano, es un compendio de múltiples cosas. Yo capto la belleza justamente en la calidad de la mirada. Observo como miran los demás para saber de ellos si son gente bella o no. Y conozco muchas chicas físicamente no muy agraciadas, y mirándolas desde sus miradas, se transforman, como el patito feo, en elegantes y preciosos cisnes. Luito me recriminó aquella noche el comentario que había hecho respecto de las feas. Es obvio que no me había entendido, no obstante, como suelo hacer, dejé que siguiera imaginando, que siguiera forjándose una imagen distinta de mí de la que en realidad soy , no suelo, como ya le dije en cierta ocasión, molestarme

en intentar rectificar a nadie de sus errores. Cuando observo que los demás están equivocados, simplemente calló y les concedo tiempo, les ofrezco todo el tiempo que sea necesario para que se auto corrijan. Estoy realmente convencido de que quien me entiende por si mismo y no por mis esfuerzos para que lo haga, ese me comprende, y quien me comprende, creo que no puede dejar de ser mi amigo. Estoy realmente convencido, como digo, de que yo soy una buena persona.

Aquella noche, Luito se escandalizó de mis comentarios. Aquella noche Luito afirmó, que yo debía de ser un nazi. Aquella comparación, aquel calificativo me pareció un poco fuerte. Me molestó, pero no por el hecho de que me llamara nazi, más bien por comprobar decepcionado de que yo estaba equivocado. Aún él no estaba preparado para que yo le hablara en términos literarios. Aun no entendía correctamente las metáforas y las alegorías que siempre empleo al hablar, y eso era lo que realmente me dolía. Él, aún no me conocía, ese pequeño detalle, ese minúsculo comentario, lo delataban.

Traté de aprovechar aquel comentario de Luito, para examinar la reacción que producía en el resto del grupo. Paloma e Iñaki, como es lógico quedaban exentos por su edad. Carmen, lo secundó al momento. No solo estaba de acuerdo con ello, sino que además lo apuntalo con otro propio, para darle más fuerza. Ella, afirmó tajantemente de que además de a los feos, tampoco yo soportaba a los torpes. Y era cierto, había dicho antes, mil veces, que la gente torpe no me cae bien, pero en otro contexto, con otro significado distinto al que ella trataba de darle. Yo soy una persona extraña, y digo cosas a veces que no siento. Carmen, para mi más profundo dolor, aprovechó aquel minúsculo resquicio que casualmente se produjera, para golpearme con violencia y

dejarme en evidencia delante de los demás. Ella era así, exteriormente mucho más efusiva que yo. Siempre estaba quejándose de mí. Yo no le parecía cariñoso, cuando habían en mí mil muestras de amor día a día. Ella no sabía verlas, quizás sea eso, pero las muestras existían. Yo mismo era una de ellas, que consumiéndome, seguía para mi tormento trabajando en aquella empresa donde me explotaban por un mísero sueldo, y todo por la seguridad de mi casa. Les estaba dando mi vida, todo mi tiempo, mi yo y mi otro yo, y a pesar de todo, ella no veía muestras de amor. Como digo, todo lo contrario, aprovechaba la mínima ocasión para golpearme y hacerme quedar mal delante de personas importantes para mí, quizás de ésa forma se vengaba inconscientemente, por mis faltas de atenciones. Ya habíamos discutido algunas veces al respecto. Aquella costumbre suya, al principio me molestaba, me irritaba, pero ya, casi he aprendido a vivir soportándola. Me suele pasar desapercibida la mayoría de las veces.

Yo soy tremendamente sensible, y ese tipo de cosas me afectan demasiado, a pesar de que sé de antemano que no tienen la menor importancia.

Para mi desgracia, Carmen, lo quiera o no, aunque sé que pueden matarla y jamas lo reconocerá, siempre ha sido demasiado puñetera. Ya se sabe, de tal palo...

Pití, en cambio, ante aquella grave calificación que Luito hiciera, no sé si por la astucia de ser mujer, creo que se dio cuenta de que yo estaba observándola. Noté en ella cierto malestar. Parecía como si aquel comentario la hubieran comprometido demasiado, así que a pesar de mi insistencia por ver sus ojos, ella los escondía clavándolos en el suelo. Algo era algo, al menos también a ella le había molestado, y

con aquel gesto de ocultación lo único que mostraba era la vergüenza ajena que había sentido.

Qué pena me daba haber esperado con tanta ansia ese nuevo encuentro para que resultara ser al final tan desastroso. En esos momentos, llegué a sentirme tan mal, conmigo y con quienes me rodeaban que solo quería estar solo. Menos mal que aquel desafortunado comentario se produjo al final de la velada, de haberse producido antes, aquella tarde habría sido insufrible.

Como decía, fuimos al encuentro de la caballa. La caballa de cartón piedra, hecha para el cachondeo de las gentes de Cádiz por un artesano, bailaba dando saltos sobre los hombros de aquellas muchachas vestidas de negro. Delante de la comitiva, iba uno disfrazado de cura, y su sermón versaba sobre el consuelo que tenía el que dar a aquellas chicas tristes, mostrando para el regocijo del público, con ciertos gestos de sus manos y sus brazos un aparato genital masculino. Sólo en Cádiz, son capaces de definir ese aparato sexual insinuándolo con gestos, sin emplear palabras, sin que resulte grotesco.

La caballa, que iba recorriendo las calles de forma jaranera, al llegar a cierta altura, convirtió su paso dicharachero de repente en un paso formal de trono de Semana Santa. La música se calló, y aquel cachondeo de las gentes de Cádiz, se transformó como en una especie de pública y seria manifestación de fe.

De buenas a primeras, aquellas enlutadas jóvenes, parecían estarlo de verdad. Pití, al ver mi desconcierto, me informó de que la caballa estaba pasando por la puerta

Librodot

del domicilio del artesano que siempre la había fabricado gentilmente. Por lo visto aquel señor había fallecido no hacía demasiados días, y su caballa, hecha para el cachondeo, se transformaba, con ese arte del que solo la Viña se es capaz, en un instrumento de homenaje, en una señal de reconocimiento y respeto, para de nuevo, tras sobrepasar algunos metros aquel domicilio, volver otra vez al cachondeo profundo.

Cachonda era la caballa, cachondas las chicas que la portaban, cachondas las gentes que la miraban desde abajo, cachondos eran hasta los dos guardias que acompañaba aquel cortejo montados en sus motos. Ellos aguantaban con gentileza, los embistes irónicos de gentes como la "Uchi", personajillo celebre en el lugar por sus alocadas y extrañas correrías. La "Uchi" era como un Quijote gaditano, pero ella, en vez de luchar contra molinos, se echaba por novio a los guardias. Ese era su sueño, tener una aventura con alguien que vistiera uniforme. De lo que fuera daba igual, lo importante es que fuera un uniforme. Lo triste del caso, era comprobar mirando aquella señora, que ese sueño, como para la mayoría de la gente, también para ella sería imposible. Impensable, sería correcto decir.

La "Uchi", célebre personaje femenino, se suele ver por la Viña precipitándose cuesta abajo montada en su bicicleta, insultando y amenazando a todos los que se le cruzaran en el camino. Su fama de loca, la precedía. Ya me habían hablado de ella, como también lo habían hecho de "María la Yerbabuena", aquella otra señora que se había hecho famosa en toda Andalucía por ese famoso dicho de carnaval que ella inventara, y que con el paso del tiempo se ha convertido en todo un lema carnavalesco populachero, "Ole, ole y ole, y el que no diga ole, que se le seque la yerbabuena".

Librodot

Trás estar viendo la caballa un buen rato, nos marchamos hacia la playa de la Caleta. Amelia debió de ser un compendio de todas esas pequeñas cosas. Por más que trataba de imaginarmela allí, no podía verla del todo. Claro está, que ella no era de este tiempo, ella perteneció a otro. Otro tiempo aún no demasiado lejano, pero distinto. Las mujeres entonces no se divertían tanto. Las señoras eran en Cádiz, como en el resto del mundo, ciudadanos de segunda, y un instrumento al uso del varón, para cuantas necesidades le surgieran.

Amelia era del tiempo en el que las mujeres sólo servían para planchar pantalones y almidonar camisas. Un tiempo en el que las mujeres no hablaban, y eran sordomudas, como lo era ella. Mujeres que a pesar de poder hablar perfectamente, como si fueran monos de Gibraltar, por miedo a las circunstancias del momento, ni veían, ni oían, ni se expresaban con libertad.

En la Caleta estaba atardeciendo. Vivir un atardecer en la Caleta es tener un privilegio del que no todos pueden disfrutar. Los niños, nada mas llegar, se adentraron en la arena, y jugaron en ella. Había otras gentes, pero esos, parecían no percibir lo mismo que yo. Aquella gente que poco a poco se iba agolpando, ajenos al grandioso espectáculo del atardecer, esperaba más bien que la caballa llegara de su festiva procesión para ser quemada, y escuchar luego el mas que esperado pregón del “Carapalo”, personajillo conocido por esos lares por su torpe, pero simpática y graciosa verborrea.

La tarde fue pasando desapercibida, y poco a poco todos los que estabamos allí, nos fuimos adentrando en la noche. Cuando todo estaba lo suficientemente oscuro,

apareció por un extremo de la playa por fin la caballa. Llegaba rodeada de al menos dos docenas de antorchas, y su caminar, parecía ahora un tanto más cansino. Alguien, desde un escenario improvisado, iba, a grito pelado, narrando como aquello sucedía, apoyándose en una preciosísima música de fondo, haciéndolo de tal forma, que en su recital más bien parecía un viejo trovador o un poeta. La gente emocionada, yo creo que por el efecto de la música, se dejaban llevar por aquellas palabras y aplaudían enloquecidas. Reconozco que yo mismo llegué a emocionarme con la llegada de aquella cabalgata. Luego, una vez situada en el justo lugar, como simbolizando con ello, que el verano ya acababa, le prendieron fuego, como si de una falla valenciana se tratara, y las llamas se apoderaron de aquella figura, convirtiendo el cartón piedra en cenizas, que aún en ascuas se elevaban por el aire, como si fueran mil estrellas fosforescentes. Mientras la caballa ardía, todos callaron. Un espeso silencio se apoderó de la playa. Se podía incluso oír, como una música extraña, el suave reflujo de las minúsculas olas. Cuando por fin, víctima de aquel fuego la caballa cayó al suelo, todos rompieron en un espectacular aplauso, y la música, procedente de los gigantescos altavoces del improvisado escenario volvió de nuevo a sonar y aquel que hablaba, anunció con todo lujo de detalles, que por fin llegaba, procedente de ultramar el mismo Dios Neptuno. Neptuno, ciertamente se acercaba a la orilla escapándose de la oscuridad del mar, montado en una barca caletera. Empezaba a asomarse lentamente a la claridad de los focos, alzando con orgullo su tridente. Aquel Neptuno, llegado desde el mar para pregonar aquel festejo, era el mismo “Carapalo”, y fue recibido en honor de multitudes, que lo aclamaban como si realmente él fuera un verdadero Dios. Neptuno desembarcó en la arena, y con paso protocolario y adosado de las antorchas que acompañaron a la caballa, se fue acercando al escenario atravesando la multitud que se abría paso. Una vez arriba, saludó elevando aún mas su tridente, y todos, en un grito común, lo

Librodot

aclamaron y lo veneraron. El “Carapalo”, comenzó su pregón disfrazado de Neptuno, diciendo tantos disparates, que todos los presentes no tenían mas remedio que partirse de la risa. Venía acompañado de una especie de lobo de mar, que según él, era el mismísimo Capitán Iglo, el de las varitas de merluza. Y allí, sobre el escenario fue pegando un repaso no exento de ironía a todos los que a su criterio lo merecían. Aquel discurso, fue idéntico al que ofrecen los cuartetos carnavalescos. Desvergonzado y gracioso, cargado de esa genialidad innata en los artistas callejeros de Cádiz.

Cádiz ha sido siempre un pueblo tremendamente narcisista, y lo que allí estaba ocurriendo era una prueba evidente. Sólo en Cádiz, se habilitan tribunas para que sean ocupadas por personas del pueblo. Solo en Cádiz, se nombra pregonero a una persona como el “Carapalo”. El “Carapalo”, en cualquier otra ciudad normal, hubiese sido otro más, un ciudadano de tantos, de esos que pasan desapercibidos en las encuestas, pero en Cádiz, y solo allí, el “Carapalo” era toda una celebridad.

Cuando éste terminó su pregón, y aprovechando el tiempo en el que unas agrupaciones se preparaban para actuar, nosotros nos tomamos unos bocadillos y hablamos por fin de Amelia.

A Amelia, según Pití, que se había criado por aquellas calles, le encantaba desde pequeña acercarse en los atardeceres a la Caleta, para ver desde allí cada crepúsculo. En la medida en la que poco a poco fue creciendo, se fue convirtiendo en una jovencita preciosa, disputada por los galanes del barrio.

Librodot

Pronto se quedó huérfana de padre, ya que este se murió víctima de una neumonía traicionera que cogió en una madrugada, en la que pescando, se cayó al mar y su hermana la mayor, también las abandonó cansándose con uno de esos que trabajaban en el muelle comercial de estibadores. Su madre, poco pudo hacer también por ella. Quizás por el disgusto de la perdida tan repentina de su marido, y debido a una inexplicable subida de azúcar en sangre, terminó por quedarse totalmente ciega, así que aquella niña, sin padre, con su madre completamente impedida y para mayor infortunio. sordomuda como estaba, tuvo que aprender a arreglárselas desde temprana edad por sí sola.

Algunos del barrio, como hienas, trataron de aprovecharse de todo ello. Aquella niña era tremendamente atractiva para el voraz apetito carnal de algunos desalmados que la encandilaban con el único fin de hacerla suya. Fueron tantos los que se acercaron probando fortuna que pronto la niña cogió fama de lo que no era, y la mayoría de las gentes del barrio empezaron a faltarle al respeto. Hubieron tantos que trataron de abusar de aquella criatura, que consiguieron que al final la niña viviera una amarga infancia. Desposeída de su más íntima dignidad, y desahuciada por los vecinos como si de un trapo viejo y sucio se tratara, fue creciendo la pobre rodeada de incisivas miradas, que como esgrimas le atravesaban el alma, acarreándole un profundo dolor y un terrible sufrimiento.

Ella no terminaba de entender porqué la gente la trataba de esa forma. La falta de su padre, hizo que la miseria llegara a su casa. Su madre recluida en una habitación oscura, era incapaz de salir de aquella trágica situación, y Amelia, como un espíritu salvaje e inocente, se fue poco a poco haciendo mayor.

Librodot

La niña y la madre, se acostaban muchas noches teniendo para cenar tan solamente un mendrugo de pan duro que ella robaba de las sobras de alguna panadería, con el que, con un poco de agua y sal, hacían una especie de sopa que les aportara algo caliente para llenar sus estómagos.

Sus vestidos poco a poco se le fueron quedando pequeños, y terminaron reduciéndosele tan sólo a uno, que con el paso del tiempo pasó también a convertirse en un andrajo. Los tiempos estaban cambiando, España había entrado en una guerra civil que indujo a la miseria a muchos inocentes, que nada sabían de política. Ella no entendía eso de las derechas y las izquierdas, sólo sabía, que cada vez había menos. Las gentes morían, el que no en la guerra, por una enfermedad tenebrosa y desconocida, o de pena, que también hubieron muchos que murieron de pena. La ciega, trastornada por tanta oscuridad, seguía cada día oyendo la radio. Oía la radio a cada hora, a cada minuto, a cada segundo, hasta que un día, y sin previo aviso, hasta la radio murió, quedándose sin pilas, no obstante, la ciega seguía oyendo aquella radio enmudecida. La oía aferándose a ella con fuerza, a pesar de su silencio. A la radio se le habían acabado las palabras, pero la ciega parecía no haberse dado cuenta, al igual que Amelia, pero ésta, al fin y al cabo era sordomuda.

Un buen día, Amelia, mientras buscaba algo comestible para llevar a su casa, observó como las gentes que aún seguían vivas, corrían por las calles, manifestando una alegría ilógica. Ante la perplejidad de la niña, alguien se le acercó misericordiosa, y gesticulando con los labios de forma exagerada, la informó de que por fin la guerra había acabado. No se sabía bien quien la había ganado, pero eso no era importante.

¿Qué podía importarles a ellos quienes la habían ganado?. Lo único importante era que por fin se terminó. La niña, contenta regresó corriendo a su casa para contárselo a su madre. La ciega seguía en su butaca, con su radio sin pilas pegada a la oreja. Se la quitó con suavidad, y acercándole sus labios a la oreja, pronunciando las palabras como mejor pudo, la pobre, trató de decirle de la mejor forma que sabía, lo que había oído. Su madre, la entendió perfectamente. Esperaba aquella noticia, que le parecía que jamás llegaría, así que tras oírla, dejó por primera vez, desde hacía ya mucho tiempo, aquella vieja radio y en su rostro se dibujó una bonita sonrisa que reflejaba la tremenda felicidad que aquella buena nueva le producía en el alma. La ciega tomo en sus manos, las manos de Amelia, y tras acercarla a sí, la besó en la frente, y de aquellos ojos apagados, brotaron lágrimas. Lágrimas enormes, que se desvanecieron por las arrugas de su cara, lágrimas sentidas y húmedas, lágrimas que brotaban fruto de su tremenda alegría.

La guerra había pasado, pero había dejado como una cicatriz imborrable, marcada el alma de la gente. Nunca nadie volvió a ser como antes. Las calles, tras la euforia, se quedaron desiertas, y así se mantuvieron durante algunos largos meses. El caos parecía haberse apoderado de la situación, y algunos estraperlistas aprovecharon para hacer su agosto particular con los cuarterones de tabaco, la leche, e incluso el pan. Hubo quien se enriqueció a costa de la miseria de todos. Esos eran sobre todo algunos militares de rango, o los encargados de proporcionar las cartillas de racionamiento.

A Amelia le resultó, muy complicado hacerse con una de esas cartillas. Para cuando ella fue a solicitarla ya contaba con una edad de mas o menos catorce años, y aunque no podía hablar bien, no le resultaba demasiado difícil comunicarse. El

Librodot

problema, por complicado que resulte de entender, no estaba en su sordomudez, sino en aquellos pechitos, que descarados, empezaban a despuntar con fuerza, silueteándosele debajo de sus gastadas camisetas, y en su trasero cacerola, o de pera, que se insinuaba debajo de sus viejas faldas como si se tratara del culo de la misma Venus bajada del Olimpo en persona.

Todo eran trabas, dificultades y rechazos. Algunos, se le ofrecía para solventarle el problema, pero ella bien sabía que a cambio tenía que ofrecer ciertos favores a los que no estaba dispuesta a ceder. Ya había empezado a entender, y sabía, su vida la había enseñado, que todo se mueve en esta vida por dinero y sexo. Dinero la pobre no tenía, y el sexo le resultaba algo asqueroso. Amelia tenía aquella apreciación respecto del sexo debido a las múltiples y malas experiencias de su niñez y adolescencia. Veía a los hombres volver tras las peonadas en los astilleros o el muelle. Ellos llegaban sucios, empapados en sudor, mal olientes, oscuros, con barbas puntiagudas capaces de arañar la barriga de un cocodrilo, y sentía asco. La niña sentía asco y miedo de aquellos hombres que regresaban casi siempre borrachos. Recordaba aquella vez en las que uno de esos hombres, justo a esa hora en la que volvía del trabajo, tras atraparla en su casapuerta, la obligaba a desnudarse de cintura para arriba. Recordaba aquellas manos negras y encallecidas acariciando sus pechitos, el fuerte olor a sudor agrio que aquel hombre desprendía, la irritación que le producía en la piel el roce de su barba, y sobre todo, y eso era lo peor, el terrorífico dolor que la atravesaba cada vez que aquel individuo la embestía, jadeando y gimiendo escondido en el secreto y clandestino hueco de una escalera, arrancándole con amarga desolación gritos callados de impotencia que nadie podía oír, y lágrimas de desconsuelo, en un llanto tristisimo de melancolía.

Librodot

Ella ya era un poco más mayor, y sabía que tenía que esconderse cuando aquellos hombres regresaban. Sabía que tenía que caminar por las calles pasando desapercibida, sin mirar a nadie a la cara, clavando sus verdes y tristes ojos siempre en el suelo. Hacía tiempo que no se peinaba, y sus andrajos joviales e infantiles los cambió queriendo por oscura ropa de anciana conseguida en una de esas entidades pías que servía para lavar la conciencia de algunas gran señora de alta alcurnia. Aquella ropa holgona, la suciedad en su pelo, y los churretes en su cara, le confería un aspecto despreciable, que ella había aprendido bien a utilizar para dejar de infundir deseos impuros en los hombres e inspirar más bien pena. Su madre seguía en su mecedora, ciega y ajena a todo lo que aquella chiquilla estaba sufriendo. Poco a poco fue aceptando su propia desgracia y al fin se acostumbró a vivir sin su marido e inmersa en la oscuridad de por vida. Aprendió primero a reconocer los huecos y las esquinas de aquel pequeño cuarto donde vivían, y poco a poco se fue desenvolviendo, llegando a adquirir una destreza admirable. Aprendió a cocinar sin ver, utilizando los fogones a tientas, hacía las camas, e incluso lavaba las ropas, las tendía y las planchaba. Amelia veía como poco a poco su madre iba progresando, y ella trataba de ayudarla en todo. Algunas tardes, la ciega, tras la faena de la casa, se sentaba en la mecedora para descansar, instantes que aprovechaba Amelia para sentarse en su regazo, buscando sus caricias. Amelia sabía que la ciega la quería de verdad, y se abrazaba a ella besándola mientras la acariciaba, y allí, sobre el regazo de su madre se sentía segura, en paz consigo misma, y se dormía. Amelia dormida parecía un ángel. Su madre la arropaba con mimo. A ella le encantaba sentir esa dulzura.

Ella esperaba a su particular príncipe azul que viniera a salvarla de la miseria. Lo idealizaba, inventándose un novio imaginario que nada tenía que ver con los

hombres que hasta entonces había conocido. Ese chico, debía de ser bueno, atento y delicado, pero aquel sueño propio de cualquier mujer adolescente, se esfumaba como vapor de agua, cada vez que ella salía a la calle. Tenía que hacerlo a diario, para ponerse a la cola y recoger los suministros. Dos barras de pan, un bote de leche, medio cuarterón de tabaco que solía vender y algunas veces incluso algunas onzas bien, de mantequilla suiza o de chocolate brasileño. El dinero que obtenía con la venta del tabaco, lo iba guardando en una pequeña lata que tenía escondida en el nicho de su padre, en el cementerio. Aquel lugar le parecía seguro, ya que en aquellos tiempos de doble moral, la gente era capaz de abusar de una niña indefensa, pero eran incapaces de robar en las iglesias o los cementerios. Los cementerios eran lugares recónditos y tenebrosos, alejados del centro de la ciudad, que en la noche quedaban en penumbra, completamente despojados de cualquier presencia humana. Nadie, que fuera cuerdo, se acercaba a un cementerio pasada las siete de la tarde. Amelia lo sabía, y a ella los muertos no la asustaban. Ella aprendió a temer a los vivos, que eran quienes le hacían daño, así que cada día iba al cementerio cuando nadie podía verla para guardar en la lata esas perrillas gordas que estaba ahorrando con la intención de comprar una nueva mecedora para su madre.

Regresaba, como un murciélago, ocultándose tras su ropa, recorriendo las calles tratando de pasar desapercibida, atravesando por entremedio de los carruajes y los coches que por entonces ya empezaban a circular. No se paraba nunca a ver escaparates, y retorcía las esquinas dejando siempre un precavido hueco para evitar el choque frontal con cualquier otro viandante. Al llegar a su casa, se encerraba siempre bajo tres vueltas de llave, y para mayor seguridad, colocaba también una vieja tranca de madera, que su padre hiciera en vida. Su madre, solía a esas horas esperarla ya con la cena sobre

Librodot

la mesa. Ella ingería con rapidez los humildes alimentos dando siempre gracias a Dios, sin reparar nunca, que ese Dios a quien mostraba tanto agradecimiento se había en verdad olvidado de ella y de su madre hacía ya mucho tiempo. Tras cenar, se acostaban. A ella siempre le costó mucho reconciliar el sueño. La oscuridad y el silencio la asustaba, así que tapándose hasta las orejas, fuese invierno o verano, trataba de quedarse dormida pensando cada noche en su príncipe azul.

Imaginaba que aquel muchacho de ensueño llegaba procedente del limbo, montado en un caballo y entraba en su cuarto arrodillándose ante ella para besarla en la mano. Ella, sabiendo que él vendría, lo esperaba vestida con un precioso traje verde de seda, como sus ojos. El muchacho sonreía, al igual que su madre, que en sus sueños los miraba y parecía hasta verlos. Su madre, en sus sueños no era ciega, y siempre llevaba un perfecto róete sobre su nuca recogiéndole el pelo. El muchacho la tomaba en sus brazos, y tras montarla sobre su caballo, cabalgaba por la playa, alejándose de allí con destino a cualquier otro lugar. Ella nunca había salido de Cádiz, no conocía otros sitios, así que se imaginaba su lugar de ensueño situado en la cima de una montaña. Había grandes prados, y la hierba verde crecía hermosa, como las flores. Había también miles de flores, de todos los colores, margaritas, rosas, gladiolos y jazmines, y un riachuelo de aguas trasparentes. Podía oír el trinar de los pájaros, y no había obreros sucios y oscuros por ningún sitio. Deseaba volver algún día de aquel lugar mágico, y lo haría siendo una verdadera señora. Cuando lo hiciera, llegaría a Cádiz llevando guantes blancos, y una sombrilla ribeteada de encajes, y su vestido sería azul celeste, con volantes y bordados blancos, como si se hubiera tejido con las mismas olas del mar. Su madre la estaría esperando y ella la recogería para llevarla con sigo, salvándola por siempre de aquel mísero lugar.

Librodot

Aquellos eran sus sueños, y repasándolos cada día se quedaba dormida, para despertar con el amanecer y regresar a la cruda realidad cotidiana.

De repente, todos sentimos frío, sobre todo Paloma, que encaramándose en los brazos de Luito, empezó a llorar pidiéndole al padre que nos marcháramos de allí. Luito, con la mirada, trató de que lo entendiera. Yo, lógicamente acepté aquella proposición que me hiciera sin palabras. Ciertamente era una pena marcharse, ya que tras las agrupaciones, actuaría el grupo Alameda. A mí ciertamente me apetecía mucho quedarme para escuchar aquel mítico grupo, pero las circunstancias mandaban, y como nuestros hijos eran lo primero, lo más importante, ni siquiera llegamos a dudarlo ni un sólo instante.

Cuando íbamos de regreso hacia el parking, fue cuando Luito me dijo que le parecía mentira que una persona como yo hablara de las feas como lo había hecho. Fue entonces cuando él me llamó nazi. Aquel incidente, realmente no tenía la menor importancia. A decir verdad ni siquiera llegó a molestarme en el fondo. Así que, tras escucharlo opté por concederle tiempo, todo el que él necesitara, hasta que llegara a conocerme, aunque también sabía que no lo había dicho con la intención que yo describo, ni con ánimos de ofenderme. Yo sabía que lo que realmente él trataba era de reprenderme, de corregirme, con su mejor intención, de eso no me quedó ni la mas mínima duda.

Ya he dicho, que yo, jugador de ajedrez, pienso siempre en la partida desmenuzándola en jugadas. No puedo evitar hacer eso en todo. Es una deformación, un

Librodot

defecto que a veces me cuesta confesar, pero es cierto eso que dicen de mí. Es cierto, y tengo que reconocerlo, soy retorcido y mal pensado. En el fondo, cuando me analizo no puedo evitar verme a mí mismo como a ese pequeño niño despojado del amor de su madre. La vida, también a mí, como a Amelia, me ha tratado duro, y a veces me asusto. Por eso analizo y analizo, tratando de desvelar el futuro, y solo por el horror que siento al dolor. Me aterra sufrir. No quiero sufrir, y por eso algunas veces me comporto como un esquizofrénico, como un loco. El miedo te desquicia y te aísla, esa es la verdad. El miedo te encierra dentro de una coraza de donde cuesta salir, y quizás por eso, a veces digo lo que digo.

Ya sé que no es cierto que Luito me llamara nazi, en el sentido que lo entendí, ni que Carmen me trate a veces de vengarse de mí. Esas son suposiciones, pequeñas posibles jugadas dentro de la partida de mi vida, y yo me adelanto, porque me asusta que pudieran llegar a hacerlo de verdad.

Aveces pienso tanto, que me resulta a mí mismo imposible volver al momento justo de mi movimiento. Voy tan allá en esa partida ficticia, que pierdo el sentido de la realidad, y me pierdo. Cuando eso me ocurre me resulta sumamente difícil volver, no sé como hacerlo, por eso espero, por eso sólo deseo que los demás, la gente que me importa, me conozca de verdad. Quiero que sepan como soy realmente, para que cuando me pierda en el infinito de las posibilidades de mi partida y pierda el rumbo, me sepan esperar y me iluminen el camino correcto para regresar por los mismos pasos por donde me marché.

Librodot

CUARTO ENCUENTRO

"LOS BUENOS SIEMPRE MUEREN PRONTO"

- Mira, ¿Ves aquel castillo que se ve a lo lejos? – Le pregunté a mi hijo.
- Si papá, lo veo
- Pues ese es el castillo de Hércules. ¿Te gustaría que te llevara allí?
- Siiiiii – Afirmó él de forma apasionada.

Librodot

Al día siguiente, Iñaki, Carmen y yo nos fuimos de excursión a la playa de Campo Soto. Al llegar a la tercera pista, nos adentramos en la arena. A más o menos cinco o seis kilómetros hacia la izquierda se encontraba aquel castillo de Hércules que nos disponíamos a visitar, aunque sólo fuera desde lejos. El acceso al castillo resulta imposible a pie. Está situado en un pequeño islote, rodeado por todas partes de agua, situado justamente en la desembocadura del caño de Sancti Petri.

- Si quieres que lleguemos tendrás que ir caminando todo el tiempo.

Yo sabía que tarde o temprano tendría que coger a mi hijo en brazos. La caminata era demasiado larga, pero andar a orillas del mar, es una bonita experiencia, así que, preparados y mentalizados como estabamos, nos dispusimos a recorrer el camino, atravesando la arena, recorriendo la playa en busca de un sueño.

Aquel castillo realmente no era el de Hércules. Su nombre verdadero era Castillo de Sancti Petri, igual que el caño. Era una antigua fortaleza militar construida sobre los restos de un templo fenicio al parecer, aunque cuenta una leyenda que antaño si fue el castillo donde el mismo Hércules pronunciara su famoso oráculo.

Mi hijo, como muchos otros niños, estaba fascinado por ese personaje de la mitología griega gracias a Walt Disney, así que, siguiendo el juego a la película de dibujos animados, traté de llevarlo hasta allí, ilusionándolo en algo que para una persona mayor no sería más que una simple patraña. Era como la noche de los reyes

Librodot

magos, o el ratón Pérez, algo así, una fantasía infantil que nos disponíamos a vivir. Me hacía feliz ver a mi hijo disfrutar.

Poco a poco, fuimos recorriendo la larga playa, paso a paso, convirtiendo todos los elementos del paisaje en parte de aquella ilusión.

- ¿Ves aquella fortificación que se eleva a la derecha?
- Sí
- Pues eso es la casa de Megara.

Iñaki, inocente, se lo creía todo. Para él que estabamos adentrándonos en el mismo Olimpo. Seguro estoy de que en su pequeña cabecita, los sueños rolaban convirtiendo todos los elementos que él veía en partes de aquel mundo fantástico.

Tras dos largas horas de caminata, cuando el sudor brotaba a borbotones por mi frente, justo en el momento en el que empezaban a dolerme ya las piernas, llegamos a ese lugar donde la playa de Campo Soto pierde su nombre. El castillo se erguía a menos de cincuenta metros de donde nos encontrábamos. Nunca antes habíamos estado tan cerca. Por el flanco izquierdo de la fortificación, y adentrándose en el mar se podía ver un desfiladero de rocas, que según dicen, es un antiguo camino romano. Fuera o no, lo cierto es que hoy eran totalmente intransitables. Aquello más bien tenía aspecto de un arrecife, de un brazo de roca que se extendía hacia el interior del mar, formando hacia el lado por donde nosotros lo veíamos una preciosa cala, una playa desconocida hasta entonces, de poca profundidad, y a donde las olas no podían llegar. Tras aquella cortina de piedra, el mar parecía dormirse, y el paisaje adquiría una impresionante sensación de

Librodot

quietud. El color del agua no era tan azul, su tono era en esa parte más bien verdoso, y la arena poco a poco había dejado de desaparecer de debajo de nuestros pies descalzos para convertirse en fango.

- Escucha Iñaki.
- ¿Lo que papá?.
- El sonido del silencio.

No se oía nada, ni siquiera el mar. Era tanto el silencio que reinaba en aquel paraje, que casi podíamos oír el vuelo de las gaviotas.

Nos sentamos en la punta de aquel cavo arenoso contemplando algunos minutos el castillo, mientras hablábamos de cómo debía de estar Hércules en su interior. Yo afirmé de forma rotunda que debía de estar dormido, a juzgar por el poco ruido que se oía. Mi hijo me miraba impresionado sin hablar. Parecía como si sintiese miedo de despertar al héroe de su profundo letargo.

Tras llevarnos allí un rato, nos volvimos a levantar para seguir bordeando el mar, en busca de la playa de Urrutia, justo enfrente de la de Sancti Petri. Nosotros solíamos ir a la playa de Sancti Petri a menudo, y veíamos como algunos aventureros, algunos osados nos miraban desde la otra orilla del caño, desde aquella inalcanzable playa de Urrutia. Hoy éramos nosotros los aventureros, hoy éramos nosotros los valientes y osados, quienes miraban desde el frente, exhiviéndonos para que todos nos vieran. Tras darnos un baño refrescante en el mar, nos dispusimos a recorrer de nuevo el camino de regreso.

Mientras caminábamos, dirección a la playa de Campo Soto, teníamos la sensación de dejar atrás algo importante. Habíamos hecho realidad ese sueño de ver a la gente en la playa de Sancti Petri desde el otro lado del caño, aunque no nos habíamos adentrado por la maleza de Urrutia. Dicen quienes lo han hecho, que allí, dejado de la mano de Dios, existen pozos romanos, con inscripciones en mármol tallado, otras tantas edificaciones, de la invasión francesa, según parece, e incluso un antiguo cuartel de la Guardia Civil ya en desuso.

Cualquier otro día regresaríamos, entonces nos aventuraríamos a conocer mejor la zona, examinándola mas detenidamente. Pero ese día no fuimos del todo capaces. El sol estaba pegando fuerte, y ya nos habíamos bebido casi todo el agua que llevábamos, además casi eran las dos y media, y la abuela nos esperaba para almorzar. De haber tenido mas tiempo, me hubiera encantado haberme adentrado en aquella selva de lentiscos, en aquel lugar salvaje y olvidado de todos, en busca de la historia, en busca del pasado, en busca de mí mismo, porque nada mejor que la soledad para encontrarse consigo mismo. Algún día lo haré, algún día regresaré para conquistar con mi presencia aquel lugar y quizás Luito me acompañe.

Yo sé que a él le encantaría. Algunos días antes me había comentado que había estado en la roca donde se encuentra el castillo. Aquel islote que desde la playa de Sancti Petri parece muy pequeño, no lo es tanto. Tiene un tamaño lo justamente grande, como para poderse perder por él.

Librodot

Santi, un amigo común nuestro, rodaba en el castillo un documental, y al enterarse Luito, le pidió que por favor lo invitara a ir con él. Santi accedió por lo visto y Luito, como pocos, consiguió por fin el sueño de muchos de pisar la tierra de aquella pequeña isla.

Me contaba él, como me habían contado muchos, todos los que yo conocía que habían estado en aquel lugar, que al bajar de la barca y pisar aquella tierra, sintió algo muy especial. Notó bajo sus pies una extraña energía milenaria y poderosa. Era como si realmente aquella tierra, aquel lugar, fuera verdaderamente un lugar santo.

Estando allí, y sólo estando allí, comprendió por que había habido en aquel fantástico lugar un templo, primero fenicio y luego romano. Había algo en aquella isla, algo difícil de explicar pero que se podía captar con un sexto sentido que se abría sólo a quienes llegaban a ella. Era como si aquel punto legendario, hubiera sido tocado por la varita mágica de Dios, era como si aquel lugar poseyera, encerrándolo en el corazón de cada piedra, el tesoro grandioso de la misma esencia de la divinidad.

¡Y pensar, que sólo dos mil años atrás, por aquel camino de piedras, hoy casi desgastado por el acoso perpetuo del mar, llegó hasta estos mismos peñascos el mismo Julio César!.

Julio César llegó a Sancti Petri para dar las gracias por una victoria conseguida en una cruenta batalla en la que le arrancó de cuajo la cabeza a su enemigo, para traerla aquí, y ofrecérsela a los dioses en agradecimiento desde el oráculo de Hércules. Me podía imaginar a Julio Cesar, paseando por allí, con su túnica blanca y su laureada en la

frente, llevando en su mano una gran lanza, en cuya punta, clavada, estaba la cabeza de aquel enemigo, general del ejercito contrario. Pude imaginar como alzaba la lanza con su brazo desnudo, ofreciendo la cabeza al dios de la guerra, y como luego la clavaba de un fuerte manotazo sobre aquella tierra. Me pregunto, morboso, cuantos días duraría expuesta aquella cabeza, cual sería su aspecto y si se podría o no divisarse desde la costa.

Luito me volvió a confirmar lo mismo que tantos otros. También él sintió el magnetismo del lugar, una sensación que te hace presentir el espesor de su historia, sin necesidad de que seas un erudito en la materia. Cualquiera, por poco sensible que sea, por poco conocimiento que tenga, puede sentirlo en su piel tras desembarcar en aquel sitio.

Él ayudó a descargar todos los bártulos, echándoles una mano a Santi y su equipo y cuando la grabación comenzó, de forma desapercibida se perdió por allí. Buscó un lugar completamente solitario, y desnudo, completamente desnudo se entregó a la arena. Si cierro los ojos, no me resulta difícil verlo allí, tumbado, absorbiendo por todos los poros de su cuerpo aquella magia. Luito allí desnudo, tumbado a solas con su cuerpo, elevándose en sí mismo, al son de la música casi imperceptible que se escapa de las olas y del viento. Un viento, que coqueto, acariciaba su melena estirándola hacia atrás con suavidad. También él tendría los ojos cerrados, mientras degustaba aquellos instantes en los que sólos eran él y el mundo, sin nadie más. Hacer eso en un lugar como aquel debe de ser algo fantástico. Hacer eso en aquel lugar debe de llenarte de paz el alma, y te otorga al espíritu una grandiosa sensación de felicidad y de dicha. Sólo gente excepcional son capaces de degustar ese manjar etéreo, y Luito lo era, Luito era excepcional. Una parte de su espíritu se conservaba libre, puro, incorrupto, y esa parte

se acrecentaba en momentos como esos, haciéndosele tan grande que se le escapaba del cuerpo. Allí estaba Luito, sobre la arena, bajo el sol, tumbado completamente desnudo, derramando su espíritu que se fundía, como vapor de agua, con el aire, mezclándose salobre a otros tantos espíritus de gentes que antes que Luito también estuvieron allí. Su espíritu mezclándose con el espíritu del Cesar, con el espíritu de Hércules, con el espíritu de Dios.

Algún día también yo iré a ese sitio, y como Luito, también yo me desnudaré y entregaré mi cuerpo a la arena. Y notaré como mi espíritu se funde al espíritu del Cesar, y al de Hércules y al de Dios. Entonces sabré que dentro de mí, también habrá parte del espíritu de Luito, porque también me fundiré a su espíritu, que libre desde aquel día, pasea por aquella cala convertido en eterno, como yo también seré.

La playa de Campo Soto, ya estaba cerca. El regreso se nos hizo mucho mas pesado, tanto que la arena no parecía tener fin. Cuando al fin llegamos, ya sin agua, Iñaki nos pidió un helado, uno de esos polos ácidos de nieve que tanto le gustaban. Carmen se lo compró en el chiringuito de la tercera pista y los tres nos sentamos sobre la arena mojada a descansar unos minutos mientras el se lo tomaba.

Traté de concentrarme y seguir pensando, pero me resultaba casi imposible en medio del tumulto. Me molestaban los niños que correteaban de un lado para otro, jugando a la pelota, salpicándome de arena. Sus madres, hablando con la voz alzada, como si pretendieran desgarrarse las gargantas, mientras cortaban, con una habilidad de asombro, rodajas enormes de gigantescas sandías, o jugaban a la lotería o simplemente se peleaban con sus maridos, todos calvos, todos gordos, todos sentados bajo las

sombrillas por miedo a quemarse su blanca y grasienta piel peluda, mientras rellenaban platos de plástico con pimientos asados y aliñados. Me molestaba aquel olor avinagrado, parecido al olor del sudor del cerdo ese, que hace años, violó a Amelia en el clandestino hueco de una escalera, cuando ella era aún pequeña. Me molestaba el olor a aceite de coco, con el que se impregnaban las señoras, la mayoría tan viejas y tan gordas, que pensé por un momento estar rodeado de ballenas. Me molestaban las clásicas sillas de plástico, a tiras de colores, de metal barato pintado de blanco sobre la que se sentaban aquellas gentes. El asqueroso olor a plátano pasado que se desprendía de la papilla que una chica daba a su bebe justo a mi derecha. Me molestaba el llanto de aquel niño, cada vez más rojo. La indiferencia de su madre, que ajena, sólo le taponaba la boca con grandes cucharadas de la papilla asquerosa, sin reparar que se le derramaba por las comisuras. Me molestaban aquellos adolescentes, que un poco más abajo, se revolcaban, haciendo como que jugaban, cuando realmente lo que hacían eran iniciarse en el arte del amor. Me molestaban las carcajadas de ella, la visible, inocultable e impresionante erección de él. Seguro que aquel chico terminaría aquella noche masturbándose en su cuarto, a solas, por aliviar el profundo dolor de testículos que sin dudas le ocasionaría aquel juego peligroso. Me molestaba el negro, que inocente, venía sudando, llegado desde tierras lejanas para venderme un reloj de “acuarto”, o un vestido descolorido por el sol, de tanto dar vueltas en la playa, me molestaba ese hombre por lo insistente que era, por mas que yo tratara de evitarlo, el insistía, por mas que yo negara, el seguía frente a mi, tapándome la cara con su sombra, con una gigantesca sonrisa, que parecía escapada de un anuncio de pasta de dientes, hablándome en otro idioma, entendiéndosele tan sólo de entre todo lo que decía la palabra “barato”, “barato”, una palabra que debía de ser la única que conocía en castellano a juzgar por las veces que la repetía. Me molestaban los vigilantes vestidos de naranja de protección civil, seguro que

Librodot

ellos se creían una especie de héroes, como en la serie esa titulada “Vigilantes de la Playa” en la que intervenía Pamela Anderson, sin darse los pobres cuenta de que solo llegaban a ser Quijotes, modernos, eso sí, pero Quijotes al fin y al cabo. Era gracioso ver como el Quijote había dejado de usar armadura, yelmo, lanza y caballo para usar en nuestro tiempo chaleco salvavidas, siempre naranja chillón, walquitalqui, y zodiac.

Era imposible pensar en medio de todo aquello, y para más inri, un imbécil, vistiendo uniforme de guardia municipal, pavoneándose de lado a lado montado en una moto de tres gruesas ruedas, con su gorra azul, sus sandalias de época y su cachiporra. Otro Quijote, que como el resto, los pobres, cuanto más grandes, más carajotes, como se suele decir.

-¡Iñaki, por favor, termínate ya el helado!. - Le decía yo a mi hijo desesperado. Yo solo quería irme de allí, quitarme de en medio, esfumarme. Carmen no entendía porqué nunca me gustó la playa. Ella, al contrario, disfrutaba del ambiente, sabía integrarse en medio de todo aquel laberinto, le encantaba tostarse al sol, tumbarse en la arena. A ella no le molestaban los niños correteando a su alrededor, ni las gordas, ni el olor a aceite de coco. Nada le molestaba, ni siquiera el levante, que en la playa transforma los minúsculos granitos de arena en pequeños alfileres que se clavan con violencia en la piel. Ni siquiera el azote de ese viento salvaje, poderoso e incómodo le molestaba. Ella disfrutaba, como Iñaki, estando allí. Le encantaba bañarse en las saladas aguas que a mí siempre me parecieron frías y tenebrosas. Le encantaba arrojase de cabeza en cada ola sin pensar. A mí en cambio, a parte del frío del agua, me molestaban las algas, y las pequeñas piedrecitas que se me clavaban en los pies descalzos para tormento de mi cuerpo entero. Odiaba mancharme de arena, y odiaba

Librodot

quemarme. Ella, al igual que mis amigos se solían reír de mí, cuando me veían aparecer, con mi gorra, mi camiseta ortera y mis gafas de sol. Ellos eran incapaces de entender que eso que para ellos era un placer para mí resultaba un tormento casi insufrible. Si iba a la playa era por que a mi hijo le encantaba. Solo por él lo hacía.

Cuando por fin Iñaki de una puñetera vez terminó de comerse el polo, sin esperar un instante, sin haberle dado ni siquiera tiempo a que tirara el palo, me levanté del suelo para marcharme de allí.

- No papá, no nos vamos todavía – Solía decir él casi siempre. – Hemos estado aún muy poco tiempo – Carmen me miraba preguntándome con sus ojos si nos quedábamos o no. Yo solía concederle un último baño, que él, a sabiendas de que era el último del día, prolongaba y prolongaba hasta el extremo de llegar a enfadarme. Al final siempre tenía que meterme en el agua para sacarlo a la fuerza. Al final siempre terminaba él llorando y yo cabreado. No había día que no fuera yo a la playa que no me cabreara. No podía evitarlo, la playa nunca me gustó, al menos en la forma en la que les gusta a ellos.

Por otro lado, me place enfadarme y me encanta que algunas personas me caigan mal. Yo ni soy, ni pretendo ser un santo. Sólo quiero ser buena persona, sólo eso y nada mas, por eso acentúo todo lo que no me gusta, para mostrar abiertamente que no soy del todo bueno, por miedo, ya lo dije, por miedo, porque sólo mueren los que son buenos. Los buenos de verdad siempre viven poco. La gente buena suele morir temprano. – Se los lleva Dios a su presencia – Eso dicen algunos, - bicho malo nunca muere – dicen otros. No se si será cierto o no, la verdad es que he visto a tanta gente buena morir

pronto, que estoy convencido de que esta vida es como una especie de lugar a donde venimos a perfeccionarnos. Realmente creo que cuando ya somos perfectos una fuerza nos empuja hacia otra vida, hacia otra dimensión, y por eso debe ser que los buenos mueren antes.

Yo estoy aferrado a la vida, no quiero morir, siento que aún me quedan muchas cosas importantes por hacer. La primera, mi hijo, es tan pequeño, tan indefenso. ¿Qué haría él sin mí?. Mañana, que sea Dios quien diga, pero hoy, hoy trataré de ser yo quien lo haga, y por tanto digo que no quiero morir, quiero vivir, porque tengo la necesidad imperante de hacer algo importante. Tengo que crear, tengo que decir, aún no sé bien que, pero algo tengo que decir, he venido al mundo para eso. Por ello, yo no soy bueno, aún no soy perfecto, creo que me queda mucho aún que aprender. De momento simplemente soy buena persona, nada mas, ni quiero, ni pretendo ser otra cosa. Sé que no soy perfecto, mi temperamento, mis desaires, mis complejos, mi orgullo, mis miedos y mis vicios, porque tengo vicios, vicios a espuertas, a montones.

Espero que no vea nadie nunca como una persona realmente buena, al menos de momento. Espero que vean en mí solamente a una persona buena gente, con su parte buena, y su parte mala, mi parte mala que es visible como también lo es la buena. Quiero que todos me vean completo, en mis dos facetas, y todo porque quiero seguir viviendo, tengo ganas de vivir, tengo ansias de vivir. Presiento que aún no es el tiempo, y quiero que así sea. Tengo que limarme algunas asperezas todavía, y no son pocas. Mientras tanto, mientras me perfecciono, mientras me ensayo para ser bueno e irme al otro lado, procurare vivir lo mejor posible.

Librodot

Tras regresar de la playa, almorzamos como dije con la abuela y luego nos marchamos a casa. Yo tenía la necesidad imperante de planchar la oreja, como se suele decir. La siesta era algo imperdonable para mí. Por las noches dormía poco. Me había acostumbrado a emplearlas para escribir, así que tan solo dormía unas tres o cuatro horas, así que durante el día, tras almorzar habitualmente, tenía que recuperar algunas horas de sueño. Ciertamente me bastaban con quince o veinte minutos de descanso para reponer fuerzas, pero esos quince o vente minutos no había quien me los quitara. Además aquella noche habíamos vuelto a quedar con Pití y Luito para salir otra vez sin niños. Teníamos ganas de encontrarnos a solas para volver a disfrutar de algunas horas fugaces de nuevo. Con los niños era casi imposible conversar. Bueno, lo cierto es que no era casi imposible, era realmente imposible. Cuando no estaban corriendo, se estaban peleando, y cuando no, uno lloraba y el otro reía. Se revolcaban por el suelo, arrastrándose entre microbios miles, pisotones y demás suciedades que llevaban a sus ropas y a sus pequeñas manos, las cuales, como no, en un descuido terminaban metiéndoselas en sus bocas. Desde luego que a los niños los libra San Rorro, de no ser por él... , en fin si son padres, seguro que me comprenden perfectamente.

A la hora acordada, entramos en la cafetería del Hotel Roma. Habíamos quedado con nuestros amigos allí. A Iñaki lo dejamos con su abuela, como las veces anteriores. Nada más entrar, vi de pie apoyada sobre la barra del bar a Pití. Ella estaba sola. Luito no se veía por ninguna parte. Aquella noche llevaba un bonito vestido color canela, de punto suave y caída elegante haciendo perfecto juego con su piel. Pití, era tan esbelta y delgada, que embuchada en aquel bonito vestido tenía el aspecto de esas damas francesas litografiadas en las cajas metálicas de champagne. Hasta su pelo, lacio y rubio, parecía sacado de aquella época grandiosa en que las señoras se montaban en

Librodot

esos coches elegantes y negros que se arrancaban con una aparatosa manivela por delante. A decir verdad, solo le faltaba la pasada y la pluma para ser “Le pettit madame”.

-“Oh la la” - La saludé empleando la mejor de mis pronunciaciones francesas, que por cierto es desastrosa, haciendo referencia a su vestuario. Ella sonrió, como suele.
- ¿Y Luito? -

-Está aparcando el coche.

-Bien, ¿nos sentamos?

-Está bien.

Volvimos a pedirnos de nuevo un cafetito, una vez sentado en la mesa, y como ocurre en nuestras horas fugaces, resultó estar exquisito. Pití, como suele hacer siempre que toma café, encendió uno de sus cigarrillos light de esos que fuma. Yo encendí uno de los míos. Fue Carmen quien inició la conversación.

-¿Dónde iremos esta noche?

-No lo sé- Respondió Pití.

Llegó Luito, adentrándose hasta donde estabamos, atravesando la cafetería entre las mesas, con su peculiar forma de caminar. Luito camina siempre demasiado erguido, empujando sus hombros hacia atrás, con un exagerado y original movimiento de los brazos y haciendo ligeros ademanes con su cabeza, supongo que por no dejar que el pelo de su melena le tape los ojos. Venía dibujando en su boca una sonrisa, que se perdía por el entorno de sus ojos tristes. He visto pocas veces reír a Luito a carcajadas. A decir verdad, creo que jamás lo he visto. No creo que él pueda reírse a carcajadas, sus

Librodot

perennes ojos tristes no le dejarían. Tras saludarme cortés con su – Hola – habitual y cortante se sentó a mi lado, clavándome los ojos sin decir nada más. Con su mirada parecía como si tratara de perforarme el cráneo para ver mis pensamientos. El siempre mira así, fijo, constante, y un poco más profundo que a las pupilas, de tal forma, que es fácil sentirse intimidado, inseguro, nervioso cuando él te mira. En cierta forma yo ya estaba acostumbrado a esas incisivas miradas suyas, a sí que no me molestan ni me inquietan. Él también se pidió un café, pero descafeinado.

Aquella tarde, la tarde de las miradas profundas, hasta Pití me miraba así, como Luito, clavándome sus azules ojos como si fueran agujas. Su mirada, mucho más fina que la de Luito, un tanto más fría, si que me llegaba a doler dentro de mí. No estaba acostumbrado a que Pití me mirase de aquella forma.

-¿Qué te pasa hoy?- Le pregunté desafiándola con mis ojos, cara a cara, sosteniendo la mirada.

-Nada, ¿por qué?- volvió de nuevo a sonreír, suavizando la fuerza de sus ojos.

-Pareces últimamente como si estuvieras ida.

-También a mí me afecta el cambio de estación.

-Ya.- Dije observando como se desvanecía la sonrisa en su cara. Sus ojos al tiempo, fueron de nuevo endureciéndose, como si quisieran desvelar parte de la profunda melancolía que a Pití le impregnaba el alma aquella noche. Parecía cansada, como Luito, que seguía mirándome sin cesar, sin pestañear. Yo bromeé sobre su vestuario, tratando de romper la frialdad del momento. El siempre vestía pantalón vaquero y camiseta de marca. Era tan distinto a mí, que realmente era difícil entender como conseguíamos ser amigos.

Librodot

Los cuatros estabamos viviendo tiempos difíciles, aunque ninguno de nosotros lo reconocía abiertamente, quizás por falta de confianza, por vergüenza o a lo mejor tan sólo por miedo. Nos daba miedo reconocer que no nos sentíamos felices. Algunos psicólogos hablan de la depresión de los treinta, y debe de ser cierto que algo de eso existe. Al llegar a esa edad en la que uno deja de ser joven y se convierte en persona madura, quizás porque nos pese demasiado nuestras propias preocupaciones, o porque no sabemos soportar aún bien el peso de nuestras responsabilidades, nos sentimos un poco desgraciados y desencantados. Al alcanzar los treinta empezamos a darnos cuenta de que los sueños, nuestros sueños, se van convirtiendo en pequeñas frustraciones que nos ahogan. Vemos como poco a poco se van alejando y como nuestras vidas se llenan de la aplastante realidad del día a día. La cotidianidad, tan aburrida nos desencanta y nos desilusiona, y se pierde gran parte del interés con el que empezamos a vivir.

Pití, aquella noche, parecía ida, y yo la entendía perfectamente, la comprendía, sabía a la perfección lo que le ocurría.

Como ya me ocurriera con mi madre, justo en ese instante, sentí ganas de extender mi brazo y acariciar su cara. Me hubiera gustado haberle hecho cualquier gesto cariñoso que le mostrara mi amistad, pero me reprimí, incapaz, como soy, de demostrar el más mínimo indicio de afectividad.

Yo, muchos años antes, pude darme perfectamente cuenta de que mi madre se moría, y sentí un grandioso deseo de besarla, de mostrarle todo mi amor, de regalárselo, para que se lo llevara consigo allá donde ella fuera. Sabía que se marchaba sin remedio,

Librodot

y yo necesitaba besarla, abrazarla, demostrarle que la quería, pero fui incapaz. Mi madre se acabó muriendo, marchándose definitivamente de este mundo y yo no fui capaz de besarla y ese recuerdo hoy me duele como mil dagas que me clavaran en el corazón abierto. Hace muchos años de esto, pero en mi sigue ese atormentante recuerdo como una herida incapaz de cicatrizar.

Con Pití, por un instante, me ocurrió lo mismo. Desee profundamente manifestarle mi afecto, pero también fui incapaz. No me atreví. Cuando eso me ocurre, al contrario de todos, es cuando más arisco me muestro, más sarcástico, mas alejado.

Yo presentía, pude ver en sus ojos, que aquella noche ella necesitaba que alguien le ofreciera una pequeña caricia, un gesto cariñoso, un guiño de complicidad en los malos momentos. Ella, con sus ojos lo pedía a gritos, y yo, para mi desconsuelo, por más que quise, cobarde como soy, fui incapaz.

Sólo pido, que aquellos que me han pedido amor, sepan perdonarme. Sólo pido que esos que me han necesitado en alguna ocasión y no me han encontrado entiendan el porqué. Sólo pido, que Dios no me lo tenga en cuenta.

Nos fuimos para Cádiz, de nuevo en busca de la ya querida Amelia. Recorrimos al llegar las calles de la Viña, perdiéndonos por el laberinto de calles estrechas y viejas. Nos embobábamos en los balcones de las antiguas casas. En ellos, como una manifestación folklórica, colgaban macetas cuajaditas de geranios. En algunas incluso seguía conservando la cortinilla verde oscura de tiras de maderas, que se enrolla al tirar la cuerda. Al mirar desde afuera hacia la intimidad del interior de los patios, pude ver

como en ellos seguían tendiendo la ropa. Las camisas blancas que colgaban de los alambres sujetas por alfileres de madera, brillaban con el tono azulado de haber sido aclaradas con turroncitos de añil. Luito tenía razón en eso que él decía de la Viña. La viña parecía como un pequeño pueblo inmerso en el centro de una ciudad. Allí, las gentes no tenían pudor alguno y se mostraban cual tal, sin tapujos, con naturalidad. En la Viña, el que era tendero, era tendero, y pescador, pescador para su orgullo. Hasta los locos se mostraban como eran y hasta a ellos se les hacía un hueco en la sociedad. Allí todos cabían, todos menos yo, que no terminaba de integrarme del todo, que seguía sintiéndome ajeno a todo aquello que me rodeaba. Yo siempre me he sentido extraño, a veces incluso en mi propia casa, y eso, no era un problema de mi gente, ni de la gente de la Viña, era solamente un problema mío. El problema estaba en mi. El problema era yo mismo.

Tomamos unas tapitas de jamón y queso en “El Manteca”, servidas en el típico papelón de estraza, sobre aquel mostrador de mármol viejo, amarillento, aunque limpio.

Nos pedimos algunas copas de Rioja, que por cierto, estaba buenísimas para tratarse tan solo de un crianza, desgustándolas sorbo a sorbo mientras oíamos flamenco puro.

Cientos de fotos amarillentas colgaban de la pared, y desde ellas, cientos de personajes célebres nos observaban atentos. Arriba del todo, en un cuadro más grande que el resto, estaba Lorca, Federico García Lorca, mirándome con ojos en blanco y negro. Había decenas de legendarios toreros, y todos remataban una faena de recuerdos. Parecíamos rodeados de los espíritus de todos ellos. Yo, un poco ya borracho, empecé a elevarme sobre mí mismo, saliéndome del pellejo, revoloteando por los rincones mas

altos, enredándome con las telarañas del techo. Hablaba en clave de poesía, surgiéndome del interior aquel otro yo que casi siempre está oculto. Absorbía tanta energía para mí, que Pití, por escucharme, sintió incluso mareos. Me pasa algunas veces, y es que cuando vuelo por los rincones del limbo, me convierto en una especie de vampiro de energía, absorbiendo la de las personas que me rodean. Algunas incluso han llegado a desmayarse, cayéndose de bruces ante mí, cosa que siento.

Pití se ponía pálida por momentos. Sus ojos parecían mirarme desencajados. Ella, tan buena, continuaba mirándome, a pesar de no oírme.

Hacía un sofocante calor, que incrementado por las copas de vino que nos habíamos tomado, hacía que Luito y yo sudáramos como cerdos, pero de vez en cuando entraba fresquito, una bocanada de aire, poniente caletero, vientecillo desvergonzado y simpático que sin pudor se colaba por el hueco de la puerta secándonos el sudor y refrescándonos la piel, erizándonos el bello en un agradable escalofríos.

Traté de callarme, procurando que Pití se repusiera, y cuando ya la vi un poco mejor, le pedí disculpas. A veces me pongo muy pesado y no me doy cuenta.

Cuando salimos de allí, paseando, nos fuimos atravesando por la Caleta, hacia el Castillo de San Sebastián, situado al norte de la ciudad, sobre una pequeña isla donde según cuenta una leyenda, estuvo situado el templo de Kronos.

Nos fuimos adentrado en el malecón y las luces bulliciosas y los ruidos se fueron poco a poco apagando. En la medida en la que nos acercábamos al castillo, el mar se hacía más presente en su pleamar, y la luna volcaba con mayor intensidad su brillo,

Librodot

derramándolo por el camino. Una luz poderosa nos cegaba intermitente, escapándose de una especie de torre atalaya.

Yo, me aventuré a acercarme al agua, bajando por entre las piedras, por ver el magnífico espectáculo de las olas rompiéndose en las aristas de las rocas. Pretendía hablar con la mar abierta. Ella me llamaba con rugidos poderosos y allí me situé, frente a ella, cara a cara de las olas que se elevaban furiosas para morir a mis pies. Aquel sonido casi ensordecedor, parecían los quejidos de aquellos venecianos que llegaran mas o menos sobre el siglo quince apestados, para refugiarse en aquel islote. Aún hoy, sigue como testigo de la anécdota histórica, una ermita pequeña de donde el castillo toma el nombre. Ermita antigua en cuyo interior contiene labrado sobre la piedra viva las Armas de Venecia, eternamente agradecida por la hospitalidad gaditana. En aquel lugar, buscaron protección aquellos enfermos afectados de peste, y la ciudad los acogió. Cuentan algunos viejos del lugar, que la gente de Cádiz, acercaron diariamente alimentos, dejándolo al final del malecón, de tal forma que los venecianos, bajando el puente levadizo de la fortaleza, los recogían adentrando aquel sustento gratuito y caritativo. Siguen contando la bonita historia, que la mayoría de los enfermos curaron al amparo del santo.

Allí, frente al mar, que rugía furioso, las olas me contaban la historia de aquellos pobres hombres, de sus sufrimientos y sus desgracias.

Un siglo más tarde, desde aquel mismo lugar, se defendió a ultranza la ciudad del saqueo inglés, aflorando por los parapetos las bocas de los cañones de hierro fundido que estallaban ensordecedores, cargados de rabia, de ira y de orgullo, contra

aquellos veleros piratas, que pretendían arrimarse a la costa y arrasar con la poca riqueza que había por aquel entonces.

Las olas, como si fueran las almas de aquellos que murieron defendiendo a Cádiz, hoy se elevaban contándome el trágico final de aquella artillería, que terminó por perecer. Hombres que lucharon. Como aquel rugir de olas, debieron de ser sus alaridos, al reventarse sus carnes víctimas de las granadas enemigas.

Los fantasmas de aquellos hombres aún permanecen hoy estando allí, deambulando por las piedras, como almas en penas, implorando misericordia a San Sebastián, rogándoles piedad para su eterno descanso, gritando desesperados en cada ola.

De allí surgió aquel famoso dicho conocido en toda España de “me cago en la mar salada”, y es que aquellos soldados valerosos, acudían a los retretes a defecar. Los retretes estaban ubicados de tal forma, dentro de la edificación, que las defecaciones caían desde la altura al agua. Aquellos hombres que lucharon con “la mosca detrás de sus orejas”, como llamaron al chisporrotear de las mechas que ardían para quemar la pólvora de sus cañones, al acercarse el momento de la explosión final, cagaban literalmente en la mar salada, donde morían para gloria de militares insignes, que terminaron dando nombres a algunas de las calles de la ciudad, años más tarde.

La mar, también me hablaba de aquellos hombres. Sus almas, unidas en una, se alzaban frente a mí en cada ola, blanca, fuerte, poderosa, rugiendo en un alarido de amargura, en un eterno llanto triste. Mis gafas no me dejaban ver. Se habían empañado,

salpicadas por las gotitas de agua y por mis propias lágrimas, porque también yo lloré. Yo lloré también con el alma de aquellos hombres, uniéndome a ellos por un instante.

Regresé con Carmen, Pití y Luito que me esperaban arriba, mirándome lejanos desde lo alto. Al incorporarme a la realidad, nadie dijo nada, nadie salvo Carmen, que mirándome a los ojos, y aprovechando la intimidad del camino, me afirmó bajito que por fin lo había entendido. Yo la miré curioso, rogándole con mis ojos que fuera más explícita.

-Por fin he comprendido que tu, eres como el mar, como un espíritu libre, como el viento. Por eso tu alma a veces vuela elevándose en el espacio, por eso a veces tu no estas. Hoy he comprendido por fin que en verdad tu espíritu es un espíritu libre- Dijo llorando también ella. Yo no afirmé, ni negué nada. Ella tampoco siguió hablando. Solamente nos miramos un instante, mientras caminábamos atravesado el malecón de regreso, en la intimidad de la noche, bajo la luz de la luna. Ambos, sabíamos perfectamente a que se refería. Yo, no afirmé ni negué nada, pero supe en aquel momento que en ella, en Carmen, por fin había encontrado un cómplice.

Me comentaba Pití, mientras nos adentrábamos en las calles de Cádiz dirección a la alameda Apodaca, que según su bisabuela, la ciega, Amelia solía pasear por aquel lugar a menudo. Lo hacía sola, sobre todo los domingos tras haber visto el crepúsculo de sol desde la playa de la Caleta, en busca de ese príncipe azul que nunca llegó.

Alguien, algún conocido del padre con la suficiente influencia, a la vista de la situación de crisis que vivía aquella familia, consiguió meter a la joven en Tabacalera. La chica trabajaba molturando las hojas de tabaco empleando unos rodillos de piedras

Librodot

que destrozaban sus manos, pero eso a ella, poco le importaba. Sabía que con su jornal, llevaría a su casa entre otras muchas cosas grandes dosis de dignidad.

Fue mas o menos a los veinte años, cuando por primera vez en su vida se pudo comprar un vestido. Su primer vestido. Era de color blanco, bonito, largo hasta el suelo, sobre el que se colocaba de forma graciosa tapándose los hombros una especie de chal de lana negra. Amelia se ponía el vestido sólamente los domingos por la tarde, cuando se marchaba a la caleta por ver como los últimos rayos de sol impregnaban de oro las barquillas que flotaban en el mar con dulzura, mecidas por las pequeñas olitas. Luego atravesaba la alameda, sin ningún árbol entonces, hasta llegar a la muralla de San Carlos, y allí, mirando el horizonte se quedaba un buen rato contemplando como se alejaban los barcos que salían del muelle por su derecha hasta perderse en la mar. Deseaba tener dinero suficiente para poder entrar algún día en el balneario del Carmen. Desde arriba, desde la muralla observaba como las niñas ricas bajaban por la escalera para entrar allí y envidiaba el cálido color de sus cuidadas pieles, sus pelos rubios, teñidos con agua oxigenadas y rizados formando tirabuzones. Ella hubiera querido ser una de esa niñas, pero no lo era, nunca lo había sido, y lo más triste es que sabía que nunca lo sería.

Al pasar a la altura donde antaño estuvo situado aquel balneario, me asome yo. Abajo, surgiendo del agua, hacia arriba, como queriendo alcanzar el infinito, se alzaban los restos que aún quedaban. Era como una especie de dado impresionante de piedra oscura, que más bien, ante los ojos de cualquiera, podrían pasar por ser ruinas romanas, más que por lo que eran en realidad. Del balneario no quedaba nada, absolutamente nada, solo aquel gran dado de piedra, que seguro fue parte de los cimientos de aquel

Librodot

edificio de entonces. Aquel lugar que antaño fuera sitio de reuniones de gente adinerada, había sido reclamado por el mar, su legitimo propietario, quien ahora se regocijaba, relamiéndole los vértices con su lengua de agua salvaje y salada.

Amelia, nunca después de las diez de la noche, se marchaba a su casa, cada día un poco mas desencantada, un poco más vieja, más desilusionada, adentrándose por las estrechas calles que desembocaban en la plaza de San Francisco. Atravesaba la plaza sin pisar el centro, porque traía mala suerte, para de nuevo callejear hasta llegar al Gran Teatro, hoy Gran Teatro Falla. Aquel edificio de ladrillo rojizo, estaba en el centro de una plazoleta de tierra, a donde crecían algunos pequeños árboles, que según recuerda Pití vagamente, debían de ser naranjos. El mayor de ellos, una araucaria situada en el centro de un montículo de tierra, que desde la izquierda del teatro crecía superándolo en altura, extendiendo sus ramas alargadas hasta casi tocarlo, como queriendo acariciar los arcos pintados a rayas rojas y blancas de sus puertas y balcones.

Rodeaba el teatro y bajando la calle por fin se adentraba en su barrio, encerrándose en su casa, para acostarse tras cenar, como solía, acompañando a su madre, para al alba, levantarse de nuevo y vestida ya con su bata azul, atravesar la verja de la fábrica de tabaco, y trabajar, bajo la mirada atenta de los encargados, señores rudos vestidos de gris, con sombrero oscuro y gruesos bigotes.

Cuando por fin todo parecía marchar bien, una trágica noticia llegó de repente robándoles la poca felicidad de la que disfrutaban.

Librodot

Una vecina del partidito, llegó una mañana informando a la ciega de que su otra hija, Catalina, la que estaba casada con el Degenerado, había dado a luz a un niño, pero la pobre se pereció en el parto. Catalina había muerto en su domicilio a solas, sin la presencia de su marido. Solo una de sus vecinas, acudiendo a los gritos que la pobre daba, la había atendido en aquel momento, pero las cosas por lo que parece, se habían complicado, y al final, ella desangrada no pudo seguir viviendo. La ciega enmudeció en un alarido de amargura.

-Avisar a mi hija Amelia – Rogó la ciega como pudo, articulando palabras con dificultad intercalándolas entre suspiros y aquel profundo llanto.

Alguien fue en busca de Amelia, que con la velocidad del rayo, abandonando su puesto de trabajo, se personó en su casa. Al entrar en el cuarto donde vivían, encontró a su madre desmoronada inmersa en un espeso sufrimiento. Amelia se acercó a la madre y la abrazó, y ambas lloraron. Lloraron largamente, y haciendo de tripas corazón, se fueron las dos a casa de Catalina.

Era la primera vez que la ciega salía de la casa desde hacía años. Fuera de aquel cuarto, la pobre, tan sólo era una inútil inválida, no obstante, quiso salir, tenía que salir.

Llegaron a la casa de su hija, la única hermana de Amelia. Ella estaba en la cama, tumbada boca arriba, de cuerpo presente, entre dos velones encendidos que alguien con buena voluntad había colocado de buena fe. La ciega pidió a Amelia que la acercara hasta donde se encontraba Catalina, y con sus manos, como queriéndala ver con la punta de sus dedos, la fue palpando detenidamente, deteniéndose en su rostro.

Catalina tenia la tez tensa y completamente fría. Sus manos estaban entrecruzadas sobre el pecho y en ellas sostenía un crucifijo de madera. Con el profundo dolor que ambas sintieron en aquel momento no repararon que el Degenerado ni siquiera había llegado aún. Cuando por fin regresó este a su casa, eran lo menos las once de la noche, llegaba borracho, como de costumbre, y al encontrarse con el panorama, también él se desmoronó, pasándosele la pea de isofacto. El Degenerado no daba crédito a sus ojos. Nervioso comenzó a vomitar de repente delante de todos los que allí estaban. Cuando por fin se tranquilizó, también el se acercó a Catalina, y la beso en la cara. Al incorporarse lloraba como jamás antes lo había hecho.

-La mala conciencia te atormentará mientras vivas, hijo de puta- le reprochó la más vieja de las vecinas. La ciega y Amelia no dijeron nada, ellas ni siquiera levantaron los ojos para mirar a aquel hombre.

El Degenerado, tampoco dijo nada. Aquel hijo de puta, que tan mala vida le había dado a la difunta de Catalina, en aquella ocasión se cayó como un cabrón.

Un día y medio mas tarde, enterraban a Catalina. El Degenerado, enlutado, vestido de negro de los pies a la cabeza lloraba desesperado. Realmente los remordimientos habían empezado a atormentarlo.

Cuando por fin el cuerpo de Catalina recibió santa sepultura, y su alma fue encomendada debidamente a las alturas, la ciega y Amelia se volvieron a su casa, para encerrarse y no salir en una larga temporada y guardar así el riguroso luto acostumbrado.

No habían llegado aún cuando se encontraron al Degenerado con su hijo en los brazos, en las puertas del cuarto. Él, les entregó aquel recién nacido y luego se marchó para no volver en años. Pasaría largo tiempo antes de que volvieran a saber nada de él.

Amelia, una joven soñadora y sordomuda, a quien empezaban a salirle bien las cosas, se vio convertida de la noche a la mañana, sin ella quererlo, en una madre, sustituyendo por fuerza a Catalina.

Al coger al niño entre sus brazos la primera vez, sintió como el peso de una gran loza de granito le caía encima. Se asustó, pero con el tiempo, aquellos miedos iniciales se fueron disipando, y aquel niño, aquel pobre niño que terminaría por ser el padre de Pití, se fue convirtiendo poco a poco en la alegría de la casa.

-Hay quien mea en lata y no suena, y quien lo hace en lana y suena- Sentenciaba alguna que otra vecina al contar esta historia en el mercado refiriéndose a Amelia.

Aquella muchacha mal vista por el vecindario, repudiada por muchos, a la que tachaban de promiscua, con la llegada del niño a su vida, las gentes empezaron casi sin darse cuenta a convertirla en una mártir.

Ella notó el cambio de actitud que algunos manifestaron. Al pasear los domingos por la calle empujando el carrito del niño, observó como de repente, aquellos que desde siempre, desde su más tierna infancia, la habían obviado, la miraban ahora con ojos de admiración y respeto, volviendo a saludarla. Eso a ella le gustaba, correspondiendo a

todos con una sonrisa. Poco a poco se fue sintiendo en verdad madre de aquel niño. Poco a poco lo fue queriendo mas y más, hasta el punto en el que ese pequeñajo se fue convirtiendo, al margen de su propia voluntad, en el centro de su vida.

Casi habíamos llegado caminando a la Punta de San Felipe. Pití, como siempre, sintió frío. Habíamos olvidado su rebeca en el coche, así que decidimos regresar por ella. Era tanto el frío que sentía, que incluso le dolía la cabeza un poco.

El camino de vuelta lo hicimos en silencio pensando todos en Amelia.

-¿Ha pasado un ángel?- Preguntó Carmen pasada más o menos media hora, rompiendo el silencio reinante.

-Han debido de pasar al menos veinte- Afirmó Luito sonriendo – a juzgar por el tiempo que ha pasado-

Yo, mientras caminaba, trataba de imaginarme a esos ángeles que pasan cuando se hace el silencio. Me preguntaban si tendrían alas, si al pasar nos mirarían, y si al mirarnos lo harían serios o riéndose.

-Que estupidez mas grande.

-¿A que te refieres?- Me preguntó Luito curioso.

-A las tonterías que de cuando en cuando pienso.

-Es normal que pienses tonterías.

-¿Crees que soy un tonto?

-No, lo que creo es que estás colgado.- Todos reímos. -¿Y en que pensabas exactamente?

-Trataba de imaginarme a esos veinte ángeles pasando en el silencio frente a nosotros.

-Macho, estás definitivamente colgado.

-Lo sé.

-Lo sabemos todos.

QUINTO ENCUENTRO

"EL ESTADO NATURAL DEL HOMBRE ES SER CABRÓN"

"Cinco en punto de la tarde de un miércoles cualquiera de septiembre. La tarde se presenta larga y aburrida. El reloj no anda. Debo de ser muy poco feliz. El tiempo se ha parado. Al tratar de montarme en el coche para marcharme a la oficina, me doy cuenta desde lejos que de nuevo me han vuelto a dar un porrazo. Esta vez ha sido grande, tan grande que me han partido el piloto trasero izquierdo y han arrancado toda la defensa de cuajo. Los cristalitos aún están frescos, sobre el suelo, recién partidos. Nadie sabe nada, nadie ha visto nada. Es una pena que haya tanto cabrón suelto, con el poco trabajo que cuesta dejar una nota, pues no lo hacen los hijos de puta. Te dan el

Librodot

golpe, te rompen el coche y se quitan de en medio a toda leche. En fin, ¿qué puedo hacer, a parte de joderme?. Nada, creo que nada. Más vale que arranque y me marche".

Aquella tarde había empezado mal. Yo siempre decía que las cosas materiales no son importantes, y era cierto, pero no podía evitar sentir como especie de un arañazo en las tripas de pensar que aquella broma del porrazo trasero en el coche me podía costar alrededor de los cuarenta mil duros.

Lo primero que hice, al llegar al trabajo, fue tomarme un cafelito en el bar de enfrente, para ver si se me pasaba el disgusto. Una vez en la oficina, desde mi despacho, me concentre mirando por la ventana un pequeño bosquecillo de pinos donde debían vivir mis musarañas mentales. Siempre miraba allí cuando me sentía deprimido, y esa tarde lo estaba. Lo estaba por muchas cosas, el día ese podría haberlo tachado de negro, o haberlo borrado, quizás hubiera sido mejor.

La noche anterior me había llamado mi padre para informarme de que trasladarían los restos de mi madre a otro nicho en el cementerio. Me dijo que no era necesario que yo lo presenciara, pero no pensé que fuera lo correcto. Antes de marcharme del trabajo por la noche, localicé a mi jefe. Estaba en Galicia, disfrutando posiblemente del año Xacobeo, y tras exponerle la situación le pedí la mañana del día siguiente. Como de costumbre no me la dio. Más bien le escandalizó la idea de que dejara la empresa sola sin estar él. Yo insistí, se trataba de mi madre, y ese día haría precisamente diez años que no hacía nada por ella, al margen de asistir a un par de misas, desde entonces, por el eterno descanso de su alma. Mi jefe, viendo que le resultaba imposible convencerme, y temiendo una de mis reacciones locas en las que no

Librodot

pudiéndome comer una tajada del melón, me salga de la tangente comiéndomelo entero, me concedió al menos una hora. Una mísera hora, una ridícula hora. Una concepción absurda, teniendo en cuenta que a mi madre la trasladarían a las diez y cuarto en San Fernando, donde yo vivía, y yo, tenía que estar en la empresa a las nueve de la mañana, en Puerto Real, entrar, para volver a salir dirección al cementerio. Y regresar tras el traslado para volver a salir nada más entrar. Una mañanita ridícula, en la que perdería todo el tiempo entre ir y venir, pero en fin, que le vamos a hacer, mi jefe era mi jefe, y así era el pobre, no daba para mas carne.

Cuando me veía envuelto en este tipo de situaciones, no podía evitar sentir pena de mí mismo. Me dolía ver como abusaban de mí, por ser en este tipo de relación laboral, la parte más débil. Yo me creía un buen trabajador, y escrupulosamente honrado, teniendo en cuenta que era el contable de la empresa, quien manejaba la pasta. El también lo creía, sabía que lo era, como también sabía que yo era buena gente, por eso me apretaba, porque sabía que podía sacar mas jugo de mí siempre. Me apretaba tanto que a veces me asfixiaba, abusando de la triste situación socio económica de la provincia de Cádiz. Él era uno de esos llamados “tiburones”, un ser sin entrañas, sin escrúpulos, de esos que se hicieron ricos con la cultura del pelotazo y no dudan un instante en aprovecharse de la ventaja que le otorga la triste existencia de tanto paro. Un hombre, cuya ambición terminaría por matarlo un día de un infarto, aunque era tan malo, se portaba tan mal conmigo, que a veces pensaba que sería eterno, por eso del dicho de que “bicho malo nunca muere”.

Más me hubiera valido que aquella mañana no me levantara de la cama. A las ocho, afeitándome aún dormido, me pegué un tajo en la cara con la cuchilla. La sangre

Librodot

brotaba de mi interior derramándose sobre el lavabo de porcelana blanca, tiñéndolo de rojo de forma escandalosa.

Cuando por fin puede parar aquella pequeña hemorragia usando algunos metros de papel higiénico, me adentré en la ducha. Pensaba que duchándome me despejaría, pero no fue así. Un poco más, y como el padre de Amelia, también me muero de una neumonía. El agua, que al principio salía a una temperatura agradablemente caliente, de repente y a traición comenzó a salir fría, helada diría más bien, debido a que la jodida bombona de butano se había acabado. No quise despertar a Carmen, aún era temprano para ella, así que me duché con aquel agua fría que más que mojar, parecía cortar mi piel.

Salí de la ducha, y tras secarme, comprobé al peinarme, que mi pelo no estaba lo suficientemente enjuagado, ya que al pasar el peine surgía, para mi desdicha, pequeños canalillos de espuma de jabón. Tuve que introducirme de nuevo en la ducha para volver a enjuagarme, repitiendo aquel mal trago.

Cuando de una puñetera vez conseguí ducharme aquella mañana, tras vestirme, me marché a la oficina. Llegué a las nueve en punto y no encendí siquiera el ordenador. A las nueve y media me volví a marchar para San Fernando. Recogí a mi padre y los dos nos fuimos para el cementerio.

Unos señores amables, acercaron un andamio con ruedas hasta donde mi madre descansaba desde hacía diez años, y con unas machotas empezaron a golpear la lápida rompiéndola. Retiraron los escombros con cuidado, y luego, comenzaron a llenar una

Librodot

bolsa de plástico de color negro con sus restos. Yo procuré apartar la mirada. Aquello me parecía morboso y desagradable, así que a pesar de haber querido comprobar por mis propios ojos que aquellos restos eran realmente de mi madre, a lo único que me atreví finalmente fue tan sólo a encender un cigarrillo.

Allí estaba yo, fumando, mirando hacia otro lado, mientras aquellos señores uniformados con monos azules, desde lo alto del andamio, iban extrayendo del interior de un plástico amarillento y brillante lo que quedaba de mi madre. En la medida en la que llenaban la bolsa negra en el exterior, iban enrollando el plástico amarillo, aproximándolo a la boca del nicho, y así hasta extraer todos los restos.

Tras limpiar el nicho de la madera carcomida y podrida del ataúd, bajaron la bolsa negra del andamio con ruedas, colocándola en el suelo. Pensé que la bolsa estaría cerrada, así que me arriesgué a mirarla, pudiendo comprobar para mi sorpresa que no lo estaba. En su interior vi un hueso que bien podría haber sido el húmero y alguna que otra costilla. Eran huesos negros, a diferencia de la imagen que me había forjado viendo aquellos esqueletos colgantes en los laboratorios de ciencias del instituto. No quería mirar creyendo que la visión me impresionaría, y al final, mirando por accidente, sorprendentemente no sentí nada, al margen de cierta pena. Al fin y al cabo aquello que se agolpaba de forma desordenada en el interior de la bolsa negra, era lo que restaba de mi madre.

Tras realizar mi padre las oportunas comprobaciones, y dar la pertinente autorización, cerraron definitivamente la bolsa, anudándola de forma ordinaria por su parte superior y la llevaron al nicho pequeño donde mi madre reposaría los próximos

Librodot

cincuenta años. La próxima vez que hubiera que renovar los derechos de uso de aquel hueco, yo debería tener aproximadamente unos ochenta y dos años. Sabe Dios si seguiré vivo entonces.

Tras taparla con una especie de lapidilla provisional de cemento, sujetada por algún que otro pegotón de yeso, y dar la correspondiente propina a los señores que tan gentilmente habían colaborado en el traslado, me volví a marchar para la oficina, llegando justo a tiempo para volver a salir.

Con tanto follón, casi me olvido de que Iñaki comenzaba casualmente también las clases ese día. Llamé a Carmen al móvil. Ella estaba en la puerta del colegio para recoger a nuestro hijo. Estaba con Pití y Luito que habían ido también a recoger a Paloma. Le pedí que me esperara, y más o menos quince o veinte minutos mas tarde llegué yo. No vi a Pití ni a Luito ni a Paloma. Ellos se marcharon nada más recoger a la niña. Tenían prisa. Por lo visto Pití estaba esa semana de turno de tarde, y tenía todavía que almorzar antes de irse para el trabajo. Carmen estaba allí, hablando con María, mi compañera, quien llevaba más o menos unos cuatro meses de baja maternal.

María, mi compañera también tenía a la niña en el mismo colegio que nosotros. Nuestros hijos habían estado juntos desde pequeños. Coincidimos en la misma guardería y más tarde en el mismo colegio, y no creo que aquella coincidencia fuera fruto del azar. Ella, como nosotros, procuraba dar a su hija la mejor educación, y por eso coincidíamos, primero en la mejor guardería, y más tarde en el mejor colegio. Los dos matrimonios deseábamos lo mejor para nuestros hijos.

Librodot

Nos saludamos, hablamos un poco, y nos marchamos tras despedirnos cada cual para su lado.

Volvimos a casa. Yo estaba un poco cansado, así que tras almorzar, me tumbé un poco en el sofá. A la hora justa, más o menos las cinco de la tarde, me incorporé de nuevo para regresar al trabajo, y al bajar a la calle y acercarme al coche, ¡mierda!, Vi el porrazo.

El asta larga y sensible de una bandera que se movía frente a mis ojos, señalando viento de poniente, me devolvió de pronto a la realidad sacándome de la visita que les estaba haciendo en aquel bosquecillo de pinos a mis musarañas mentales. De repente me volví a ver allí sentado, frente a la ventana de mi despacho, sin saber exactamente que coño hacía, con la mente totalmente en blanco.

No tenía ninguna gana de trabajar, tampoco de pensar demasiado. Sólo me apetecía mirar al frente, al horizonte. Hubiera dado cualquier cosa por haber podido estar frente al mar, en una playa desierta, perdida, y escuchar como las olas rompían para morir en la arena.

El invierno se adentraba en nuestras vidas a pasos agigantados, amenazando con su mano dura y fría de congelarnos el alma. Era el tiempo justo en que las hojas de los árboles comienzan a caer, y aquella tarde, aquel día concretamente me resultó un poco triste. Hasta la luz que se veía desde mi ventana parecía estar cargada de melancolía. Era una pena que ésta estuviera orientada hacia el noroeste. De haberlo estado hacia el este, hubiera podido ver, como lejano, en el horizonte, se ocultaba el sol.

Aquel día se acababa, y yo tenía ganas de que así fuera. Quizás al día siguiente me levantaría con mejor ánimo. Esperaba de todo corazón que el nuevo día fuera mejor del que se terminaba, muriendo a través de los cristales de mi ventana. La oscuridad se iba lentamente apoderando de todos los entresijos y los rincones de fuera. Las luces eléctricas, en las pequeñas ventanas de las casas de enfrente, comenzaron a encenderse.

El día siguiente, jueves, pasó pronto, como el viernes y el sábado. Pronto llegó el domingo, día en el que habíamos programado una barbacoa en el campo con nuestros amigos.

En esta ocasión habíamos quedado con Santi, el del documental en el castillo de Sancti Petri, Encarna, su mujer y Santiaguito, su hijo.

Lo primero que hicimos al llegar al campo, fue descorchar una botella de cava para celebrar que Pití había conseguido por fin aprobar el exámen práctico de conducir. Lo había suspendido reiteradamente y la pobre se estaba empezando ya a desesperar, por no hablar del dinero que le costaba cada vez que tenía que renovar papeles.

¡Puuuffffff!. Sonó la botella explosionando en las manos de Santi, quien la abría tras haberle dado unos cuantos meneos. El cava, salía de la botella como con urgencia, con tal fuerza que llegó a salpicarnos a todos. Los niños se reían especialmente, sobre todo porque nosotros, los mayores empezamos en pleno mes de septiembre a cantar villancicos navideños, para perplejidad de los que estaban por allí observándonos. Seguro que esos que nos miraban a lo lejos, al oírnos cantar esos cantos improcedentes

para la fecha en la que estabamos y vernos botella en mano, pensarían que estabamos cuanto menos como una cuba.

Brindamos alegres alzando nuestros vasos de plástico, y luego Santi y yo, tras beber, hicimos el paseíllo torero al son de un pasodoble que nos tarareaba Luito, mientras las mujeres daban golpecitos en la mesa siguiendo el ritmo.

Todo era muy jovial aquel domingo. Luito se había encargado el día anterior de preparar la carne, metiéndola en unos “tuperwels”, con su vino, su sal y su ajo, para que se impregnara del sabor justo.

Estuvimos jugando hasta la hora del almuerzo, en la que los hombres, no podía ser de otra forma, nos dispusimos a encender el carbón. Yo, un poco pirómano echaba al fuego los rastrojillos de pino seco que recogía del suelo, produciendo grandes llamaradas.

-No eches eso al fuego, le dará mal sabor a la carne – Decía Santi.

-Venga ya, con esto seguro que está más sabrosa.

Viendo él que yo le hacía caso omiso, optó por callarse y abrir una botella de Rioja que llevábamos en la nevera, metida en el hielo. La descorchó y nos echamos un poco de aquel magnífico vino que nos supo a gloria, a pesar de tomarlo tan frío. Luito lo prefería sí, a mí en cambio siempre me ha gustado muchísimo mas a temperatura ambiente. Por un instante se hizo el silencio mientras contemplábamos el fuego.

-Seguro que este fuego es precioso- Dije yo absorto completamente.

-Seguro que si - dijo Luito.

-Si fuera de noche, podríamos ver con claridad el rojo vivo de las ascuas.

-Pues si en las ascuas echáramos pedacitos de cobre, el fuego se teñiría de colores brillantes. De verdes y de azules y las llamas, si que serían bonitas entonces.

-Bueno, pues nada, nos quedamos hasta tarde y volvemos a encender la barbacoa para comprobarlo.

Comimos mientras manteníamos esa especie de conversación absurda. Hablar de tonterías sirve para poco, pero hacerlo de vez en cuando ciertamente relaja.

Santi, a pesar de esforzarse, no se integraba del todo. Parecía como si por delante de sus ojos hubiera colocado una especie de barrera invisible e impenetrable para tratar de autosepararse. Algo había en él que resultaba infranqueable. Luito y yo nos dimos cuenta. Era como si tratara de ocultarnos algo. Todos, a decir verdad, sabíamos de que se trataba, pero nadie decía nada. Seguíamos manteniéndolo en público secreto. Sólo Encarna parecía no haberse enterado aún de lo que pasaba, pero solo lo parecía. A mí ella no podía engañarme. Yo sé que ella sabía lo que pasaba. Distinto es que quisiera o no reconocerlo, en eso estamos de acuerdo. Quizás fuera que no quería reconocerlo, pero saberlo bien que lo sabía. En sus ojos se marcaba una profunda expresión de amargura. Su cara demacrada y pálida y su cuerpo exageradamente delgado, para su constitución, daban muestra de que así era. Ella sabía que Santi se la pegaba con una chica de ventipocos años. Ella misma los había descubierto en su propia casa, pero a pesar de todo, hacía caso omiso a la razón y seguía sin admitirlo. Lo peor del caso es que el gilipoyas de Santi, se había enamorado de la niña, y con Encarna estaba totalmente amargado. Cualquiera de nosotros hubiéramos podido comprender una

aventura, pero esa doble relación que mantenía, eso era una locura. Los estaba llevando a la ruina. Encarna estaba asustada, el miedo se le escapaba por las comisuras de los ojos. La pobre no podía ni reír abiertamente.

Luito sacó en la sobremesa, creo que aposta, el tema de los cuernos. Santi se sintió incómodo. Se levantó de la mesa y con la excusa de ir a lavarse las manos se perdió entre los arboles, bosquecillo abajo, dirección a un bar cercano, donde había el único lavabo de por allí.

Yo, quizás por el efecto de las dos o tres copas de vino que me había tomado, hice esa célebre afirmación, que desde entonces recordamos algunas veces.

-El estado natural del hombre es ser cabrón – afirmé completamente convencido de lo que decía. Expliqué que empleaba el termino hombre en plan genérico, queriendo englobar en él tanto al hombre como a la mujer. Luego seguí explicando que pensaba firmemente que en el fondo todos éramos unos cabrones.

-¿Quién puede negar no haber deseado a otra persona distinta a la que ama habitualmente?. Todos, absolutamente todo el mundo ha deseado alguna vez a alguien distinto. Enamorarse de otra persona no es nada difícil, basta con que se den las circunstancias apropiadas. Por ejemplo – dije dirigiéndome a Pití directamente

- imagínate que en una de tus guardias coincides con un chico joven, atractivo, inteligente, tanto que te atrae mucho. Quizás en la primera noche en la que coincidáis no ocurra nada, pero eso no quita que no estés poniendo cuernos, aunque sea mentalmente.- Todos me prestaban una rigurosa atención, parecían pasmados. Por lo visto lo que estaba diciendo les interesaba. Luito incluso reía con malicia frotándose las manos.

- Todo puede complicarse mucho más si esa coincidencia se repite con asiduidad. Si

empiezas a hacer tus guardias con ese extraordinario chico que te atrae con fuerza, tarde o temprano llegará el día en el que surja el momento idóneo, en el que las circunstancias se tercien de tal forma que al final, lo quieras o no, sucumbes a la tentación, como sin darte cuenta. Es posible que luego surja el arrepentimiento, pero si se dan las circunstancias adecuadas, sucumbes.- afirme tajantemente. Pití enrojeció. Quizás me permití llegar mas lejos de lo que ella esperaba. Encarna la pobre no decía nada. Nos miraba a todos con sus ojos tristes, temblándole, como siempre su labio inferior. A ella le solía temblar a menudo los labios y las manos. La verdad es que no entiendo porqué, pero incluso hay veces en las que hablando con ella he observado que le tiembla hasta la cabeza.

Carmen fue la única que negó mi teoría. Ella afirmaba que no había vuelto a fijarse nunca en nadie desde que me conoció. Ello podría ser debido a dos cosas completamente distintas. La primera de ellas, tan imposible como absurda, es que yo hubiera resultado ser un hombre perfecto, algo así como el colmen de la masculinidad. De haber sido yo así, podría entenderlo, pero por mas que me miraba a mí mismo de arriba a bajo, no veía nada de esa especie de super hombre, así que seguramente debía de tratarse de la otra, y es que ella estuviera mintiendo, algo mucho más posible, más razonable y más lógico.

Seguimos hablando de muchos otras cosas, apasionándonos en cada conversación, en cada nuevo tema.

Después de mucho divagar entre dimes y diretes, llegamos a la conclusión de que al menos Luito y yo no éramos en absoluto machistas. Nosotros reconocíamos que

éramos “varonistas”, pero no machistas. Entre ser machista o varonista existe una gran diferencia. El machista es un imbécil, como la feminista. Gentes radicales e histéricas que se suelen creer poseedores de la verdad absoluta. En cambio, el varonista, prima en importancia, por encima de todo, los derechos humanos, reconoce y acepta las diferencias propias entre los distintos sexos, y los respeta profundamente. Como es lógico para ser varonista es necesario ser hombre, aunque no es imprescindible, o de lo contrario estaríamos cayendo de nuevo en el machismo. Se puede llegar a entender que una mujer sea varonista. Otra de las grandes diferencias entre un varonista y un machista, es que el primero sabe situar en el lugar que le corresponde tanto a la mujer como al hombre, que aún debiendo de ser lugares semejantes en importancia, no tienen porqué ser iguales. El machista, prima al hombre sobre la mujer, y el feminista a la mujer sobre el hombre. Lo único que produce el primar el uno sobre el otro o viceversa, es la fastidiosa guerra entre los sexos, cuando lo único cierto es que por encima de todo, en primer termino debe de situarse a la humanidad de forma genérica. ¿Que podría hacer un hombre sin mujer? ¿Y una mujer sin hombre?. Pues posiblemente sólo dos cosas únicamente, la primera masturbarse y la segunda extinguirse.

Las feministas llegan al extremo de afirmar que la mujer es más inteligente que el hombre, y sólo quieren a estos para emplearlos como machos preñadores. Para eso más les valdría quedarse preñadas a base de la fecundación invitro, ello no se si será mas cómodo o no, pero al menos es más higiénico.

Por otro lado el machista se cree el ombligo del mundo, y se ve a sí mismo como un ser superior. Quizás esa percepción del hombre era correcta antaño, cuando de esa forma lo imponía la costumbre, la religión y la propia cultura, pero ahora, ser machista

resulta una reverenda estupidez. No entiendo como aún los hay. Supongo que serán esos imbéciles rezagados que no se han enterado todavía de que el hombre puede estar arriba del todo siempre que lo dejen las mujeres, y a mí me perece que no están ellas del todo dispuestas para que eso sea así.

Yo pienso que lo correcto, dado los tiempos que corren, es ser varonista. Siendo varonistas estamos al menos garantizando una equilibrada convivencia entre hombres y mujeres basada fundamentalmente en la igualdad real de los derechos y de las importancias sociales, pero abarcando cada cual el rol que le corresponde dentro del sistema.

En el atardecer nos marchamos al paseo marítimo de la playa de la Barrosa, en Chiclana de la Frontera. Mientras buscábamos alguna heladería idónea para entrar con los niños sin el peligro de que se escaparan adentrándose en la carretera.

Santi, aprovechándose de la intimidad que a retazos nos proporcionaba aquel paseo, nos confesó preocupado lo que le pasaba.

Nos contó a Luito y a mí, su historia con aquella cría que lo tenía enloquecido.

-Hace mas de siete meses que no hago el amor con mi mujer. No puedo. No puedo hacerlo. Cuando me acuesto a su lado y la miro, es cuando más me doy cuenta de lo poco que la quiero. Siento incluso asco de pensarlo.

-¿Y para que te casaste?.

-Eso digo yo, ¿para qué me case?.

-Pienso que lo mejor que podrías hacer es olvidarte de esa niña que te está volviendo loco.

-Ya lo se, ya lo sé, pero decidme, ¿cómo puedo hacerlo?

-Yo creo que simplemente queriéndolo.

-Ja, queriendo dices.

-Eso he dicho.

-Ella me tiene embrujado.

-No, ella te tiene del todo majareta. Te tiene encoñado. Pienso que estás tan desequilibrado que deberías incluso visitar a un psiquiatra.

-Yo también lo he pensado- afirmó Santi –Sobre todo porque he empezado a desear la muerte de su novio.

-¿Pero ella tiene novio?

-Si lo tiene, si, y ese es el problema.

-Ahora si que no entiendo nada

-De no ser por su novio, ella estaría conmigo. A mi no me importaría dejar a Encarna e irme con ella, pero está su novio y ese es el gran impedimento.

-¿Y como puede estar esa niña contigo y con su novio al mismo tiempo?

-Porque es una cerda, lo sé. Es una cerda, pero me tiene loquito.

-Ya veo, ya veo.

Santi interrumpía la conversación cada vez que los niños se acercaban correteando por la acera, o alguna mujer nos esperaba integrándose en nuestro grupo. Se callaba, pero su cara seguía hablando por él.

Librodot

-¿Si tan enamorado estas de la otra, por qué no dejas a Encarna de una vez por todas?

-No lo sé.

-Ella es una buena mujer. Ella no se merece esto.

-Lo sé.

-¿Entonces por que la haces sufrir?

Él la hacía sufrir simplemente porque era un verdadero egoísta. Siempre lo había sido. Necesitaba a alguien que le mantuviera caliente el caldo del puchero y limpios sus calzoncillos, y quien mejor que Encarna. Esto como es lógico no se lo dije a Santi, pero si que lo pensé. Él veía a su mujer como a una mujer de tercera división. Lo de Santi no era machismo, lo de él podría denominarse mejor como “esclavitud”, poca vergüenza, descaro. Tarde o temprano todo aquello desembocaría sin remedio en tragedia. Santiaguito, su hijo, ya había empezado a mostrar síntomas de cierto comportamiento esquizofrénico, producido por un desarreglo en su personalidad debido a tener que vivir ese mal ambiente en su casa. Eso era una pena, aquella criatura tan solo tenía aún cuatro años. Era demasiado pequeño para soportar tanta tensión emocional. Lo mejor, sin duda, era que Santi dejara a Encarna, pero él no lo haría. No tenía ni el valor suficiente, ni las ganas.

Aquella actitud tan negativa de Santi, era lo que hacía que yo lo apartara de mí. Antes solía venir a casa, y jugábamos al ajedrez. El siempre tuvo historias, pero esta vez se estaba pasando. No podía evitar sentir hacia él cierto rechazo. Lo quise mucho, tanto como a un hermano, pero era tan egoísta que poco a poco lo estaba repudiando. No podía dejar de sentir eso tan negativo hacia él.

Librodot

Traté de poner a Luito sobre aviso. Conociendo a Santi, sabía de antemano que él trataría de hacerlo su cómplice, y a mi no me daba la real gana. Algunos días más tarde advertí a Luito del peligro que corría y que yo veía avecinarse. Él me dijo que no me preocupara. La verdad es que Pití, Luito y Paloma formaban una bonita familia para que un descelebrado ególatra del carajo viniera a deshacerla o cuanto menos a ponerla en peligro.

Pití era una mujer inteligente. Ella me entendió al vuelo y me dio la razón.

Santi fue mi amigo. Él fue mi mejor amigo, pero como tal había empezado a morir, si no había muerto ya. A la vista de los hechos trataría de desterrarlo por siempre de mi vida y de la vida de los míos. Es duro decir que no lo veía digno de nosotros, pero lo digo porque es cierto que así lo sentía y lo pensaba. Estaba firmemente convencido de ello. Me daba pena de Encarna, pero al fin y al cabo sólo estaba viviendo su destino, una vida amarga que ella misma había aceptado. Cualquier otra persona ya habría abandonado a ese energúmeno, pero ella no. Ella seguía manteniéndose a su lado, soportando día tras día, noches tras noche su desolador rechazo.

Ellos terminaron por marcharse. Habíamos pensado seguir nuestra barbacoa en la azotea de Luito, pero ya nos advirtieron que no vendrían. Yo me sentí aliviado. Me parece que aquella fue la última vez que salimos y desde entonces no he vuelto a verlos ni a saber de ellos. Sólo espero que les vaya bien. Ese es mi deseo de todo corazón a pesar de todo.

Librodot

Nosotros por nuestra parte continuamos con la marcha en la casa de Luito y de Pití. Al llegar, nos fuimos directos a la azotea, donde nos quitamos el salitre a base de algunos manguerazos vivos.

Mientras el sol se mantuvo afuera, estuvimos estupendamente allí, pero cuando el sol se ocultó, el poniente y el relente de la noche, haciendo de las suyas, consiguieron ponernos la piel de gallina con el "biruji", como llamábamos, por estos lares, al fresquito que reina en las tardes cercanas ya al otoño.

Ese fresquito molesto, no era conveniente para los niños, aunque ellos parecían no tener frío. Tampoco Pití era capaz de estar allí por más tiempo, así que nos metimos en el interior de la casa, y aquella que empezó siendo una barbacoa nocturna, terminó siendo tan solo una tortillada.

Luito era experto en hacer tortillas. Las hacía a la francesa, para los niños, y española para nosotros. A las primeras, como ingrediente propio, les añadía leche, para que fueran más esponjosas, y a las otras perejil. En aquella ocasión le añadió tanto, que la tortilla fue adquiriendo, al hacerse, una original tonalidad verde. Hasta entonces, nunca había comido tortilla con perejil, ni siquiera había visto antes una tortilla tan verde. Las había probado de cebolla, de jamón o de chorizos, pero nunca de perejil, y la verdad, para que negarlo, tampoco me pareció tan extraordinario invento. A Luito le encantaba, así que procure no decepcionarlo, al fin y al cabo la tortilla se dejaba comer.

Brindamos con una copa de vino blanco, que su padre traía de una bodega de Chiclana. Aquel vino encerraba en su sabor, la pureza de una elaboración artesanal.

Estaba bueno, quizás demasiado, así que tras acabarlo, volvimos a llenar las copas de nuevo.

Bajo el agradable efecto de dos copas de buen vino, lexicalizamos sobre las letrillas de las comparsas y chirigotas del carnaval. La anécdota más graciosa que comentamos quizás fue aquella que le sucedió cierta vez a alguien a quien conocían en Cádiz como “Carapapa”.

Carapapa, un cara dura de tantos, era otro de esos personajillos, como Carapalo, pero este con más poca vergüenza todavía. A este hombre nadie le fiaba. Tenía fama de no pagar nunca sus deudas de bebedor y gran fumador de gorra. Cierta noche, muy tarde, demasiado para volver andando a casa, paró ese hombre a un taxi para que lo llevara. El taxista, conociéndolo, no se negó a llevarlo, pero si le pidió que por favor le pagara el viaje de antemano. No se fiaba un pelo. Carapapa, como de costumbre, trató de darle diez mil excusas distintas para no hacerlo, empezado diciendo que había perdido la cartera, para terminar, con mucha gracia, contándole al taxista como le habían atracado dos o tres esquinas mas arriba. El taxista, como es lógico no lo creyó, y viendo que Carapapa no pensaba pagarle, dio marcha adelante al coche, dejándolo tirado como a una colilla.

Aquello pareció dolerle mucho a Carapapa, a juzgar por las maldiciones y picardías que salieron de su boca, refiriéndose a aquel taxista, mientras este se alejaba calle arriba sin hacerle el más mínimo caso.

Librodot

Pasadas dos o tres semanas, un golpe de azar hizo que Carapapa acertara una quiniela de catorce, y mira por donde, de la noche a la mañana se vio hecho todo un millonario. Al menos eso se creía él al verse con cuatro o cinco millones en la mano.

Lo primero que hizo aquel hombre, tras acertar la quiniela y cobrar el dinero que le había tocado en suerte, fue irse hasta la parada de taxis del Ayuntamiento. Allí buscó al taxista que no le quiso hacer la carrera días antes. El taxista en cuestión estaba esperando su turno de intervención, estando su taxi aparcado de tal forma que era, según cuentan, el quinto en turno.

Carapapa, sacando veinte mil duros del bolsillo se dirigió al primer taxista.

-Escuche buen hombre, ¿sería usted capaz de llevarme a mi casa a cambio de estos veinte mil duros? – Preguntó Carapapa enseñando los billetes.

-¡Hombre!, eso esta hecho ya.

-Si, bueno, pero es que existe un problema

-¿Digame usted?- dijo aquel buen hombre.

-Pues ya verá es que además de llevarme, cuando lleguemos tendrá que subir conmigo y hacerme una felación.

-¿Cómo?- dijo el taxista ofendido – Te quieres ir para el carajo, maricón de mierda-

-Está bien, está bien – dijo Carapapa separándose del taxista no fuera que le diese un buen puñetazo. –No se preocupe, hombre- siguió diciendo – Ya se lo propondré a su compañero de atrás.

Librodot

Carapapa volvió a repetir la historia con el taxista que espera en segundo lugar, obteniendo de este más o menos el mismo resultado.

-No se preocupe hombre, no se preocupe, que ya se lo diré a su compañero de atrás-

Y así con el tercero y el cuarto. Cuando por fin llegó al quinto de los taxistas, el que no quiso llevarlo, lo saludó atentamente.

-¿Cómo estás, hombre?-

El taxista lo miró, y tras ver quien era, ni siquiera saludó.

-Mira hombre- dijo enseñándole a éste un fajo un poco más fino que a los anteriores. –Estas son veinticinco mil pesetitas del ala, que he venido a traerte para que tu me lleves a mi casa-

Al taxista, viendo los billetes, se le cambió la cara.

-Venticinco mil pesetitas que te traigo para pagártelas de antemano.- siguió explicando Carapapa. – De mí, de Carapapa, podrán decir muchas cosas la gente, pero no que no sea un caballero. Yo siempre pago, digan lo que digan-

-Cria fama y échate a dormir- afirmó el taxista con mejor ánimo tratando de compincharse con Carapapa, viendo que iba a ganarse un dinerillo extra e inesperado.

–Venga hombre, móntate en el coche que te llevaré a tu casa- Siguió diciendo el taxista mientras sonriendo atrincaba el dinero, lo comprobaba, lo contaba y lo guardaba haciéndolo todo a un tiempo.

Carapapa se montó en el coche.

-Bueno- dijo una vez dentro. – Sólo existe un pequeño problemilla.-

-¿Tu dirás?- le preguntó el taxista.

-Que me tienes que llevar a mi casa, pasando por delante de todos tus compañeros muy despacito, tocando el claxon y saludándoles con la mano mientras sonríes.

-Eso está hecho ya.

Y el taxista, sonriente, tocando el pito y saludando inició su carrera, sin saberlo, hacia la cima de la fama de maricón que jamás pudo volver a quitar de encima.

Esas eran las cosas de Cádiz. Con esa gracia se vengan en esta tierra de los “malages”.

Pití, “caleti” como era y tan viñera como la madre que la parió, tomó la palabra para contarme aquella otra historia del “Malospelos”.

Malospelos fue ese quien en el año de mil novecientos cuatro se encontró con los famosos duros antiguos, que más tarde cantarían el coro “Anticuarios” en letra de

tanguillo, compuesta con mucho arte e ingenio por Don Antonio Rodríguez, “El tío de la Tiza”, como todos lo conocían por estos lares.

Un día tres de junio de aquel año, cuando se estaba desarrollando una campaña de pesca en la almadraba gaditana, en un lugar de la playa, frente a lo que es hoy la Residencia, Malospelos estaba cavando un hoyo para enterar los desperdicios y los despojos de los atunes. En su trabajo, cuando hubo profundizado lo suficiente sobre la arena, aquel hombre se encontró unos “duros” que en verdad eran pesos fuertes o reales de a ocho del siglo dieciocho.

Aquel trabajador, nervioso, se llenó los bolsillos de cuantas monedas pudo y se marchó del lugar corriendo sin avisar a nadie, abandonando su trabajo. Sus compañeros, extrañados por la tardanza de este, optaron por ir a buscarlo, y cual fue su sorpresa al encontrarse, al fondo del boquete con aquel tesoro.

Su reacción también fue la misma. También ellos se llenaron los bolsillos y como Malospelos, igualmente se quitaron de en medio. Cada cual cogió lo que buenamente pudo antes de largarse con descaro del trabajo.

La noticia no tardó en correrse por todo Cádiz y toda la población se lanzó a la playa en busca de fortuna, al encuentro de aquellas monedas que llamaron duros por su semejanza a aquella otra de cinco pesetas que estaba en circulación por la época.

Librodot

Esta efeméride graciosa, la inmortalizó el Tío de la Tiza, cantando “Aquellos duros antiguos, que tanto en Cádiz dieron que hablar, que se encontraron la gente, en las orillas del mar...”

Al final los cuatro, Pití, Carmen, Luito y yo, sentados en la mesa de la cocina, tras habernos comido la tortilla de perejil como pudimos, terminamos por cantar el famoso tanguillo. “...y la pobre de mi suegra, y eso que estaba ya medio chocha, con las uñas y el pelo allí a escarbar, cuatro días seguidos sin descansar. Estaba la playa...”

Los niños jugaban en el salón, mientras nosotros cantabamos alegres aquella canción sin acordarnos de ellos.

Al final, cuando la euforia que nos había producido las tres o cuatro copas de vino que nos habíamos tomado se fue apagando, como era de esperar, terminamos hablando de Amelia.

Ella tuvo que madurar de la noche a la mañana al hacerse cargo del niño. José se llamaba el pobre. Su educación fue un poco complicada, teniendo en cuenta que ella tenía que compartir su tiempo entre él y su trabajo en Tabacalera.

Había pensado algunas veces en dejar su trabajo, pero consecuente como era y responsable, sabía que no podía hacerlo.

Con el tiempo, su madre, dio los pasos necesarios para que le quedara una ridícula paguita de viudedad, a la que tenía derecho. Aquella paguita no daba para vivir,

Librodot

pero al menos ayudaba, y entre lo poco que cobraba su madre, y el sueldecito mas o menos decente de ella, iban llevando aquella casa para delante.

Al niño José, lo metieron en la escuela cuando tuvo la edad suficiente, para que aprendiera por lo menos a leer y escribir. No querían que fuera un analfabeto como ellas. Se sacrificaron para que nunca le faltara de nada. Le compraban los libros como podían, a base de echar ella horas extraordinarias picando tabaco.

El niño la llamaba “tía”. Ella hubiera dado lo que no tenía por que la hubiese llamado alguna vez madre.

A los cinco o seis años de haberles dejado el niño, una mañana temprano, apareció sin decir nada el Degenerado. Amelia estaba sola en el cuarto, terminándose de arreglar para marcharse al trabajo. Pití no sabía bien que había sido en esa mañana del niño y la abuela, lo cierto es que ninguno de los dos estaba. El Degenerado, viendo a la sordomuda sola, ni siquiera saludó. Se adentró en el cuarto. Amelia al verlo se puso de pie. Hasta entonces ella había estado sentada sobre la cama, donde terminaba de vestirse. Aquel desalmado, sin mediar palabra, se abalanzó sobre ella, tumbándola con violencia de nuevo en la cama de la que se acababa de incorporar. Con sus manos fuertes sujetaba los brazos de Amelia, impidiéndole la más mínima posibilidad para su escapatoria. Trataba con sus piernas de adentrarse entre las de Amelia forcejeando salvaje. Ella las mantenía tan cerradas como podía. El con su lengua rasposa y húmeda, lamía obscenamente, mientras tanto, su cuello. Ella trataba de apartarlo.

Librodot

Le vino entonces a la cabeza, aquel amargo momento, ya casi olvidado, en la que en el hueco de una escalera, la violaron cuando era una niña. El pánico se apoderó de toda ella, recorriéndole por todo el cuerpo como una especie de calambres, que le producía unas extrañas convulsiones nerviosas, e histérica, trataba de defenderse de la mejor forma.

Quizás fue el miedo o quizás el odio, lo cierto, es que viéndose imposibilitada para gritar, Amelia se defendió como pudo, arrancándole fuerzas al mismo diablo, y de un manotazo sorprendente e inesperado, consiguió liberar una de sus manos, con la que, a fuerza de estirarla, consiguió coger una cornucopia que había en la peinadora de atrás, atizándole en la cabeza a aquel bestia. El espejo saltó hecho trizas en mil pedazos. El Degenerado gritaba con la cabeza abierta, tapándose con sus manos la herida que sangraba, aturdido por el dolor del porrazo. Amelia aprovechó para, convertida en una fiera salvaje escapada de la mismísima jungla, arañarle la cara, clavándole las uñas hasta la raíz, golpeándole con su rodilla a un tiempo en la boca del estómago.

El Degenerado, trató de escapar, pero Amelia, crecida, siguió golpeándole con todo lo que se le venía a la mano. Cuando por fin este pudo huir del cuarto, salió de allí, como rata a la que echaran un jarro de agua hirviendo. Bajó las escaleras, saltando los escalones de cinco en cinco. Quienes lo vieron bajar, dijeron más tarde, que no se explicaban como podía aquel hombre correr tanto, teniendo en cuenta, según contaba, que ni siquiera ponía los pies en el suelo.

Mientras tanto Amelia tumbada en la cama, aún sin reponerse, lloraba asustada, con su ropa maltrecha, desordenada y manchada de sangre. Se había vuelto a repetir,

Librodot

pero en esta ocasión ella supo defenderse bien. Lloraba nerviosa víctima del pánico, pero en aquella ocasión había logrado salir victoriosa y ello, en el fondo, le producía una agradable sensación de satisfacción. Ella se sentía más mujer que nunca, a pesar de todo. Aquel incidente, al margen de haber sido lamentable, la habían cargado con una oleada impresionante de dignidad y de fuerza. Ella, tras el, tras superarlo, se sintió mucho mejor consigo misma. Había ganado. Había vencido de una vez y para siempre.

Aquel Degenerado no volvió a aparecer hasta muchos años mas tarde, justo algunos meses antes de morir, cuando llamó a sus hijos a la vera de su lecho, para pedirles perdón. Hasta entonces, nada se supo de él. Por lo visto, había conseguido engañar a otra pobre mujer con la que se había vuelto a casar, teniendo de ese segundo matrimonio algunos hijos.

José, siendo ya un hombre, habiendo traído ya al mundo a su vez algunos hijos, como Pití y sus hermanos, con la nobleza aprendida de su tía Amelia y la abuela ciega, acudió a la llamada de su verdadero padre, y estuvo allí acompañándolo hasta que él se murió, a pesar de todo, cumpliendo como un hijo de categoría, aunque realmente nadie sabe si en el fondo llegó a perdonarlo o no de corazón. Ese es un enigma difícil de responder, tan complicado y tan íntimo, que ni siquiera yo me he atrevido a preguntar, y que me van a permitir deje abierto sin cerrar, para que sean ustedes quienes lo respondan con su imaginación.

No obstante, si José no hubiera acudido al llamamiento que le hizo su padre al final de su vida y lo hubiera dejado morir como un perro, como realmente merecía, no hubiera habido nadie que le reprochara nada.

Librodot

Destacando sólo aquel incómodo incidente, por el resto, la vida de Amelia a lo largo de aquellos años fue del todo normal.

Ella se sentía feliz, y amaba aquel niño por encima de todo. Lo quería como si de su propio hijo se tratara, pero aún así ella nunca desistió de hacer realidad sus sueños.

Soñaba con su príncipe azul que se hacía esperar y esperar, pero ella estaba totalmente convencida de que tarde o temprano, terminaría por llegar.

Había hecho buenas amistades en el trabajo, con algunos compañeros, pero de entre ellos no eligió para sí a ninguno. Hubo incluso quien llego a invitarla a salir, y cierto es que con algún que otro salió de vez en cuando, pero ninguno de ellos se parecía, ni por asomo, a su hombre ideal.

Los que hubiesen podido convertirse en su príncipe azul, o eran un poco raros, o estaban casados. Una compañera que tenía, solterona como ella, le decía muy a menudo que los buenos ya estaban cogidos. Ella no la oía, pero la entendía perfectamente leyendo en sus labios y a pesar de no quererlo, tuvo que reconocer con el tiempo, que tenía razón.

El tiempo no pasa en balde, ni siquiera para Amelia, que poco a poco, al mirarse al espejo, fue comprobando como la piel se le empezó a arrugar irreparablemente. Primero aparecieron las patitas de gallo, prolongando en exceso las arrugas de sus ojos, luego su frente, y más tarde hasta el pelo. Le fueron apareciendo lenta pero constante,

aquellas primeras canas que plateaban su sien, otorgándole el aspecto de una señora interesante. Ella, no debía pensar lo mismo, a juzgar por lo asiduo que se hicieron sus visitas al peluquero, para darse tintes.

Cuando ella menos lo esperaba, como casi siempre ocurre en este tipo de cosas, conoció a un hombre. No diré que fuera la repera, porque ciertamente no lo era. Era un hombre normal, amable y cariñoso, y Amelia, hacía tiempo que se había desengañado del sueño del príncipe azul. Se había hartado de esperar, y cuando ya empezaba a conformarse con su vida, apareció este hombre como caído del cielo.

Él la invitó a salir alguna que otra vez, y aunque era mas bajo que ella, un poquito más gordo de lo que le hubiera gustado, y su bigote demasiado poblado y grueso, pensó, que a parte de éste, pocos fueron los que últimamente se le habían acercado, así que, mira tu por donde, así, como sin quererlo, de la noche a la mañana se vio envuelta sin remedio en los preparativos de su boda.

Su madre estaba feliz, pletórica diría mejor, y ella, ella sólo estaba contenta. El hombre parecía bueno, y era muy trabajador y amable.

Se casó en la Iglesia del Carmen, con traje blanco y carro jalado por caballos, aunque los caballos tan solo lo eran de lejos. Desde cerca, se veía con claridad, que simplemente eran mulas, mulas tordas y tozudas, y porqué no decirlo, mulas muy viejas, tanto que su piel se les caía a jirones, dándoles aspectos de ser también mulas tiñosas.

Librodot

Pues nada, que ahí iba Amelia, montada en el carro y vestida de blanco camino de la iglesia para casarse. A su derecha José, que era ya un muchachito, haciendo el papel de padrino de la novia. Delante las mulas, ataviadas para la ocasión, minadas de moscas molestas que parecían haberse invitado solas a la celebración.

Al llegar al templo, tomándola José del brazo, la metió para adentro ante la atenta mirada del novio, a quien le brillaba el pelo como nunca, de tanto aceite de brillantina que se había echado.

El cura de estola nueva, la iglesia abarrotada.

-“Mírala, mírala, ya se la llevan pa dentro”- decía una vecina simpática, conocida de toda la vida de dios.

-Y como la voy a mirar, chocho, que soy mas ciega que un boniato vendado- respondía la madre mientras lloraba emocionada.

-Es verdad, hija, es verdad. ¿En que estaría yo pensando?

Arroz al salir de la misa para los novios, y cagadas de palomas para algunos invitados, por colocarse donde no debían.

Tras la boda, el convite. El convite, no era un convite lujoso, ni tampoco en él se pecó de poco. Fue un convite como eran los convites de la época, justito y honrado. Se celebro la boda en la Estación Marítima. Las mesas eran unos tableros de madera

prensada sobre caballetes, vestidos por manteles blancos de papel. Sobre estas, abundantes platos de chorizo y de mortadela dentro de medias noches, que eran unos panecillos blandos y dulces, que contrastaban en su sabor, con el sabor salado de los embutidos. Aceitunas por doquier y picos, muchos picos, para espesar la cerveza en los estómagos vacíos y hambrientos de los invitados. De colofón, un buen plato de menudo, o de berza, a elegir, y como fin, la tarta. Esa si que era grande, de lo menos cinco pisos, de bizcocho borracho cubierta de merengue.

Tras cortarla, con un cuchillo tan grande, que más que cuchillo parecía un sable, el novio, tomó un poco de merengue en su dedo índice, y manchó con mucho “age” la graciosa nariz de la novia, que se reía a carcajadas.

La madre de la novia, sentada a su lado, en el extremo de la mesa, llorando al tiempo en que mojaba sopones en el caldo del menudo, que menudo que era el caldo, de picante que estaba.

Del viaje de novio, mejor no hablar. Este se redujo a regresar a su casa, al mismo cuartito en el partidito cuando salió, pero eso sí, montada en su coche de caballos, con sus mocas cojoneras y todo.

La noche de bodas, tardó en pasar. La ciega la resumía contando el “uinngg uinngg” del rechinar de los muelles oxidados de la vieja cama de los recién casados. Tras la primera noche, jovial desayuno. Amelia resplandeciente y el marido, despeinado y con ojeras.

Librodot

De nuevo un atisbo de felicidad parecía asomarse por las puertas de aquel humilde hogar.

-¿Consiguió casarse Amelia?- pregunté a Pití un poco incrédulo.

-Pues si, pero le duro poco.

-¿Por qué?

-Porque el hombre se murió.

-No me digas.

-Pues sí.

Que verdad es eso de que Dios se lleva pronto a los buenos. Para aquel buen hombre, que encontró la felicidad junto a Amelia, el tiempo corrió tanto, que él si que vio como se movían las manillas a su reloj. Bien hubiéramos podido decir que Amelia mas que con un hombre se casó con una mariposa, a juzgar por lo poco que le duró el matrimonio.

Aquel hombre murió tan pronto, que poco más se sabía de él. Tras su muerte, casi no se volvió a hablar más, reduciéndose su recuerdo a una pequeña foto que Amelia conservaba con cariño, guardada en un cajón de su peinadora.

Algunos años más tarde, José se echo novia, y era tan fogoso el muchacho, que la dejó preñada una noche en la caleta.

-Que le vamos a hacer- pensaba Amelia. –Nos comeremos el mochuelo-

Librodot

Tras nueve meses, el mochuelo que nacía, asomándose al mundo por primera vez en una tarde de un domingo en el que el Cádiz C. F., jugaba la final del trofeo de Carranza. Era una niña, preciosa, rubita, con los mismos ojos azules heredados de su madre. La llamaron Pití.

-Esa era yo- afirmaba contenta Pití.

-Así que de penalti, como se suele decir.

-De penalti, de penalti.- Afirmaba orgullosa mientras sonreía.

-Y más caletera que nadie.

-No te creas, no te creas, que no fueron pocos los gaditanos que en aquella playa se fabricaron, a la sazón de la oscuridad reinante. Mi padre me ha contado alguna vez, que cuando por fin pusieron farolas por allí, no fueron pocas las veces que las rompieron de una pedrada. Todos volvimos a reír.

Se había hecho muy tarde, y los niños no se oían. Los pobres se habían quedado dormidos en el sofá, mientras veían un vídeo en la tele.

Luito nos preparó un café en la cafetera eléctrica de color azul que aún no habían estrenado. - Joder con el café- pensaba yo mientras sufría tomándolo. Para mi gusto estaba demasiado cargado, demasiado amargo y demasiado caliente. En fin, poco a poco nos íbamos conociendo mejor, y aquel día, a parte de descubrir que Luito es un poco raro haciendo tortillas, era además muy malo haciendo café.

Librodot

SEXTO Y ULTIMO ENCUENTRO

“LA VIDA SE RENUEVA, Y EN EL PATIO FLORECEN DE NUEVO LAS MACETAS”

Al salir por la mañana temprano, noté en la piel que ya no era lo mismo. Hacía frío, no mucho, pero si lo suficiente para darse uno cuenta que el verano ya había muerto definitivamente.

Los coches estaban cubiertos de relente. Uno de ellos, pretendía arrancar a trompicones, escupiendo humo blanco por el tubo de escape.

Aún no había amanecido del todo, y el deambular de personas que iban y venían de sus trabajos era muy intenso. Nadie decía nada, cada cual parecía tan sólo ir a lo suyo, sin prestar atención a nada de lo que les rodeaba, como si no se hubieran terminado de despertar aún completamente. Aquella gente me pareció más gris que nunca, o quizás fuera marrón oscuro, el caso es que los veía, como a piedras gruesas, enormes, inmóviles y frías, sentadas en la parada del autobús, o esperándolo de pie, formando silenciosas colas. Por sus bocas, como si fueran chimeneas, se escapaba un chorro de aliento blanco al respirar. Mi madre me decía cuando yo era niño, que cuando hacía frío, mucho frío, hasta la respiración se hiela. Supongo que se refería a esto.

Cuando me metía en el coche, vi a un anciano montado en bicicleta, bajando la calle. Tras él, un muchacho, también en bicicleta. Ambos, pedaleaban dirección a Gallineras, para pescar en el muelle. Llevaban sus cañas de bambú atadas a las bicis, y los aparejos en sendas espuertas de estera, sujetas al portaequipajes. Iban sin prisa, despacio, con tranquilidad. Para ellos no existía el tiempo. Era obvio que estaban exentos de ajetreos modernos, de estrés. Al verlos no pude evitar sentir envidia.

Arranqué mi coche, contemplando como poco a poco aquellas dos figuras se alejaban, perdiéndose al adentrarse en la neblina. Metí la primera velocidad, y tras soltar el embrague, pisando un poco el acelerador, mi coche, comenzó a andar.

Aquel día había empezado. Lo hacía con frío.

Librodot

Carmen me comentó antes de salir que prepararía por fin el paté de gambas que tanto me gustaba para que cenáramos por la noche. Era demasiado temprano para que yo valorara aquella buena noticia en toda su importancia. Tras decírmelo, la pobre se quedó un poco decepcionada viendo mi indiferencia. Ella pensaba que le haría mas fiesta, pero la verdad, a esas horas, lo único que me apetecía era un zumo de naranja y un café. Por las mañanas siento como si tuviera el estomago cerrado, como si durante la noche se me hiciera más pequeño, como si menguara mientras duermo, así que al margen del zumo y del café, soy incapaz de llevarme nada a la boca, y menos paté de gambas, que aunque ciertamente era un manjar, "capri du tie", a aquellas horas, me resultaba realmente vomitivo.

Al medio día, cuando regresé, ya lo había preparado, y este terminaba de cuajarse en la nevera. Llamamos a Luito para invitarles a cenar. Él aceptó. Metimos una botella de cava en el frigorífico, y Carmen siguió con todos los demás preparativos.

Nuestros amigos vendrían por la noche. Nos reuniríamos para en cierta medida, celebrar que el verano se acababa del todo. Era el justo el momento en que las hojas de los árboles comienzan a caer. No podíamos dar marcha atrás. En mi interior, en mi alma, sentía un miedo como el que debió sentir aquella madre que obligaba a dormir a sus hijos, en la película "Titanic", sabiendo ella que los estaba obligando a dormir para siempre, que jamás volverían a despertarían. El barco se hundía sin remedio, y ella lo sabía. Yo también sabía, que aquello se acababa. Se estaba terminando, muriendo con el verano. Mi alma estaba helada, como si estuviera inmersa en aquel mar oscuro que se trago al barco. El invierno era como aquel témpano de hielo que le rasgó el casco. El

Librodot

invierno, como aquel témpano de hielo, también estaba hiriendo el casco de nuestra relación, produciéndole grietas tan grandes, que el hundimiento era casi inevitable.

Todo volvería de nuevo a ser como fue al principio. Nuestras obligaciones, nos encarcelarían durante largos meses en la cárcel de nuestras responsabilidades. El frío nos impediría salir los fines de semanas, y en casa, viendo películas de vídeo, al cobijo de una estufa, tapados por una manta sobre el sofá, esperaríamos al nuevo verano. Añoraremos el pasado, y archivaremos los recuerdos en nuestras mentes, como se archivan las fotos en un albun.

Llegaron mas o menos a las nueve y media de la noche de aquel viernes frío. Paloma nada mas entrar, me contó algo referido al cumpleaños de donde venían. Ella solía atrancarse al principio de cada frase, pero sin embargo observé que aquella noche, creo que por primera vez, pronunciaba correctamente la “r”. Aquello, que era un avance lógico en su desarrollo como persona, me golpeó en el interior, y mientras la miraba, me di cuenta triste, de que hasta incluso ella estaba cambiando. Nuestros niños crecían. Lo hacían igualmente sin remedio. Aquellas erres bien pronunciadas en cada palabra de las historias de Paloma, presagiaban su futura y cada vez más próxima madurez. Ya no la vi tan niña. Era una pena que hablase bien. Eso era un síntoma inconfundible de que ellos, nuestros hijos se nos estaban haciendo mayores. Esas erres bien pronunciadas, me hicieron más viejo que nunca. No obstante, para mi consuelo, ella seguía coronando cada frase de esa forma tan suya, tan peculiar, acabándolo todo con la palabra “chiquillo”.

Librodot

-Hemos estado en el cumpleaños de Nacho. No veas lo bien que nos lo hemos pasado, chiquillo.- Decía ella mirándome ajena a todo lo que yo pensaba. Yo la miraba, mostrándole toda mi atención.

Como solía hacer, en su narración, metió por medio a su abuela Uchi, a su prima, y como no, también a su amigo Adán, formando un revuelto ilógico de personajes, enredándosele la historia que se tornaba, infantil gracias a Dios, en una historia un poco incomprensible.

"El Adan", como lo llamaba, era un chico gaditano mucho mayor que ella, amigo de su prima. Por lo visto era tan guapo y tan bueno, que Paloma, tras conocerlo en la playa de la Caleta, se había enamorado de él, como si de una adolescente se tratara.

Luito, odiaba aquel nombre. Odiaba la obsesión de Paloma con el Adan. Lo veía como a quien presagiaba que alguien vendría algún día, relativamente pronto, para robarle a su hija. Él sabía que tarde o temprano, su hija se haría mayor. Él sabía que la niña se haría mujer sin remedio, y que se enamoraría y se marcharía, y ese día lo asustaba. Le daba pavor pensar en ello. Por eso odiaba al Adan ese de los cojones, porque era él, el primero que había llegado a la vida de Paloma, para restregarle en toda la cara, que aunque era su hija, no le pertenecía.

Yo sabía de aquellos celos de Luito. El mismo me los había confesado en cierta ocasión y bromeaba a respecto, martirizándolo a conciencia.

-Claro, como tú eres el padre de un varón – me decía enfadándose un poco.

-¿Y que puedo yo hacer?

-Lo único que realmente deseo es que mi niña sea feliz. Me da igual con quien, siempre que ese que se la lleve sea buena persona.

-¿Te imaginas que al final nuestros hijos terminen liados?

-Hombre por lo menos a Iñaki lo conozco bien.

-¿Nosotros consuegros?.

-No.

-¿No?

-No seas bellaco, ¡malvado!. – solía decirme atajándome siempre en la conversación.

Era tan celoso de su hija, que llegó incluso a decirme, que en el caso en que mi niño, de mayor, se liara con Paloma, yo lo estaría engañando a él.

No le entendí entonces, ni tampoco puedo hacerlo ahora. No sé realmente que trató de decirme con aquella afirmación que me hiciera de forma tan tajante. Los celos que tenía para con su hija, eran tan obsesivos que bien se hubiera podido calificarlos de enfermizos.

De todas formas, lo de Iñaki y Paloma, no creo que tengan demasiado futuro. Primero porque entre los niños que se conocen desde pequeños, no ocurre luego nada importante entre ellos. Y segundo porque, basta mirarlos un rato para darse cuenta que no se llevan, ni se llevarían nunca bien. Al menos eso creo.

Pití ayudó a Carmen a montar la mesa. En el centro, como protagonista de la noche, el delicioso paté de gambas. Nos sentamos a comer, y llegó por fin el momento de probarlo. Yo, por ser el anfitrión, fui el primero en hacerlo. Todos me miraba expectantes.

-¡Hummmmm! ¡Hummmmm!- exclame mientras degustaba el panecillo tostado huntado por paté, cerrando mis ojos y alzando ligeramente la cabeza, como si con mi cara estuviera tocando a Dios.

Tras de mí, todos los demás lo probaron coincidiendo en que aquel manjar estaba riquísimo.

-¡Que bueno está!, yo me quiero comer la bandeja entera.- afirmó Luito.

-¡Hummm! Que bueno. Es cierto, que bueno- confirmó Pití mientras se comía su parte de forma comedida.

Descorchamos la botella de cava. Estaba a una temperatura ideal, y todos brindamos. Carmen lo hizo con un vaso de refresco. Que yo recuerde ella nunca ha bebido nada con alcohol, salvo aquel cubata de vodka con naranja que se tomó una noche, cuando salíamos con Teresa y Vicente, en el karaoke.

El brindis se redujo a un ligero choque entre nuestras copas. Nadie dijo nada.

El primer sorbo de cava siempre nos hace cosquillas en la nariz. La copa está tan llena, que el líquido queda cerca, al alcance de las burbujas que saltan juguetonas escapándose.

Mientras cenábamos, hablamos, como siempre, agolpándosenos los temas. Parecíamos charlatanes de feria vendiendo porcelana barata desde la parte trasera de un camión, esos que gritan sin dejar de pronunciar palabras, articulándolas una tras otra, tan ligeras, que parecen no respirar.

Todavía Luito no había terminado de contarme como le había robado el intermitente de su coche nuevo, cuando yo traté de explicarles como me había dado un porrazo en la parte de atrás del mío.

Por cierto, dejar dicho que gracias a un testigo, localicé al cabrón que se fue a la fuga. Ese hijo de puta resultó ser el conductor de una hormigonera. Cuando lo localicé, encima de todo, va el tío y se me pone chulo. – Que si mi coche estaba mal aparcado- -Que si me dio sin querer- -Que si había arena en la carretera y se le fue un poco el camión-

-Déjese de historias y deme los papeles del seguro- Le dije mirándole seriamente a los ojos para intimidarlo.

-Hombre, para eso están estas cosas.

-Entonces... ¿Por qué te diste a la fuga desgraciado? – Pensé mientras observaba lo sucio que estaba. Aquel conductor, llevaba puesto un sombrero de paja, bajo el cual mostraba una cara gorda y peluda, mal afeitada, enrojecida sin duda por su afición al

pirriaque, o al tintorro barato de brick. Su camisa, polvorienta, confirmaba que aquel pobre peludo se dedicaba a regar hormigón de aquí para allá. Tenía unos pantalones vaqueros rotos que desembocaban en su parte mas baja, en una especie de sandalias marrones, orterísimas y también llenas de polvo de cemento. Aquel hombrecillo era sin duda un pobre diablo, solo había que escucharle hablar. Pronunciaba tan mal, que a ese no lo entendía ni la madre que lo parió. Yo, durante nuestra breve conversación le interrumpí varias veces. –¿Cómo dice?-, -¿Perdón...?-, -¿Que...?. Él terminó mirándome con sus ojos abollados hacia fuera, que parecían patatas hervidas, pensando sin duda que yo debía de ser sordo o imbécil. El pobre era tan tonto, que no había caído en la cuenta de que el tonto, el verdaderamente imbécil de los dos, era él. Es lógico ese despiste. Ya saben lo que dicen de los jorobados. Ninguno de ellos se ve su joroba, y ese conductor de hormigoneras no iba a ser menos.

-Gracias a Dios que diste con el hombre.- Dijo Pití.

-De no haber dado me habría costado la broma mas de cuarenta mil duros.

-Que se dicen pronto.

Ella contó también una de coches. Por lo visto una mañana de la pasada semana, su coche no le arrancaba. Eran mas o menos las siete, y tan temprano no había nadie por la calle que se prestara a ayudarla. Novata como era, no se le ocurre otra cosa que llamar a Luito por teléfono. Este, dormilón compungido, de esos que no quedan, tardó en despertarse. A decir verdad, no llegó a despertarse del todo, pues salió de su casa a medio vestir, con un mal carácter del carajo, y con el auricular de su teléfono inalámbrico aún en la mano. Estaba tan dormido que no se dio ni siquiera cuenta, de que no lo había colgado.

Luito, un poco más experto en eso de conducir, dormido, empezó a empujar el coche cuesta abajo, para arrancarlo con la segunda metida. El coche arrancó en el momento en el que cogió cierta velocidad por la inercia, pendiente abajo.

Allí lo dejo, a relentí, con la puerta abierta, y sin decir nada a Pití, sin mirarle siquiera a la cara, se volvió para su casa, auricular de teléfono inalámbrico en la mano, y zapatillas de andar por casa en los pies.

-Mientras subía la escalera, iba rezando para que no se le calara de nuevo el coche.- Contaba él haciendo muecas con la cara para dar mayor expresividad a sus palabras. – Pero no me había metido aún en la cama, cuando de nuevo aporrean la puerta. Vuelvo a bajar, y ¿a quien te crees que me veo...?

-A Pití.

-A la misma. Estaba totalmente histérica, llorando.

-La pobre.

-De pobre nada, la lista sería lo correcto decir. Las mujeres saben mucho. Ante una adversidad como esta, lloran, simplemente lloran y descargan la adrenalina. Nosotros somos los gilipollas que si que empujamos. Pues nada, otra vez yo para la calle, a solventarle el problema. Pero esa segunda vez, el coche no hacía nada. La batería debía de estar mal.

Pití siguió contándome la trágica situación. Ella había quedado con una compañera, para recogerla e irse las dos al trabajo juntas. Le agobiaba pensar que pudiera dejarla plantada.

Librodot

Al ver como un vecino, hasta entonces totalmente desconocido, salía con parsimonia de su casa, ella se le abalanzó, ojos inundaditos de lágrimas, pidiéndole por favor que la ayudara. Aquel señor amable, al que hasta entonces nunca había visto, no le puso impedimento alguno. La verdad es que era difícil ponérselos, a la vista de cómo imploraba aquella mujer. El señor amable, la tranquilizó, y accedió a llevarla hasta el lugar donde había quedado con su compañera, quien al ver lo que tardaba, se volvió a su casa, despertó a su marido y él la llevó definitivamente al trabajo, así que cuando ella llegó por fin con aquel señor, su compañera ya se había marchado.

Pití, se despidió de aquel simpático hombre dándole las gracias. Corriendo como una posesa, llegó hasta la parada de taxi, se metió en uno diciéndole al taxista que debía llegar a la estación a las siete y media de la mañana, y pidiéndole que por favor hiciera el milagro de que la llevara. Eran las siete y veinticinco, pero a pesar de ello, el taxista metió la primera, y a base de atravesar por calles en dirección contraria a mas de ciento veinte kilómetros por hora, consiguió llegar a tiempo. Pití, vació su bolso de todas las monedas que llevaba suelta en el monedero. No tenía más dinero.

-Realmente no sé si le pagué de mas o de menos- Decía ella.

Subió al tren que llegaba justo en ese momento. Se sentó en uno de los asientos vacíos y suspiró aliviada, sin sospechar lo que se le venía encima.

Unos minutos mas tarde, cuando el tren comenzaba el viaje, el revisor fue llegando, pidiendo a todos los viajeros el billete. Pití vio como se acercaba por el otro

Librodot

vagón através de la ventanilla, estaba bronqueando a un señor que se había montado sin comprar el billete y que pretendía pagarle con cinco mil pesetas. Pití se dio cuenta entonces de que no llevaba ningún dinero. Pití, temblando, se buscaba por todos los bolsillos alguna moneda de cien. Miraba al revisor y le asustaba como se pondría cuando descubriera que se había metido en el tren por toda la cara, sin un duro. Seguía buscando y buscando, vaciando su monedero sobre el asiento. Una chica que la acompañaba en el vagón, sentada justo enfrente, la miraba atenta. Pití sudaba la gota gorda y por instante se ponía más nerviosa.

Viendo mi amiga, que no encontraba ninguna moneda por ningún sitio, empezó a improvisar excusas.

-Que vergüenza – pensaba ella, poniéndose de antemano colorada.

El revisor estaba cada vez más cerca. El revisor entró por fin en su vagón. A Pití le temblaban las piernas.

Cuando ya lo daba todo por perdido, y como si de una extraña casualidad se tratara, encontró en una de las aberturas de su cartera una moneda de quinientas.

-Uffff, que alivio.

Encontró la moneda justo en el momento en el que el revisor le pedía el billete. Ella sin hablar, pálida como una muerta y empapada en sudor frío, le dio la moneda. Él la aceptó y no puso ningún impedimento.

Librodot

-Gracias a Dios.

No podía explicarse como había llegado la moneda a aquel lugar. Ella nunca la hubiera metido allí, no solía hacerlo, nunca lo había hecho. No obstante, y dadas las circunstancias, le importaba un bledo quien la hubiese metido. Lo único importante es que la moneda estaba allí en el sitio y el momento justo en el que más la necesitaba. Aquello si que parecía obra de la providencia.

No se había tranquilizado del todo, cuando llegó a la estación del Puerto de Santa María. Al bajarse del tren, de nuevo corriendo, vio el único taxi disponible. Un joven cargado con varias maletas trataba de montarse en él, pero ella, lo apartó en su carrera con un empujón violento.

-Lo siento, es una urgencia – dijo a aquel muchacho que la miraba perplejo. Se montó en el taxi.

-Al hospital, por favor.

El taxista comenzó su carrera, sin haber reparado en lo que acababa de ocurrir. Mientras el coche recorría las calles, ella, desde el asiento de atrás, no quitaba ojo al taxímetro. Solo llevaba las cuatrocientas pesetas que le habían sobrado.

-¿Cuánto es? Preguntó Pití, sabiendo que eran trescientas noventa y cinco.

-Trescientas noventa y cinco- dijo el taxista.

Ella le dio las cuatro monedas de cien que llevaba, y se quedó esperando el duro. El taxista se lo devolvió, dándole las gracias. Sintió un poco de vergüenza al aceptarlo, pero lo quería para guardarlo como recuerdo de aquella hazaña.

Un duro, un mísero duro le había sobrado.

-A veces pienso que ciertamente un ángel de la guarda me protege.

-No es de extrañar.

-No, desde luego que no.

La cena estaba llegando ya a su fin. Carmen nos preparó un café. Estabamos muy cansados, pero seguimos sentados en la mesa. En ese momento deseé que Luito hubiese sabido jugar al ajedrez. Me hubiera gustado mucho haber echado una partidita con él. No hay nada como el ajedrez para relajarse. El ajedrez para mí, es como un buen puro. Me suele apetecer sobre todo tras cenar, pero Luito no solo no sabía, tampoco le interesaba aprender. Él es una de esas personas a quien no le interesa nada en lo que se tenga que competir. No le gusta la velocidad, ni el riesgo. Detesta el fútbol, y odia los coches y las motos.

Ahora que lo pienso, a pesar de ser una persona apasionada, muestra muy poca devoción por la mayoría de las cosas que nos rodean. Lo he visto emocionarse hasta el extremo de llorar, tras escuchar un poema, o evadirse elevándose por el limbo al tiempo que leía un párrafo de algún buen libro, pero jamas se ha vuelto a contemplar como nos

Librodot

pasa una moto impresionante, o un coche último modelo. Esas cosas no le interesan en lo más mínimo.

Respecto a Amelia, poco hablamos aquella noche.

José, el padre de Pití, la abandonó siendo aún muy joven. Se tuvo que casar y fundó su propio hogar. La ciega, la abuela de Pití, siguió viviendo con ella al menos tres o cuatro años más. Pero un día se puso enferma de melancolía. Hacía mucho tiempo que ellas dos ya no hablaban. Amelia veía como su madre se iba apagando poco a poco, hasta que llegó el momento en que dejó de hablar definitivamente. Luego dejó de moverse, no levantándose ni de la cama, y con el tiempo el cuerpo se le fue llenando de dolorosas llagas.

Amelia la cuidaba en silencio, como si se tratara de un bebé. De vez en cuando incluso le hacía un pequeño gesto cariñoso. Algún que otro beso en la mejilla, o un abrazo, pero la ciega no se inmutaba. Ella, con los ojos abiertos de par en par, sin mirar a ningún sitio se dejaba hacer, sin dar muestras de vida. Todo se lo hacía encima. Amelia la aseaba cada mañana, antes de marcharse a trabajar. La peinaba y le lavaba la cara con agua fresca que echaba en una palangana metálica vidriada en blanco.

Cuando la ciega perdió el conocimiento del todo, a Amelia no le quedó mas remedio que llevarla al hospital, muriéndose al poco tiempo.

Librodot

Amelia se quedó completamente sola en el mundo. Al regresar cada día del trabajo, se encerraba en el cuarto. La mayoría de las veces ni siquiera se preparaba nada de cena y se acostaba temprano.

Así fueron pasando lentamente cada día, cada mes y cada año, y Amelia, fue envejeciendo resignada en su soledad.

Cuando se quiso dar cuenta, se había convertido en la más vieja del partidito. Ella era un personaje entrañable, a quien todos los vecinos querían. “La Sorda” la llamaban con cariño, siempre dispuesta para hacer un favor a todo el que se lo pidiera.

Fue viendo como el patio se fue llenando de vecinas nuevas, como estas parían y parían, llenando el lugar de vida. Fue viendo como los niños crecían, inundando aquellas viejas paredes mustias de silencio de una alegría incontrolable, pero a ella ya le cogió fuera de tiempo.

Como en el cuento del patio del gigante al que nunca llegaba la primavera, tampoco a ella le llegó jamás ya la alegría. Se veía rodeada por todas partes de pequeñas risas, envuelta en vidas nuevas, en energía palpitante, pero que no entraba de puertas para adentro. El patio se vistió de color al tiempo que cientos de nuevas macetas de geranios florecían cada primavera, pero ella seguía aferrada a sus recuerdos viviendo en otro tiempo.

Poco a poco, se fue convirtiendo en la abuela de todos. Con sesenta y cinco años, cuando por fin se jubiló, parecía realmente una anciana de mas de setenta. Volvió

Librodot

a vestir aquel poncho de lana negra de su infancia, y a sentarse en la mecedora que comprara para su madre con el dinero ahorrado de vender cuarterones de tabaco en los bares del muelle. Desde allí sentada, inmersa en su silencio impuesto, más espeso que nunca, contemplaba a los niños jugar entre las flores de las macetas. No los oía, pero los veía reír y ella reía también al verlos.

Los niños se habían acostumbrado a verla allí sentada sin moverse, siempre en silencio, con la mirada perdida, dibujándose en su rostro una sonrisa perpetua.

Hubo quien dijo que aquella sonrisa, si se miraba un tiempo mas o menos largo, trasmitía al corazón de quien la contemplaba, una melancolía difícil de explicar. El tiempo se había parado definitivamente para ella. Su reloj no volvió a andar, y más muerta que viva en vida, esperó, como Penélope, a que llegara la muerte, sentadita en su mecedora de pino verde.

En los ojos de Pití, afloraron discretas sendas lágrimas. Se había emocionado al contar la historia.

-¿Un placebo? – pregunté a Pití y a Luito, ofreciéndoles un pitillo, con la intención de romper aquel momento tan tenso.

-Sí gracias.

Pití encendió el cigarrillo, dándole largas y profundas caladas, como queriendo sofocar la pena de su interior, ahogándola en el humo.

-¿Un whisky?- pregunté a Luito.

-Noooooooo – me respondió él, mientras me agarraba, apretándome el brazo y mirándome como si estuviera enfadado. Él suele negar o afirmar de forma muy especial. Exagera las expresiones en ambos casos, con cierta teatralidad. Te clava sus ojos sin pestañear y aprieta los dientes. Adelanta un poco la cabeza y baja el cuello. Frunce las cejas, y entonces afirma o niega. A quien no lo conozca, que lo viera en el momento, le parecería sin duda un cómico o un loco. A mí simplemente me parece él. Exagerado y maniático como su madre, de quien ha heredado esas expresiones.

Carmen, con esa forma de hablar graciosa tan propia en ella, terminó por desviar del todo la conversación.

-¿Nos vamos al Picacho mañana?- Nos preguntó a todos.

-Siiiiiiii- contestó Luito repitiendo las mismas expresiones.

-A mí me parece una brillante idea, ¿y a ti, Pití?

-Me apunto- remató ella, volviendo a reír de nuevo.

Ninguno de nosotros podía imaginar, que la visita al monte que estabamos programando no podría ser.

Al día siguiente llovía a cántaros. Nos despertamos temprano. Nuestros amigos se habían marchado tarde la noche anterior, y nuestros cuerpos estaban un poco resentidos. Carmen y yo estábamos cansados. Habíamos dormido muy pocas horas aquella noche.

Librodot

Desde la cama, oíamos como las gotas de agua que empujaba el viento, se estrellaban contra el cristal de la ventana de nuestro dormitorio. Nos asomamos para mirar el cielo. Estaba plagado de nubes negras, tan grandes, que llegaban a perderse en el infinito. Parecía mucho más temprano de la hora que realmente era. Era como si el día no terminara de despuntar. Como si el invierno, se hubiera tragado gran parte de la luz del sol, como si no pudiera amanecer a causa de una extraña maldición.

-¿Que hacemos? – me preguntó Carmen.

-Creo que lo mejor será dejar lo del Picacho para otra ocasión.

-Mas vale.

-¿Por qué no llamas a Luito y Pití por teléfono?.

No hizo falta llamar. Lo hicieron ellos antes. Como nosotros, también habían llegado a la conclusión de que salir aquel día era de locos. Hacía tan mal tiempo que resultaba casi imposible.

Mientras Carmen hablaba con Pití, yo miraba la calle desde la ventana. El agua se precipitaba cuesta abajo formando pequeños riachuelos improvisados que desembocaban en un gran charco al final del todo. El viento, agresivo como una fiera salvaje, sacudía los arboles de la alameda, arrancándoles sin piedad las últimas hojas que aún permanecían en sus ramas. Estaba tan rabioso que conseguía entrar hasta mi casa por una pequeña rendija en la ventana de la habitación de al lado, silbando agudo y estridente, como diciendo con descaro que ya estaba allí, que ya había llegado.

Definitivamente me levanté del todo. Cerré lo mejor que pude aquella ventana que yo mismo dejaba abierta cada noche, para ventilar la peste a humo de tabaco. En el suelo se había formado un pequeño charco del agua que también había conseguido entrar, empujada sin duda por el viento, mojando a surcos la pared.

Cerré la puerta de la habitación tras secar el agua. Al salir, vi como mi hijo seguía dormido, enroscado por el frío sobre su cama. Era tan pequeño aún que sentí al mirarlo un amor inmenso. Parecía una cría de león, ávida de ser protegida. Me acerque a él, tapándolo con una manta tras besarlo. El se estiró al sentir el calor sobre su minúsculo cuerpecillo. Me hubiera encantado meterme con él en la cama, haberlo cogido en mis brazos y apretarlo contra mi pecho para darle mi calor, pero me pareció injusto. Él seguía dormido, y de hacerlo se hubiera despertado definitivamente también él.

Fui con Carmen. Ella seguía hablando por teléfono. Esperé a que terminara sentado en el sofá. Aquel día, aquel dichoso día sería el primero en el que el invierno nos recluiría en casa, privándonos de la jovial libertad del verano. Tras desayunar, bajaría al vídeo club y alquilaría una película. Una comedia americana a poder ser. Ese tipo de películas nos gusta a los tres.

En aquel momento desee, como nunca, haber sido un oso, para poder invernar, durmiendo todo el invierno para volver a despertar en primavera, aunque tampoco aquellos días eran en el fondo tan malos.

Librodot

Estar acurrucados en el sofá, a la vera de mi mujer, junto a mi hijo, abrigados el uno contra el otro, también tiene su encanto. Es en esos días cuando mi casa se convierte en un verdadero hogar.

Con mi hijo, la verdad, es que estando en casa hablo poco. Hablar con Iñaki es muy difícil habiendo un televisor o un vídeo por delante.

A él, le encanta ver películas de dibujos animados, o comedias graciosas fáciles de entender. Es lógico, el pobre solo tiene cinco años. Lo cierto es que cuando ve la tele, o juega con el ordenador, a Iñaki no se le escucha. Se queda ensimismado, abstraído, y solo le presta atención a lo que ve en la pantalla.

Algunos padres, hubieran deseado que sus hijos fueran como Iñaki, pero a mí y a Carmen, nos preocupaba eso. En el fondo no nos gustaba demasiado y procurábamos que en la medida de lo posible él se divirtiera con otras actividades mucho más creativas y pedagógicas, como dibujar, por ejemplo.

A mi niño le encanta dibujar. Dibuja bien. Algunas veces incluso nos hemos puesto los dos a pintar al óleo, pero eso es algo que hemos tenido que dejar de hacer en bien de las cortinas. Y digo esto, porque no hay cortina en casa que no tenga un lamparón de óleo manchado, y ese esmalte no se quita.

Yo, por mi parte, he tratado de inculcarle mi afición al fútbol, y creo que en cierta forma lo he conseguido. A mi hijo le enloquece también el fútbol, sobre todo

Librodot

jugarlo, pero a pesar de intentarlo reiteradamente, lo que no he conseguido del todo es que él le profese el mismo amor que yo al Real Madrid.

Mira por donde, el niño me ha salido de Barsa, aunque el pobre es tan noble, que para no decepcionarme, no me lo confiesa abiertamente.

Yo le he comprado incluso la equipación del Madrid, y el se la pone, aunque últimamente me ha confesado que lo que quiere que le regale de verdad, es la ropa de portero. Iñaki es capaz de vestirse de portero con tal de no ponerse la ropa del Madrid, y evitar así pedirme a mi la otra. Seguro estoy que al final será la abuela quien termine por vestir a mi hijo de azul y grana.

“EPILOGO”

Hace ya algunos meses que no sabemos nada de nuestros amigos. Nuestros encuentros se han reducido a vernos de vez en cuando, casualmente, en la puerta del colegio al recoger a los niños. Ellos no coincidieron en la misma clase, así que debido al

Librodot

distinto horario que tienen de entrada y salida, la verdad es que casi nunca nos encontramos en la puerta.

Respecto a mí, decir que sigo recluido en mi pequeño despacho de dieciséis metros cuadrado mas o menos, escapándome alguna que otra vez por la ventana hacia el bosquecillo de enfrente, enterrado en mis papeles, prisionero, como dije, de mis obligaciones y mis responsabilidades.

Me queda tan poco tiempo libre, que ni siquiera he podido llamarles, aunque cuando estoy en aquel bosquecillo, viajando mentalmente, los echo de menos. Echo de menos los buenos momentos, el sol del verano y la playa, que a pesar de no gustarme, me viene a mis recuerdos como un lugar muy alegre, divertido y simpático, donde mi hijo y mi mujer son felices, llenándose de arena y dándose baños en el agua salada, jugando con las olas.

Echo de menos las constantes travesuras de Paloma. Los cates traicioneros con sus finísimas manos en mi calva, golpeándome como latiguillos, sus puntapiés y sus mordiscos, pero también su sonrisa, sus historias sin pie ni cabeza, y sus canciones mal pronunciadas que tanta gracia me hacían.

La recuerdo bailando al ritmo de “Salomé” de Chayanne, moviendo su cuerpecito saleroso, enamorada como una adolescente del Adán, a pesar de ser tan chica. Sus besos repentinos, dados sin venir a cuento, tan sólo porque sí, cuando a ella le daba la gana.

Librodot

La veo jugando con Iñaki. De momento tan bien y al segundo tirándose los trastos a la cabeza. Sus enfados casi coléricos, arrugando la nariz y sus repentinos arrepentimientos.

Echo de menos los helados de cincuenta pesetas de Mac Donald. Deseando estoy que vuelva el verano para volverlos a tomar, si es que siguen sirviéndolos.

En cuanto a Pití, supongo que seguirá trabajando en el hospital, también como yo, echando más horas de la cuenta. Me resulta difícil imaginármela vestida de enfermera, pero así debe estar, recorriendo los pasillos con ese andar suyo cansino, derrochando amabilidad entre sus enfermos.

Recuerdo ahora, y me río, de algunas de las anécdotas que me contó una noche de verano, mientras disfrutábamos de algunas de nuestras horas fugaces, sentados en una terraza frente a la playa de la Victoria, en Cádiz. La más bonita de todas fue aquella en la que una anciana senil, a quien ella le había cogido cierto cariño, una tarde empezó a gritar desesperada. Ella corriendo acudió a su habitación para comprobar lo que le pasaba.

-¿Que té pasa, Juana? ¿Que té pasa mujer?

-¡Un pájaro! ¡Un pájaro!- gritaba la pobre anciana.

Pití, aguantándole las manos para que no se hiciera daño, trataba sin éxito de que la pobre anciana se tranquilizara.

-Tranquila Juana, tranquila mujer, que aquí no a entrado todavía ningún pájaro.

-¡Un pájaro! ¡Un pájaro! – seguía gritando la pobre mujer.

Pití tenía mucha experiencia como enfermera. Ella sabía que algunas personas, justo antes de morir, hablaban con sus familiares difuntos. Muchos llamaban a sus madres, otros veían entrar en la habitación donde se encontraban a sus hijos muertos, y algunos incluso veían pájaros. –El pájaro de la muerte- lo llamaban entre ellos. Los sanitarios saben que es cierto. Muchas personas mayores, antes de morir, ven revoloteando sobre sus cabezas a ese dichoso pajarraco negro. Pití pensaba que ese era el pájaro al que la anciana se refería.

-¡Un pájaro! ¡Un pájaro! – no paraba de gritar.

-Tranquila mujer, tranquila.- Insistía Pití, convencida de que la anciana acababa de ver a la misma muerte

-¡Un pájaro! ¡Un pájaro que ha entrado volando y se me ha metido debajo de la cama!

Pití seguía aguantándola con fuerza. Estaba demasiado nerviosa para soltarla.

-Tranquila, tranquila, que ahora miramos.- Pití, sin soltarla, llamó a una de sus compañeras.

Cuando la compañera acudió, le pidió que por favor mirase debajo de la cama, para que la anciana, viendo que allí no había ningún pájaro se tranquilizara de una vez.

La compañera miró debajo de la cama, poniéndose de rodillas, cuando de repente gritó también ella de forma exagerada, dando un respingo de muerte.

-¡Coño, que es verdad! – decía la compañera reponiéndose del susto.

-¿Cómo dices? – Preguntaba Pití incrédula.

-Que es cierto Pití, que es cierto, que Juana tiene razón, que debajo de la cama hay un pájaro muy grande.- La anciana, en vez de tranquilizarse, comenzó a patalear de miedo.

Comprobaron que efectivamente había un pájaro debajo de la cama. Una gaviota, una gaviota impresionante de grande que era, que por lo visto se había colado en la habitación de la anciana por la ventana, atrincherándose debajo de su cama.

-Te lo dije, te lo dije – le decía la anciana a Pití mientras lloraba, después de que los mozos sacaran aquel pájaro de allí. –Te lo dije, te lo dije, pero tú, como todas, tampoco me creías. Tu como todas también crees que estoy loca-

Pití no dijo nada. En silencio, mirándola a los ojos, soportando todos sus reproches, no pudo dejar de sentir algo de remordimiento. La viejecita tenía razón, había ciertamente un pájaro debajo de su cama.

Recordaba aquella noche en la Victoria, y lo hacía añorándola. La recordaba alta, como era, el pelo corto, lacio y tremendamente duro, como pedazos de hilos de naylon, teñido de rubio. Sus ojos azules y risueños, mirando siempre con cariño. Su

mirada dulce y evadida. Debía de haber en ella cierta parte heredada de Amelia. Al fin y al cabo era su tía abuela. Pití era esbelta y elegante como un cisne, tranquila y educada. Hablaba siempre con parsimonia, como si tratara de ponerles comas a cada frase que pronunciaba. Supongo que ahora tendrá el pelo rojizo. Ella decía siempre que cuando llegara el otoño se lo teñiría de ese color. Yo no me la imagino no siendo rubia, por más que trato.

Respecto a Carmen, ella sigue junto a mí, como desde siempre. Nos conocemos de toda la vida. Desde pequeños nos hicimos novios, y más tarde acabamos cansándonos. No teníamos nada cuando lo hicimos. Nos fuimos a vivir a un pisito que alquilamos amueblado. Era muy coqueto aquel pisito. Allí fue donde engendramos a nuestro hijo. Ella sigue luchando a mi lado, compartiendo mis tristezas y mis alegrías, y siendo cómplice, desde aquella noche frente al mar, de todos mis sueños.

Con el tiempo nos hemos ido haciendo un poco más mayor, más maduros, pero nunca hemos perdido aquella ilusión ilusa del principio. Creo que algo de ella sigue viviendo dentro de nosotros, como una pequeña ascua que sigue constantemente encendida y que nunca se apaga. Una pequeña llama que nos sigue aportando el calor suficiente para que sigamos juntos.

A veces pienso que no la merezco. Sobre todo cuando duerme. Cuando está dormida a mi lado y la observo, pienso que se hubiera merecido una vida mejor, con alguien mejor, que le diera mejores cosas que yo, pero fue ella quien voluntariamente quiso compartir conmigo todo lo suyo. Yo jamás la he obligado nunca a nada. Ella está

Librodot

por que quiere, como estoy yo. Seguimos juntos, pero entre nosotros existe asolapada un resquicio de profunda libertad. Ambos lo sabemos.

Carmen es una mujer de una belleza natural, intrínseca en ella. Una mujer sencilla y apasionada. Mucho más alegre que yo. Quizás por eso, por vivir conmigo, con mis constantes depresiones, mi mal humor, y el resto de mis muchos defectos, hace tiempo que ha perdido su sonrisa. Aquella sonrisa bonita de antes, de la que yo me enamoré. Quizás no sea por eso. Quizás sólo sea el tiempo quien nos borra de la cara esa expresión de felicidad constante que tenemos cuando somos jóvenes. La veo aún niña. Ella no ha madurado del todo. En el fondo sigue siendo aquella jovencita llena de miedos y cargada de sueños infantiles, incapaz de ver por sí misma la maldad de algunos. Ella sigue creyendo que todo el mundo es bueno, aunque los años nos ha enseñado que eso no es así.

Luito, debe seguir siendo un espíritu libre a quien envidio. El debe de seguir allí en su casa, cuidando de Pití y de Paloma, trasteando entre los cacharros de la cocina y haciendo tortillas de perejil o coliflores “biológicas” refritas, arrancadas de la huerta de su primo, con la pasada femenina sujetándole la melena.

Su primo es un joven ermitaño, de los que siguen viviendo en una de las huertas que aún quedan por la Casería de Ossio, aislado del resto de la civilización, criando alguna que otra gallina, pavos, corderos, vacas y cerdos, y sembrando patatas del tiempo, acelgas, berenjenas, apio, tomates y sobre todo maíz.

Librodot

La Casería de Ossio, es como una especie de pedanía, unida a San Fernando por el viejo puente del Camino de la Cruz.

Aquel camino, antaño de tierra y cantos rodados, me traía a mi memoria innumerables recuerdos.

Recuerdos de mi niñez. Yo me crié allí, en la Casería de Ossio, jugando en el corral, entre conejos y crisantemos que cultivaba mi padre para venderlos en las vísperas del día de los difuntos.

Cada día, recorría andando aquel camino, que me parecía extremadamente largo. Hoy a cada uno de sus lados se han construidos preciosas urbanizaciones de unifamiliares lujosas, y es una de las tantas carreteras que hay en la Isla. Antaño, era solamente como una especie de vereda que se adentraba entre las lindes de las huertas, atravesándolas, hasta llegar al puente que se eleva cruzando la vía del tren.

Yo recorría aquel camino cada día, cargado con un cántaro metálico de leche recién ordeñada de las vacas de “Luingui”, para llevársela a mi abuela, que vivía en Florencio Montojo.

Recuerdo la antigua casa de la “Sabina”, una señora mayor, siempre vestida de negro, quien al verme pasar cada mañana, me llamaba, para acariciarme la cara con sus arrugadas manos y obsequiarme con algunas pesetillas sueltas.

De aquella casa no queda nada. A decir verdad, viendo el cambio urbanístico que ha sufrido la Casería de Ossio, incluso me cuesta trabajo situarla correctamente, en el lugar exacto donde se ubicaba.

De la Sabina, aún se menos. Seguro que aquella señora mayor, de la que no recuerdo bien los rasgos, habrá muerto hará ya algunos años.

De allí, solo conservo la amistad con mi buen amigo Pepe, Pepito, como lo yo lo llamo.

Pepito, era el hijo del tendero del barrio, con quien yo jugaba cada tarde. Teníamos una colección de “madermanes” impresionante, algún que otro disco, de entre los que recuerdo con mucho cariño el de “La Pandilla”, con su “Capitán, capitán, capitán de Madera...” o aquel otro genial de Elsa Baeza “Creo en Dios” de los de Palacagüina.

Que poco queda hoy de todo aquello.

Luito vivía en una de esos nuevos adosados construidos recientemente entre aquellas huertas de mi infancia.

Desde su azotea se podía ver toda la bahía, la playa de la Casería, la antigua Fadricas, y Caño Herrera.

Aquellos parajes fueron justamente los que yo mas frecuentaba de chiquillo.

Su casa esta situada justamente unos cincuenta metros mas abajo, en la acera de enfrente de donde se encuentra la cruz, de donde el antiguo camino tomo su nombre.

La Cruz, seguía allí, como un monumento perenne, venciendo el paso del tiempo, simbolizando el amor que dos hermanos profesaron a una misma dama, por la que terminaron matándose a puñaladas. Aquel suceso ocurrió en el lugar que señala la cruz, y desde entonces, allí está, erguida por Dios sabe quien, para el eterno recuerdo de lo ocurrido.

Los eucaliptos que adosaban el antiguo camino se han perdido definitivamente. Se ha perdido la casa de la Sabina, y las huertas. Hasta el camino se ha perdido, que ya no es camino, que ya es carretera, pero la cruz no. La cruz sigue allí erguida, venciendo día a día, dando testimonio de que mis recuerdos fueron antaño realidades, y que nunca fueron sueños.

Me acuerdo de Luito cada vez que enciendo un placebo, como él llama a los cigarrillos, y me lo imagino tumbado en su sofá, vistiendo camiseta y pantalón corto, con sus pies descalzos, escuchando música instrumental en su imponente equipo estéreo, o lijando algún mueble para pintarlo. Seguro que sigue ensimismado, encerrado en los recuerdos de su pasado, contemplando desde la azotea de su casa, los tristes y húmedos tejados.

Me dijo, que habíamos estado conectados, pero aún sigo esperando saber porque lo dijo. Aún no sé a que se refería.

Pití, también me prometió enseñarme alguna vez la foto de Amelia. Tampoco lo ha hecho hasta ahora. Existen muchas cosas sin cerrar, muchas cosas por concluir para que la amistad se termine. Tenemos muchos motivos para mantenerla viva y seguro, que a pesar de no vernos, así será.

No hay demasiada gente buena en este mundo. Si he tenido la suerte de toparme con alguna y para colmo se han hecho amigos míos, creo que es necesario conservarlos. Ellos son así, son buena gente.

En cuanto a Amelia, la pobre terminó muriendo en aquella mecedora de pino verde a la edad aproximada de sesenta y nueve años. Creo que fue exactamente en año mil novecientos noventa y siete, en el mes de mayo, mirando como jugaban los niños en el patio desde el interior de su cuartito. Los niños la vieron morir. Dijeron que sonreía en el momento de su último suspiro. Seguro que en aquel último momento de su vida, consiguió por fin verle la cara a Dios.

La enterraron en silencio, como a hurtadillas. Sus vecinas lloraban, como lloraron los niños, como lloró el bueno de José.

Pití nada recuerda de su velatorio. Es como si no lo hubiese habido. Lo cierto es que en su sepelio la iglesia estuvo abarrotada. Surgieron gentes de todos los rincones de la Viña. Decenas de chiquillos churretosos de pelo en punta, con velas de moco sobre sus labios y lágrimas en los ojos.

Librodot

Decenas también de mujeres, vecinas, y compañeras de trabajo y hombres, muchos hombres, escapados aquella tarde de sus barcas caleteras para acudir al entierro, en silencio todos, con respeto.

Las viejas, aquellas que la desairaron siendo ella niña, ahora se persignaban al paso de su ataúd arrepentidas. Ellas también lloraban. Hasta el cura, tuvo que interrumpir algunas veces su homilía, quebrándosele la voz por la emoción.

Amelia se había muerto en silencio, sin molestar a nadie, mirando sin voz las risas de los niños en el patio. El más pequeño de todos, con su pelota bajo el brazo, fue quien la vio morir. Se miraban a los ojos, cuando ella, sonriendo dejó de existir.

Del Degenerado en cambio, poco más sabía. Por lo visto no murió solo, como hubiera merecido, pero al hacerlo, una expresión de terror se apoderó de sus ojos. Se murió tumbado en la cama, rodeado de sus hijos, ahogándose en su propia sangre.

Si es cierto ese dicho que afirma que “bicho malo nunca muere”, también lo son aquellos que dicen “que no hay mal que cien años dure”, y “nadie se va de esta vida sin enterarse antes que ha estado aquí”. Creo que este segundo dicho quiere decir que nadie se va de esta vida de rositas, que aquel que es malo, tarde o temprano termina pagándolo. Dios existe y es justo, por eso en esta vida, quien nace lechón, termina por morir siendo cochino. El Degenerado fue malo, muy malo y así acabó, muriendo como todos, pero ahogado y con mas miedo que una espuerta de gatitos. No sé lo que él vio en el momento de su muerte pero seguro que no fue lo mismo que vio Amelia.

Librodot

Ahora sé que cuando me siente frente al mar, y me lleve allí un rato contemplándolo, cuando vuelva de nuevo a elevarme sobre mí y sea capaz de viajar de nuevo a ese mágico lugar donde se encuentra mi almendro, tras la puerta abierta estará ella, si es que ese lugar existe y es el cielo.

Ella estará allí, mirándome sin ojos, riéndose sin boca, invitándome a pasar al otro lado.

Mientras tanto, aquí sigo, cercana la Navidad, deseando volver a encontrarme con mis amigos en el cotillón prometido, para bailar con ellos. Eso fue lo acordado, y así ha de ser.

En San Fernando, apunto de acabarse el día 22 de Septiembre de 1999

En Puerto Real a 23 de Octubre de 1999 (Primeras correcciones)
En Puerto Real a 02 de Diciembre de 1999 (Corrección ortográfica)

AUTOR:
Ignacio Bermejo Martínez.
11100 San Fernando (Cádiz)
D.N.I. 32.854.829 L